RENÉ GUÉNON

SOBRE HERMETISMO

ÍNDICE

1.- La Tradición Hermética

2.- Similitudes masónicas y herméticas

3.- Rosa-Cruz y rosacrucianos

4.- Iniciación Sacerdotal e Iniciación Regia

5.- Algunas consideraciones sobre el Hermetismo

6.- Transmutación y transformación

7.- Hermes

8.- La Tumba de Hermes

9.- Spiritus, Anima, Corpus

10.- Azufre, Mercurio y Sal

-Reseñas de libros

-Reseñas de revistas

-Fragmentos de otras obras de René Guénon

-Cartas

(ADDENDUM)

1.- LA TRADICIÓN HERMÉTICA[*]

Con este título: *La Tradizione Ermetica nei suoi Simboli nella sua Dottrina* e *nella sua "Ars Regia"[1],* el Sr. Julius Evola acaba de publicar una obra interesante en muchos aspectos, pero que, una vez más, si hacía falta, muestra lo oportuno de lo que recientemente decíamos sobre las relaciones entre la iniciación sacerdotal y la iniciacion regia[2]. Aquí, en efecto, volvemos a encontrar la afirmación de la independencia de la segunda, a la que precisamente quiere el autor vincular el hermetismo, y esa idea de dos tipos tradicionales distintos, incluso irreductibles, contemplativo el uno y activo el otro, que, de forma general, serían respectivamente característicos de Oriente y de Occidente. Por eso debemos poner ciertos reparos a la interpretación que se da del simbolismo hermético, en la medida que está influida por tal concepción, aunque por otra parte muestra bien que la verdadera alquimia es de orden espiritual y no material, lo que es verdad y verdad demasiado a menudo desconocida o ignorada por los modernos que tienen la pretensión de tratar de estos asuntos.

Aprovecharemos esta ocasión para precisar también algunas nociones importantes y, en primer lugar, el significado que conviene atribuir a la propia palabra "hermetismo", que algunos de nuestros contemporáneos parecen emplear un poco a tontas y a locas. Esta palabra indica que se trata esencialmente de una tradición de origen egipcio que luego tomó forma helenizada, sin duda en la época alejandrina, y, en la Edad Media, con esa forma fue transmitida al mundo islámico y al cristiano a un tiempo, y añadiremos que, al segundo, en gran parte por intermedio del primero, como lo prueban los numerosos términos árabes o arabizados que los hermetistas europeos adoptaron, comenzando por la propia palabra "alquimia" *(el Kimia)*[3]. Así pues, sería totalmente ilegítimo extender tal designación a otras formas tradicionales, como también lo sería, por ejemplo, el llamar "Kábala" a otra cosa que al esoterismo hebreo; claro está, no es que no haya equivalentes en otras partes, los hay hasta el punto de que esta ciencia tradicional que es la alquimia tiene su exacta correspondencia en doctrinas como las de la India, el Tíbet y la China, aunque naturalmente con modos de expresión y métodos de realización bastante diferentes; pero desde que se pronuncia el nombre de "hermetismo" se especifica con ello una forma claramente determinada, cuya procedencia no puede ser más que greco-egipcia. En efecto, la doctrina así designada se hace remontar, por eso mismo, a Hermes, en cuanto éste era considerado por los griegos como idéntico al *Thoth* egipcio; y haremos notar de inmediato que esto va en contra de la tesis de Evola, y presenta tal doctrina como esencialmente derivada de una enseñanza sacerdotal, pues *Thoth,* en su papel de conservador y transmisor de la tradición, no es otra cosa que la representación misma del antiguo sacerdocio egipcio o, más

---

[*] Publicado originalmente en "Le Voile d'Isis", abril de 1931. Retomado en *Formes Traditionnelles et Cycles Cosmiques.*

[1] G. Laterza, Bari, 1931. (Trad. española, Barcelona, 1975. Agotado)

[2] Cf. *Aperçus sur l'Initiation*, capítulo XL.

[3] Esta palabra es árabe en su forma, pero no en su raíz; probablemente deriva del nombre de *Kemi* o "Tierra negra", dado al antiguo Egipto.

bien, para hablar más exactamente, del principio inspirador al que debía éste su autoridad y en cuyo nombre formulaba y comunicaba el conocimiento iniciático.

Ahora se plantea una cuestión: ¿lo que se ha mantenido bajo el nombre de "hermetismo" constituye una doctrina tradicional completa? La respuesta sólo puede ser negativa, pues estrictamente sólo se trata de un conocimiento que no es de orden metafísico, sino de orden únicamente cosmológico (entendiéndolo, por lo demás, en su doble aplicación "macrocósmica" y "microcósmica"). Luego no se puede admitir que el hermetismo, en el sentido que esta palabra tomó a partir de la época alejandrina y ha conservado desde entonces, represente la totalidad de la tradición egipcia. Aunque, en ésta, el punto de vista cosmológico parece haber sido desarrollado más particularmente, y es en todo caso lo más aparente en todos los vestigios que de tal tradición subsisten, ya se trate de textos o de monumentos, no hay que olvidar que nunca puede ser más que un punto de vista secundario y contingente, una aplicación de la doctrina al conocimiento de lo que podemos llamar el "mundo intermedio". Sería interesante, pero bastante difícil sin duda, el investigar cómo esa parte de la tradición egipcia pudo encontrarse en cierto modo aislada y conservarse de forma aparentemente independiente, y luego incorporarse al esoterismo islámico y al esoterismo cristiano de la Edad Media (lo que no hubiera podido hacer una doctrina completa), hasta el punto de hacerse verdaderamente parte integrante de ambos y proporcionarles todo un simbolismo que, con una adecuada transposición, incluso pudo servir de vehículo a verdades de un orden más elevado.

No es éste lugar para entrar en esas consideraciones históricas harto complejas; pero sea lo que fuere, hemos de decir que el carácter propiamente cosmológico del hermetismo, si bien no justifica la concepción de Evola, al menos la explica en cierta medida, pues las ciencias de este orden, efectivamente, son las que en todas las civilizaciones tradicionales han sido patrimonio sobre todo de los kshatriyas o de sus equivalentes, mientras que la metafísica pura lo era de los brahmanes. Por eso, como resultado de la rebelión de los kshatriyas contra la autoridad espiritual de los brahmanes, a veces se pudo ver cómo se constituían corrientes tradicionales incompletas, reducidas a sólo estas ciencias separadas de su principio, y aun desviadas en el sentido "naturalista", por negación de la metafísica y desconocimiento del carácter subordinado de la ciencia "física", así como (ambas cosas están íntimamente relacionadas) del origen sacerdotal de toda enseñanza iniciática, incluso particularmente destinada al uso los kshatriyas, como lo hemos explicado en diversas ocasiones[4]. Ciertamente, no es que el hermetismo constituya en sí una desviación total, o que implique esencialmente algo de ilegítimo (lo cual hubiera hecho imposible su incorporación a formas tradicionales ortodoxas); pero hay que reconocer que puede prestarse a ello bastante fácilmente por su propia naturaleza, y ese es, más generalmente, el peligro de todas las ciencias tradicionales cuando son cultivadas en cierto modo por sí mismas, lo que expone a perder de vista su vinculación con el orden *principial*. La alquimia, que podría definirse como la "técnica" por decirlo así, del hermetismo, es realmente un "arte regia", si por ello se entiende un modo de iniciación más especialmente apropiado a la naturaleza de los kshatriyas; pero esto mismo señala su lugar exacto en el conjunto de una tradición constituida regularmente, y, además, no hay confundir los medios de una realización iniciática, cualesquiera que puedan ser, con su fin último, que es siempre de conocimiento puro.

Otro punto que nos parece discutible en la tesis de J. Evola es la asimilación que casi constantemente tiende a establecer entre hermetismo y "magia"; es verdad parece que parece que a ésta la toma en un sentido bastante diferente de aquel en que corrientemente se la entiende, pero mucho nos tememos que eso mismo no pueda sino provocar confusiones más

---

[4] Ver particularmente *Autorité spirituelle et pouvoir temporel.*

bien enojosas. En efecto, inevitablemente, tan pronto como se habla de "magia", se piensa en una ciencia destinada a producir fenómenos más o menos extraordinarios, particularmente (pero no exclusivamente) en el orden sensible; cualquiera que haya podido ser el origen de la palabra, este significado se le ha hecho inherente hasta tal punto que es conveniente dejárselo. Por tanto, no es sino la más inferior de todas las aplicaciones del conocimiento tradicional, incluso podríamos decir la más despreciada, cuyo ejercicio se deja para aquellos cuyas limitaciones individuales los hacen incapaces de desarrollar otras posibilidades; no vemos ninguna ventaja en evocar su idea, cuando en realidad se trata de cosas que, aunque contingentes todavía, son, a pesar de todo, notablemente más elevadas; y, si bien no es más que una cuestión de terminología, hay que reconocer que sin embargo tiene su importancia. Por lo demás puede que haya en ella algo más: en nuestra época, la palabra "magia" ejerce una extraña fascinación sobre algunos, y, como señalamos ya en el artículo precedente, al que aludíamos al comienzo, la preponderancia concedida a tal punto de vista, aunque sólo fuese como intención, también está ligada a la alteración de las ciencias tradicionales separadas de su principio metafísico; ése, sin duda, es el escollo con el que topa todo intento de reconstitución de tales ciencias si no se empieza por lo que verdaderamente es el comienzo en todos los aspectos, es decir, el principio mismo, que también es el fin con miras al cual ha de ordenarse normalmente todo lo demás.

En cambio, donde estamos completamente de acuerdo con Evola, e incluso donde vemos el mayor mérito de su libro, es cuando insiste en la naturaleza puramente espiritual e "interior" de la verdadera alquimia, que nada tiene que ver con las operaciones materiales de una "química" cualquiera, en el sentido natural de la palabra; casi todos los modernos se han equivocado en esto, tanto los que han querido erigirse en defensores de la alquimia como los que han sido sus detractores. Sin embargo, es fácil ver en qué términos hablaban los antiguos hermetistas de los "sopladores" y "quemadores de carbón", en los cuales hay que reconocer a los verdaderos precursores de los químicos actuales, por poco lisonjero que pueda ser para estos últimos; y, todavía en el siglo XVIII, un alquimista como Pernety no omite poner de relieve la diferencia entre la "Filosofía hermética" y la "química vulgar". Así pues, lo que dio origen a la química moderna no fue la alquimia, con la cual, a fin de cuentas, no tiene ninguna relación (como tampoco la tiene la "hiperquimica" imaginada por algunos ocultistas contemporáneos); la química es tan sólo una deformación o una desviación, surgida de la incomprensión de quienes, incapaces de encontrar el verdadero sentido de los símbolos, lo tomaron todo al pie de la letra y, creyendo que en todo esto no se trataba más que de operaciones materiales, se lanzaron a una experimentación más o menos desordenada. También en el mundo árabe, la alquimia material siempre estuvo poco considerada, incluso a veces fue asimilada a una especie de brujería, mientras se honraba la alquimia espiritual, la única verdadera, designada a menudo con el nombre de *Kimia es-saâdah* o "alquimia de la felicidad"[5].

No se trata, por lo demás, de que por ello haya que negar la posibilidad de las transmutaciones metálicas, que representan la alquimia para el vulgo; pero no hay que confundir cosas que son de un orden muy diferente, y ni siquiera se ve, *a priori*, por qué razón tales transmutaciones no podrían realizarse por procedimientos que atañen simplemente a la química profana (y, en el fondo, la "hiperquimica" a la que aludíamos hace un instante no es sino eso. Sin embargo, hay otro aspecto de la cuestión, que Evola señala muy justamente: el ser que ha llegado a la realización de determinados estados interiores puede producir exteriormente, en virtud de la relación analógica del "microcosmos" con el "macrocosmos", efectos correspondientes; es admisible, pues, que quien ha alcanzado cierto grado en la práctica de la alquimia espiritual sea, por ello mismo, capaz de efectuar transmutaciones metálicas, pero ello a título de consecuencia completamente accidental, y sin recurrir a ninguno de los procedimientos de la pseudo alquimia material, sino únicamente por una especie de proyección al exterior de las energías que lleva en

---

[5] Hay un tratado de Al-Ghazâli que lleva este título.

sí mismo. Hay aquí una diferencia comparable a la que separa la "teúrgia", o acción de las "influencias espirituales", de la magia y aun de la brujería: si bien, a veces, los efectos aparentes son los mismos por ambas partes, las causas que los provocan son completamente diferentes. Agregaremos además que quienes poseen realmente tales poderes no hacen uso de ellos, por lo general, al menos fuera de determinadas circunstancias muy particulares en las que su ejercicio se encuentra legitimado por otras consideraciones. Sea lo que fuere, lo que nunca se ha de perder de vista, y que está en la base misma de toda enseñanza verdaderamente iniciática, es que toda realización digna de tal nombre es de orden esencialmente interior, aun cuando sea susceptible de tener repercusiones en el exterior; el hombre no puede no puede encontrar sus principios y medios más que en sí mismo, y puede hacerlo porque lleva en si la correspondencia de todo cuanto existe: *el-insânu ramzu´l-wojûd,* "el hombre es un símbolo de la Existencia universal"; y si consigue penetrar hasta el centro de su propio ser, alcanza por ello el conocimiento total, con todo cuanto implica por añadidura: *man yaraf nafsahu yaraf Rabbahu,* aquel que conoce su Sí, conoce a su Señor", y entonces conoce todas las cosas en la suprema unidad del Principio mismo, fuera del cual nada hay que pueda tener el menor grado de realidad.

****

2.- SIMILITUDES MASÓNICAS Y HERMÉTICAS*

Nos es menester ahora volver a esas singulares aproximaciones que ha señalado Aroux, y a las cuales hacíamos alusión anteriormente[1][1]: «El *Infierno* representa el *mundo profano*, el

---

* Capítulo III de *L´Esoterisme de Dante*

[1][1] Citamos el resumen de los trabajos de Aroux que ha sido dado por Sédir, *Histoire des Rose-Croix*, pp. 16-20; 2ª edición, pp. 13-17. Los títulos de las obras de Aroux son: *Dante hérétique, révolutionnaire et socialiste* (publicada en 1854 y reeditada en 1939), y *la Comédie de Dante, traduite en vers selon la lettre et commentée selon l'esprit, suivie de la Clef du langage symbolique des Fidèles d'Amour* (1856-1857).

Purgatorio comprende las *pruebas iniciáticas*, y el *Cielo* es la morada de los *Perfectos*, en quienes se encuentran reunidos y llevados a su zenit la inteligencia y el amor… La ronda celeste que describe Dante[2][2] comienza en los *alti Serafini*, que son los *Principi celesti*, y acaba en los últimos rangos del Cielo. Ahora bien, se encuentra que algunos dignatarios inferiores de la Masonería escocesa, que pretenden remontarse a los Templarios, y de los que Zerbino, el príncipe escocés, el amante de Isabel de Galicia, es la personificación en *Orlando Furioso* del Ariosto, se titulan igualmente príncipes, *Príncipes de la Merced*; que su asamblea o capítulo se nombra el *Tercer Cielo*; que tienen por símbolo un *Paladium*, o estatua de la *Verdad*, revestida como Beatriz de los tres colores *verde*, *blanco y rojo*[3][3]; que su Venerable (cuyo título es *Príncipe excelentísimo*), que lleva una flecha en la mano y sobre el pecho un corazón en un triángulo[4][4], es una personificación del *Amor*; que el número misterioso *nueve*, del que "Beatriz es particularmente amada", Beatriz "a quien es menester llamar Amor", dice Dante en la *Vita Nuova*, es también atribuido a este Venerable, rodeado de nueve columnas, de nueve candelabros con nueve brazos y con nueve luces, en fin de la edad de ochenta y un años, múltiplo (o más exactamente cuadrado) de nueve, cuando se supone que Beatriz muere en el año ochenta y uno del siglo»[5][5].

Este grado de *Príncipe de la Merced*, o *Escocés Trinitario*, es el grado 26 del Rito Escocés; he aquí lo que dice de él el H.·. Bouilly, en su *Explicación de los doce escudos que representan los emblemas y los símbolos de los doce grados filosóficos del Rito Escocés Antiguo y Aceptado* (del grado 19 al 30): «Este grado es, según nosotros, el más inextricable de todos los que componen esta docta categoría: también toma el sobrenombre de *Escocés Trinitario*[6][6]. En efecto, todo ofrece en esta alegoría el emblema de la Trinidad: este fondo a tres colores [verde, blanco y rojo], abajo esta figura de la *Verdad*, en fin, por todas partes este indicio de la *Gran Obra de la Naturaleza* [a las fases de la cual hacen alusión los tres colores], de los elementos constitutivos de los metales [azufre, mercurio y sal][7][7], de su fusión, de su separación [*solve y coagula*], en una palabra de la ciencia de la química mineral [o más bien de la alquimia], de la que *Hermes* fue el fundador entre los Egipcios, y que dio tanta potestad y extensión a la medicina [espagírica][8][8]. Hasta tal punto es verdad que las ciencias constitutivas de la felicidad y de la libertad se suceden y se clasifican con este orden admirable que prueba que el Creador ha

---

2

?[2] *Paradiso*, VIII.

3

?[3] Es al menos curioso que estos tres mismos colores se hayan convertido precisamente, en los tiempos modernos, los colores nacionales de Italia; por lo demás, se les atribuye bastante generalmente un origen masónico, aunque sea muy difícil saber de dónde ha podido ser sacada la idea directamente.

4

?[4] A estos signos distintivos, es menester agregar «una corona de puntas de flechas de oro».

5

?[5] Cf *Light on Masonry*, p. 250, y el *Manuel maçonnique* del H.·. Vuilliaume, pp. 179-182.

6

?[6] Debemos confesar que no vemos la relación que puede existir entre la complejidad de este

grado y su denominación.

7

?[7] Este ternario alquímico se asimila frecuentemente al ternario de los elementos constitutivos del ser humano mismo: espíritu, alma y cuerpo.

proporcionado a los hombres todo lo que puede calmar sus males y prolongar su paso sobre la tierra[9][9]. Es principalmente en el número *tres*, tan bien representado por los tres ángulos del *Delta*, del que los Cristianos han hecho el símbolo brillante de la Divinidad; es, digo, en este número *tres*, que se remonta a los tiempos más lejanos[10][10], donde el sabio observador descubre la fuente primitiva de todo lo que sacude al pensamiento, enriquece la imaginación, y da una justa idea de la igualdad social… Así pues, no cesemos, dignos Caballeros, de permanecer *Escoceses Trinitarios*, de mantener y de honrar el número *tres* como el emblema de todo lo que constituye los deberes del hombre, y recuerda a la vez la querida Trinidad de nuestra Orden, grabada sobre las columnas de nuestros Templos: la *Fe*, la *Esperanza* y la *Caridad*»[11][11]

Lo que es menester sobre todo retener de este pasaje, es que el grado de que se trata, como casi todos los que se vinculan a la misma serie, presenta una significación claramente hermética[12][12]; y lo que conviene observar más particularmente a este respecto, es la conexión del hermetismo con las Órdenes de caballería. Éste no es el lugar de buscar el origen histórico de los altos grados del Escocismo, ni de discutir la teoría tan controvertida de su descendencia templaria; pero, ya sea que haya habido una filiación real y directa o sólo una reconstitución, no por ello es menos cierto que la mayoría de estos grados, y también algunos de los que se encuentran en otros ritos, aparecen como los vestigios de organizaciones que tenían antiguamente una existencia independiente[13][13], y concretamente de esas antiguas Órdenes de caballería cuya fundación está ligada a la historia de las Cruzadas, es decir, a una época donde no hubo sólo relaciones hostiles, como lo creen aquellos que se atienen a las apariencias, sino también activos intercambios intelectuales entre Oriente y Occidente, intercambios que se operaron sobre todo por la mediación de las Órdenes en cuestión. ¿Es menester admitir que es en Oriente donde estas Órdenes tomaron los datos herméticos que asimilaron, o no se debe pensar más bien que poseyeron desde su origen un esoterismo de este género, y que es su

---

8

?[8] Las palabras entre corchetes han sido añadidas por nosotros para hacer el texto más comprensible.

9[9] Se puede ver en estas últimas palabras una alusión discreta al «elixir de la larga vida» de los alquimistas. — El grado precedente (grado 25), el de *Caballero de la Serpiente de Bronce*, era presentado como «encerrando una parte del primer grado de los *Misterios egipcios*, de donde brota el origen de la *medicina* y el *gran arte* de componer los medicamentos».

10

?[10] El autor quiere decir sin duda: «cuyo empleo simbólico se remonta a los tiempos más remotos», ya que no podemos suponer que haya pretendido asignar un origen cronológico al número *tres* mismo.

11

?[11] Los tres colores del grado a veces se consideran como simbolizando respectivamente las tres virtudes teologales: el blanco representa entonces la Fe, el verde la Esperanza, y el rojo la Caridad (o el Amor). — Las insignias de este grado de *Príncipe de Merced* son: un mandil rojo, en medio del cual hay pintado o bordado un triángulo blanco y verde, y un cordón con los tres colores de la Orden, colocado en aspa, del que hay suspendido como joya un triángulo equilátero (o Delta) de oro (*Manuel maçonnique* del H.·. Vuilliaume, p. 181).

12

?[12] Un Masón de alto rango, que parece más versado en esa ciencia enteramente moderna y profana que se llama «historia de las religiones» que en el verdadero conocimiento iniciático, el conde de Goblet d´Alviella, ha creído poder dar de este grado puramente hermético y cristiano una interpretación búdica, bajo el pretexto de que hay una cierta semejanza entre el título de *Príncipe de la Merced* y el de *Señor de Compasión*.

13

?[13] Es así como hubo efectivamente una *Orden de los Trinitarios* u *Orden de la Merced*, que tenía como meta, al menos exteriormente, el rescate de los prisioneros de guerra.

propia iniciación la que las hizo aptas para entrar en relaciones sobre este terreno con los orientales? Esa es todavía una cuestión que no pretendemos resolver, pero la segunda hipótesis, aunque menos frecuentemente considerada que la primera[14][14], no tiene nada de inverosímil para quien reconoce la existencia, durante toda la Edad Media, de una tradición iniciática propiamente occidental; y lo que llevaría también a admitirlo, es que Órdenes fundadas más tarde, y que no tuvieron nunca relaciones con Oriente, estuvieron provistas igualmente de un simbolismo hermético, como la Orden del *Toisón de Oro*, cuyo nombre mismo es una alusión tan clara como es posible a este simbolismo. Sea como sea, en la época de Dante, el hermetismo existía ciertamente en la Orden del Temple, lo mismo que el conocimiento de algunas doctrinas de origen más ciertamente árabe, doctrinas que Dante mismo parece no haber ignorado tampoco, y que le fueron transmitidas sin duda también por esta vía; nos explicaremos más adelante sobre este último punto.

No obstante, volvamos a las concordancias masónicas mencionadas por el comentador, y de las cuales no hemos visto todavía más que una parte, ya que hay varios grados del Escocismo para los cuales Aroux cree observar una perfecta analogía con los nueve cielos que Dante recorre con Beatriz. He aquí las correspondencias indicadas para los siete cielos planetarios: a la Luna corresponden los *profanos*; a Mercurio, el *Caballero del Sol* (grado 28); a Venus, el *Príncipe de la Merded* (grado 26, verde, blanco y rojo); al Sol, el *Gran Arquitecto* (grado 12) o el *Noaquita* (grado 21); a Marte, el *Gran Escocés de San Andrés* o *Patriarca de las Cruzadas* (grado 29, rojo con cruz blanca); a Júpiter, el *Caballero del Aguila blanca y negra* o *Kadosch* (grado 30); a Saturno, la *Escala de oro* de los mismos *Kadosch*. A decir verdad, algunas de estas atribuciones nos parecen dudosas; lo que no es admisible, sobre todo, es hacer del primer cielo la morada de los profanos, mientras que el lugar de éstos no puede estar más que en las «tinieblas exteriores»; ¿y no hemos visto precedentemente, en efecto, que es el Infierno el que representa el mundo profano, mientras que no se llega a los diversos cielos, comprendido en ellos el de la Luna, sino después de haber atravesado las pruebas iniciáticas del Purgatorio? Sabemos bien, no obstante, que la esfera de la Luna tiene una relación especial con los Limbos; pero ese es un aspecto diferente de su simbolismo, que es menester no confundir con aquel bajo el que es representada como el primer cielo. En efecto, la Luna es a la vez *Janua Coeli* y *Janua Inferni*, Diana y Hécate[15][15]; los antiguos lo sabían muy bien, y Dante no podía equivocarse tampoco, ni acordar a los profanos una morada celeste, aunque fuera la más inferior de todas.

Lo que es mucho menos discutible, es la identificación de las figuras simbólicas vistas por Dante: la cruz en el cielo de Marte, el águila en el de Júpiter, la escala en el de Saturno. Ciertamente, se puede aproximar esta cruz a la que, después de haber sido el signo distintivo de las Órdenes de caballería, sirve todavía de emblema a varios grados masónicos; y, si está colocada en la esfera de Marte, ¿no es por una alusión al carácter militar de esas Órdenes, su razón de ser aparente, y al papel que desempeñaron exteriormente en las expediciones guerreras de las Cruzadas?[16][16].

14

?[14] Algunos han llegado hasta atribuir al blasón, cuyas relaciones con el simbolismo hermético son bastante estrechas, un origen exclusivamente persa, mientras que, en realidad, el blasón existía desde la antigüedad en un gran número de pueblos, tanto occidentales como orientales, y concretamente entre los pueblos célticos.

15[15] Estos dos aspectos corresponden también a las dos puertas solsticiales; habría mucho que decir sobre este simbolismo, que los antiguos Latinos habrían resumido en la figura de *Janus*. — Por otra parte, habría que hacer algunas distinciones entre los Infiernos, los Limbos, y las «tinieblas exteriores» de que se trata en el Evangelio; pero eso nos llevaría muy lejos, y no cambiaría nada de lo que decimos aquí, donde se trata solo de separar, de una manera general, el mundo profano de la jerarquía iniciática.

16

?[16] Se puede observar también que el cielo de Marte es representado como la morada de los «mártires de la religión»; sobre *Marte* y *Martirio*, hay incluso una suerte de juego de palabras del que se podrían encontrar en otras partes otros ejemplos: es así como la colina de Montmartre fue antaño el *Monte de Marte* antes de devenir el *Monte*

En cuanto a los otros dos símbolos, es imposible no reconocer en ellos los del *Kadosch* Templario; y, al mismo tiempo, el águila, que la Antigüedad clásica atribuía ya a Júpiter como los hindúes la atribuyen a *Vishnú*[17][17], fue el emblema del antiguo Imperio romano (lo que nos recuerda la presencia de Trajano en el ojo de este águila), y ha permanecido el emblema del Sacro Imperio. El cielo de Júpiter es la morada de los «príncipes sabios y justos»: «*Diligite justitiam, qui judicatis terram*»[18][18], correspondencia que, como todas las que da Dante para los otros cielos, se explica enteramente por razones astrológicas; y el nombre hebreo del planeta Júpiter es *Tsedek*, que significa «justo». En cuanto a la escala de los *Kadosch*, ya hemos hablado de ella: puesto que la esfera de Saturno está situada inmediatamente por encima de la de Júpiter, se llega al pie de esta escala por la Justicia (*Tsedakah*), y a su cima por la Fe (*Emounah*). Este símbolo de la escala parece ser de origen caldeo y haber sido aportado a Occidente con los misterios de Mithra: tenía entonces siete escalones de los que cada uno estaba formado de un metal diferente, según la correspondencia de los metales con los planetas; por otra parte, se sabe que, en el simbolismo bíblico, se encuentra igualmente la escala de Jacob, que, al unir la tierra a los cielos, presenta una significación idéntica[19][19].

«Según Dante, el octavo cielo del Paraíso, el cielo estrellado (o de las estrellas fijas) es el *cielo de los Rosa-Cruz*: en él los *Perfectos* están vestidos de blanco; exponen un simbolismo análogo al de los *Caballeros de Heredom*[20][20]; profesan la "doctrina evangélica", la misma de Lutero, opuesta a la doctrina católica romana». Ésta es la interpretación de Aroux, que da testimonio de esa confusión, frecuente en él, entre los dos dominios del esoterismo y del exoterismo: el verdadero esoterismo debe estar más allá de las oposiciones que se afirman en los movimientos exteriores que agitan el mundo profano, y, si estos movimientos son a veces suscitados o dirigidos invisiblemente por poderosas organizaciones iniciáticas, se puede decir que éstas los dominan sin mezclarse en ellos, de manera que ejercen igualmente su influencia sobre cada uno de los partidos contrarios. Es verdad que los protestantes, y más particularmente los Luteranos, se sirven habitualmente de la palabra «evangélica» para designar su propia doctrina, y, por otra parte, se sabe que el sello de Lutero llevaba una cruz en el centro de una rosa; se sabe también que la organización rosacruciana que manifestó públicamente su existencia en 1604 (aquella con la que Descartes buscó vanamente ponerse en relación) se declaraba claramente «antipapista». Pero debemos decir que esa Rosa-Cruz de comienzos del siglo XVII era ya muy exterior, y

---

de los Mártires. Haremos notar de pasada, a este propósito, otro hecho bastante extraño: los nombres de los tres mártires de Montmartre, *Dionisio*, *Rústico*, y *Eleuterio*, son tres nombres de *Baco*. Además, Saint Denis, considerado como el primer obispo de París, es identificado comúnmente a San Dionisio el Areopagita, y, en Atenas, el Areópago era también el *Monte de Marte*.

17

?[17] El simbolismo del águila en las diferentes tradiciones requeriría él solo todo un estudio especial.

18

?[18] *Paradiso*, XVIII, 91-93.

19

?[19] No carece de interés anotar todavía que San Pedro Damiano, con quien Dante conversa en el cielo de Saturno, figura en la lista (en gran parte legendaria) de los *Imperatores Rosae-Crucis* dada en el *Clypeum Veritatis* de Irenaeus Agnostus (1618).

20

?[20] La *Orden de Heredom de Kilwining* es el *Gran Capítulo* de los altos grados vinculada a la *Grande Loge Royale d'Edimbourg*, y fundada, según la Tradición, por el rey Robert Bruce (Thory, *Acta Latomorum*, t. I, p. 317). El término inglés *Heredom* (o *Heirdom*) significa «herencia» (de los Templarios); no obstante, algunos hacen venir esta designación del hebreo *Harodim*, título dado a aquellos que dirigían a los obreros empleados en la construcción del Templo de Salomón (cf. nuestro artículo sobre este tema en los *Études Traditionnelles*, nº de marzo de 1948).

estaba muy alejada de la verdadera Rosa-Cruz original, la cual no constituyo nunca una sociedad en el sentido propio de esta palabra; y, en cuanto a Lutero, no parece haber sido más que una suerte de agente subalterno, sin duda incluso bastante poco consciente del papel que tenía que jugar; por lo demás, estos diversos puntos nunca han sido completamente elucidados.

Sea como sea, las vestiduras blancas de los *Elegidos* o de los *Perfectos*, al recordar evidentemente algunos textos apocalípticos[21][21], nos parecen ser sobre todo una alusión al hábito de los Templarios; y, a este respecto, hay un pasaje particularmente significativo[22][22]:

Qual è colui che tace e dicer vuole,

Mi trasse Beatrice, *e disse*: *mira*

Quanto è il convento delle bianche stole!

Por lo demás, esta interpretación permite dar un sentido muy preciso a la expresión de «milicia santa» que encontramos un poco más adelante, en versos que parecen expresar discretamente la transformación del Templarismo, después de su aparente destrucción, para dar nacimiento al Rosacrucianismo[23][23]:

In forma dunque di candida rosa

Mi si mostrava la milizia santa,

Che nel suo sangue Cristo fece sposa.

Por otra parte, para hacer comprender mejor cuál es el simbolismo de que se trata en esta última cita que hemos hecho según Aroux, he aquí la descripción de la *Jerusalem celeste*, tal como está figurada en el *Capítulo de los Soberanos Príncipes Rosa-Cruz*, de la *Orden de Heredom de Kilwinning* u *Orden Real de Escocia*, llamados también *Caballeros del Aguila y del Pelícano*: «En el fondo (de la última estancia) hay un cuadro donde se ve una montaña de donde brota un río, a la orilla del cual crece un árbol que lleva doce tipos de frutos. Sobre la cima de la montaña hay una peana compuesta de doce piedras preciosas en doce pasamentos. Encima de esta peana hay un cuadrado de oro, sobre cada una de cuyas caras hay tres ángeles con los nombres de cada una de las doce tribus de Israel. En este cuadrado hay una cruz, sobre el centro de la cual está tumbado un cordero»[24][24]. Así pues, es el simbolismo apocalíptico el que rencontramos

21

?[21] *Apocalipsis*, VII, 13-14.

22

?[22] *Paradiso* XXX, 127-129. — Se observará, a propósito de este pasaje, que la palabra «convento» ha permanecido en uso en la Masonería para designar sus grandes asambleas.

23

?[23] Paradiso, XXXI, 1-3. — El último verso puede referirse al simbolismo de la cruz roja de los Templarios.

24

aquí, y lo que sigue mostrará hasta qué punto las concepciones cíclicas a las que se refiere están íntimamente ligadas al plan de la obra de Dante.

«En los cantos XXIV y XXV del *Paraíso*, se encuentra el triple beso del *Príncipe Rosa-Cruz*, el pelícano, las túnicas blancas, las mismas que las de los ancianos del *Apocalipsis*, las barras de lacre, las tres virtudes teologales de los Capítulos masónicos (Fe, Esperanza y Caridad)[25][25]; ya que la flor simbólica de los Rosa-Cruz (la *Rosa cándida* de los cantos XXX y XXXI) ha sido adoptada por la Iglesia Católica como la figura de la Madre del Salvador (*Rosa mística* de las letanías), y por la Iglesia de Toulouse (los Albigenses) como el tipo misterioso de la asamblea general de los *Fieles de Amor*. Estas metáforas ya eran empleadas por los *Paulicianos*, predecesores de los *Cátaros* en los siglos X y XI».

Hemos creído útil reproducir todas estas comparaciones, que son interesantes, y que sin duda se podrían multiplicar todavía sin gran dificultad; pero, no obstante, salvo probablemente en el caso del Templarismo y del Rosacrucismo original, sería menester no pretender sacar de ellas conclusiones demasiado rigurosas en lo que concierne a una filiación directa de las diferentes formas iniciáticas entre las cuales se comprueba así cierta comunidad de símbolos. En efecto, no sólo el fondo de las doctrinas es siempre y por todas partes el mismo, sino que, lo que puede parecer más sorprendente a primera vista, también los modos de expresión mismos presentan frecuentemente una similitud destacable, y eso para tradiciones que están muy alejadas en el tiempo o en el espacio como para que se pueda admitir una influencia inmediata de las unas sobre las otras; en parecido caso, sin duda sería menester, para descubrir un vinculamiento efectivo, remontarse mucho más lejos de lo que la historia nos permite hacerlo.

Por otro lado, comentadores tales como Rossetti y Aroux, al estudiar el simbolismo de la obra de Dante como lo han hecho, se han atenido en ello a un aspecto que podemos calificar de exterior; queremos decir que se han detenido en lo que llamaríamos de buena gana su lado ritualista, es decir, en formas que, para aquellos que no son capaces de ir más lejos, ocultan el sentido profundo mucho más de lo que lo expresan. Y, como se ha dicho muy justamente, «es natural que ello sea así, porque, para poder percibir y comprender las alusiones y las referencias convencionales o alegóricas, es menester conocer el objeto de la alusión o de la alegoría; y, en el caso presente, es menester conocer las experiencia místicas por las que la verdadera iniciación hace pasar al misto y al epopte. Para quien tiene alguna experiencia de este género, no hay ninguna duda sobre la existencia, en la *Divina Comedia* y en la *Eneida*, de una alegoría metafísico-esotérica, que vela y expone al mismo tiempo las fases sucesivas por las que pasa la consciencia del iniciado para alcanzar la inmortalidad»[26][26]

****

?[24] *Manuel maçonnique* del H.·.Vuilliaume, pp. 143-144. — Cf. *Apocalípsis*, XXI.

25

?[25] En los Capítulos Rosa-Cruz (grado 18 escocés), los nombres de las tres virtudes teologales son asociados respectivamente a los tres términos de la divisa «Libertad, Igualdad, Fraternidad»; también se podrían aproximar a lo que se llama «los tres principales pilares del Templo» en los grados simbólicos: «Sabiduría, Fuerza, Belleza». — A estas tres mismas virtudes, Dante hace corresponder San Pedro, Santiago y San Juan, los tres Apóstoles que asistieron a la Transfiguración.

26

?[26] Arturo Reghini, *artículo citado*, pp. 545-546.

3.- ROSA-CRUZ Y ROSACRUCIANOS*

Puesto que nos hemos visto conducidos a hablar de los Rosa-Cruz, quizá no sea inútil, aunque este tema se relacione con un caso particular más bien que con la iniciación en general, añadir algunas precisiones, ya que el nombre de Rosa-Cruz es, en nuestros días, empleado de una manera vaga y a menudo abusiva, y aplicado indistintamente a los personajes más diferentes, de entre los cuales muy pocos, sin duda, tendrían realmente derecho a ello. Con objeto de evitar todas estas confusiones, parece que lo mejor sería establecer una distinción clara entre Rosa-Cruz y Rosacrucianos, pudiendo este último término recibir sin ningún inconveniente mayor extensión que el primero; y es probable que la mayoría de los pretendidos Rosa-Cruz, comúnmente llamados así, no fueran realmente sino Rosacrucianos. Para comprender la utilidad y la importancia de esta distinción, es preciso en primer lugar recordar que, como ya hemos dicho hace un momento, los verdaderos Rosa-Cruz jamás han constituido una organización con formas exteriores definidas, y no obstante ha habido, a partir de los inicios del siglo XVII al menos, numerosas organizaciones a las que se puede calificar de Rosacrucianas[1], lo cual no quiere decir en absoluto que sus miembros fueran Rosa-Cruz; se puede incluso estar seguro de que no lo eran, y esto por el único hecho de que formaran parte de tales asociaciones, lo que a primera vista puede parecer paradójico e incluso contradictorio, pero que es no obstante fácilmente comprensible después de las consideraciones anteriormente expuestas.

La distinción que indicamos está lejos de reducirse a una simple cuestión de terminología, y se relaciona en realidad con algo que es de un orden mucho más profundo, puesto que el término de Rosa-Cruz es propiamente, como hemos explicado, la designación de un grado iniciático efectivo, es decir, de un determinado estado espiritual, cuya posesión, evidentemente, no está unida de manera necesaria al hecho de pertenecer a cierta organización definida. Lo que representa es lo que se puede llamar la perfección del estado humano, pues el propio símbolo de la Rosa-Cruz figura, por los dos elementos de los que está compuesto, la reintegración del ser en el centro de este estado y la plena expansión de sus posibilidades individuales a partir de este centro; indica entonces muy exactamente la restauración del "estado primordial", o, lo que

---

* Primera versión publicada en "Le Voile d´Isis", mayo de 1931. Reescrito como capítulo de *Aperçus sur l´Initiation*

[1] Es a una organización de este género a la que pertenecía especialmente Leibnitz; hemos hablado en otro lugar de la inspiración manifiestamente rosacruciana de algunas de sus concepciones, aunque también hemos demostrado que no era posible considerar que hubiera recibido algo más que una iniciación simplemente virtual, y además incompleta incluso bajo el aspecto teórico (ver *Les Principes du Calcul infinitésimal*).

viene a ser lo mismo, el término de la iniciación en los “Pequeños Misterios”. Por otro lado, desde el punto de vista al que podemos llamar “histórico”, es preciso tener en cuenta el hecho de que esta denominación de Rosa-Cruz, unida expresamente al uso de cierto simbolismo, no ha sido empleada más que en ciertas circunstancias determinadas de tiempo y lugar, fuera de las cuales sería ilegítimo aplicarla; se podría decir que aquellos que poseían el grado del cual se trata han aparecido como Rosa-Cruz solamente en estas circunstancias y por razones contingentes, al igual que han podido, en otras circunstancias, aparecer bajo otros nombres y otros aspectos. Esto, por supuesto, no significa que el símbolo al cual este nombre se refiere no pueda ser mucho más antiguo que el empleo que se le ha dado, e incluso, como para todo símbolo verdaderamente tradicional, sería sin duda completamente vano buscarle un origen definido. Lo que queremos decir es solamente que el nombre extraído del símbolo no ha sido aplicado a un grado iniciático más que a partir del siglo XIV, y, además, únicamente en el mundo occidental; no se aplica entonces sino en relación con cierta forma tradicional, la del esoterismo cristiano, o, más precisamente, la del hermetismo cristiano; volveremos más adelante sobre lo que es preciso entender exactamente por el término “hermetismo”.

Lo que acabamos de decir está indicado por la propia leyenda de Christian Rosenkreutz, cuyo nombre es por lo demás puramente simbólico, y en quien es dudoso que deba verse un personaje histórico, como algunos han afirmado, pues más bien aparece como la representación de lo que puede llamarse una “entidad colectiva”[2]. El sentido general de la “leyenda” de este supuesto fundador, y en particular de los viajes que le son atribuidos[3], parece ser el de que, tras la destrucción de la Orden del Temple, los iniciados del esoterismo cristiano se reorganizaron, de acuerdo con los iniciados del esoterismo islámico, para mantener, en la medida de lo posible, el lazo que aparentemente había sido roto a causa de esta destrucción; pero esta reorganización debió hacerse en una forma más oculta, invisible en cierto modo, y sin tomar su punto de apoyo en una institución exteriormente conocida que, como tal, habría podido ser destruida una vez más[4]. Los verdaderos Rosa-Cruz fueron propiamente los inspiradores de esta reorganización, o, si se desea, fueron los poseedores del grado iniciático del cual hemos hablado, considerados especialmente en tanto que desempeñaron este papel, que se continuó hasta el momento en que, después de otros acontecimientos históricos, el lazo tradicional de que se trata fue definitivamente roto para el mundo occidental, lo cual se produjo en el curso del siglo XVII[5]. Se dice que los Rosa-Cruz se retiraron entonces a Oriente, lo que significa que no hubo a partir de ese momento en Occidente ninguna iniciación que permitiera alcanzar efectivamente este grado, y también que la acción que se había ejercido hasta entonces para la conservación de la

---

[2] Esta "leyenda" es en suma del mismo género que las otras "leyendas" iniciáticas a las cuales hemos aludido anteriormente.

[3] Recordaremos aquí la alusión que hicimos más arriba al simbolismo iniciático del viaje; hay, por lo demás, especialmente en conexión con el hermetismo, muchos otros viajes, como los de Nicolás Flamel, por ejemplo, que parecen tener ante todo un significado simbólico.

[4] De ahí el nombre de "Colegio de los Invisibles" dado a veces a la colectividad de los Rosa-Cruz.

[5] La fecha exacta de esta ruptura está indicada, en la historia exterior de Europa, por la conclusión de los tratados de Westfalia, que pusieron fin a lo que aún subsistía de la "Cristiandad" medireview para sustituirla por una organización puramente "política", en el sentido moderno y profano de la palabra.

enseñanza tradicional correspondiente dejó de manifestarse, al menos de forma regular y normal[6].

En cuanto a saber quiénes fueron los verdaderos Rosa-Cruz, y afirmar con certeza si tal o cual personaje fue uno de ellos, parece completamente imposible, debido al hecho de que se trata esencialmente de un estado espiritual, luego puramente interior, del cual sería muy imprudente querer juzgar por cualquier signo exterior. Además, en razón de la naturaleza de su papel, estos Rosa-Cruz no han podido, como tales, dejar ninguna huella visible en la historia profana, de manera que, incluso aunque sus nombres pudieran ser conocidos, no dirían sin duda nada a nadie; a este respecto, volveremos por otra parte a lo que ya hemos dicho acerca de los cambios de nombre, y que explica suficientemente aquello que puede ser en realidad. En cuanto a los personajes cuyos nombres son conocidos, especialmente como autores de tal o cual escrito, y que son designados comúnmente como Rosa-Cruz, lo más probable es que, en muchos casos, fueran influenciados o inspirados más o menos directamente por los Rosa-Cruz, a los cuales sirvieron en cierto modo de portavoces[7], lo que expresaremos diciendo que fueron solamente Rosacrucianos, hayan o no pertenecido a cualquiera de las agrupaciones a las que puede darse la misma denominación. Por el contrario, si se descubre excepcional y como accidentalmente que un verdadero Rosa-Cruz haya desempeñado un papel en los acontecimientos exteriores, sería en cierto modo a pesar de su calidad más bien que a causa de ella, y entonces los historiadores pueden estar muy lejos de suponer esta calidad, pues de tal manera ambas cosas pertenecen a dominios diferentes. Todo ello, con seguridad, es poco satisfactorio para los curiosos, pero deben resignarse; muchas cosas escapan a los medios de la investigación de la historia profana, que forzosamente, por su naturaleza, nos permiten captar nada más que lo que puede llamarse el “exterior” de los acontecimientos.

Todavía es necesario añadir otra razón por la cual los verdaderos Rosa-Cruz permanecen siendo siempre desconocidos: es que ninguno de ellos puede jamás afirmarse como tal, al igual que, en la iniciación islámica, ningún auténtico *Çûfî* puede vanagloriarse de este título. hay aquí incluso una similitud que es particularmente interesante señalar, aunque, a decir verdad, no hay equivalencia entre ambas denominaciones, pues lo que en la palabra *Çûfî* está implicado es en realidad de un orden más elevado que lo que indica la de Rosa-Cruz y se refiere a posibilidades que sobrepasan a las del estado humano, incluso considerado en su perfección; debería, con todo rigor, estar reservada exclusivamente al ser que ha llegado a la realización de la “Identidad Suprema”, es decir, al fin último de toda iniciación[8]; pero es evidente que tal ser posee *a fortiori*

---

[6] Sería inútil pretender determinar "geográficamente" el lugar de retiro de los Rosa-Cruz; de entre todas las aserciones que hay con respecto a este tema, la más real es ciertamente la de que se retiraron al "reino del Preste Juan", que no es, como hemos explicado en otro lugar (*Le Roi du Monde*, pp. 13-15), sino una representación del centro espiritual supremo, donde están en efecto conservadas en estado latente, hasta el fin del ciclo actual, todas las formas tradicionales que, por una u otra razón, han dejado de manifestarse al exterior.

[7] Es muy dudoso que un Rosa-Cruz haya jamás escrito nada, y, en todo caso, no podría ser más que de una manera estrictamente anónima, impidiéndole su propia cualidad el presentarse entonces como un simple individuo hablando en su nombre.

[8] Es interesante indicar que la palabra *Çûfî*, por el valor de las letras que la componen, equivale numéricamente a *el-hikmah el-ilahiyah*, es decir, "la Sabiduría divina". La diferencia entre el Rosa-Cruz y el *Çûfî* se corresponde exactamente con la que existe, en el Taoísmo, entre el "hombre verdadero" y el

el grado que hace al Rosa-Cruz y puede, si ha lugar, cumplir las funciones correspondientes. Comúnmente se hace por lo demás el mismo abuso con la palabra *Çûfî* que con la de Rosa-Cruz, llegando a aplicarla a veces a aquellos que solamente están sobre la vía que conduce a la iniciación efectiva, sin haber alcanzado aún ni siquiera los primeros grados de ésta; y puede notarse con este propósito que semejante extensión ilegítima es dada no menos usualmente a la palabra *Yogî* en lo que concierne a la tradición hindú, si bien esta palabra, que también designa propiamente a aquel que ha alcanzado el objetivo supremo, y que es el exacto equivalente de *Çûfî*, llega a ser aplicada a quienes no están aún sino en los estadios preliminares e incluso en la preparación más exterior. No solamente en tal caso, sino también para quien ha llegado a los grados más elevados, sin no obstante haber alcanzado el término final, la denominación que conviene propiamente es la de *mutaçawwuf*; y, como el *Çûfî* no está marcado por ninguna distinción exterior, esta denominación será también la única que podrá tomar o aceptar, no en virtud de consideraciones puramente humanas como la prudencia o la humildad, sino porque su estado espiritual constituye verdaderamente un secreto incomunicable[9]. Una distinción análoga a esta, en un orden más restringido (puesto que no sobrepasa los límites del estado humano) es la que se puede expresar con los términos Rosa-Cruz y Rosacruciano, pudiendo este último designar a todo aspirante al estado de Rosa-Cruz, sea cual sea el grado que haya alcanzado efectivamente, incluso aunque todavía no haya recibido más que una iniciación simplemente virtual en la forma en la cual esta designación conviene propiamente de hecho. Por otra parte, se puede deducir de lo que acabamos de decir una especie de criterio negativo, en el sentido en que, si alguien se declara a sí mismo Rosacruz o *çûfî*, se puede entonces afirmar, sin tener necesidad de examinar las cosas más a fondo, que ciertamente no lo es en realidad.

Otro criterio negativo resulta del hecho de que los Rosa-Cruz no se unieron jamás a ninguna organización exterior; si alguien es conocido como habiendo sido miembro de una organización tal, puede entonces afirmarse que, al menos en tanto formó parte activamente, no fue un verdadero Rosacruz. Es de señalar además que las organizaciones de este género no llevaron el título de Rosa-Cruz sino muy tardíamente, puesto que no se las ve aparecer así, como dijimos antes, sino hasta el siglo XVII, es decir, poco antes del momento en que los verdaderos Rosa-Cruz se retiraron de Occidente; y es además visible, por muchos indicios, que quienes se dieron entonces a conocer bajo este título estaban ya más o menos desviados, o, en todo caso, muy alejados de la fuente original. Con mayor razón ocurre para las organizaciones que se constituyeron aún más tarde bajo el mismo nombre, y de las cuales la mayor parte no habrían podido sin duda reclamar para ellas, con respecto a los Rosa-Cruz, ninguna filiación auténtica y regular, por indirecta que fuera[10]; y no hablamos, por supuesto, de las múltiples formaciones pseudo-iniciáticas contemporáneas que no tienen de Rosa-Cruz sino el nombre usurpado, no poseyendo ninguna traza de una doctrina tradicional cualquiera, y habiendo simplemente adoptado, por una iniciativa totalmente individual de sus fundadores, un símbolo al que cada uno interpreta según su propia fantasía, a falta de conocer su verdadero sentido, que escapa tan completamente a estos pretendidos Rosacrucianos como al primer profano que aparezca.

"hombre trascendente".

9 Es éste por otra parte, en árabe, uno de los sentidos de la palabra *sirr*, "secreto", en el particular empleo que hace la terminología "técnica" del esoterismo.

10 Probablemente fue así, en el siglo XVIII, para organizaciones tales como la que fue conocida bajo el nombre de "Rosa-Cruz de Oro".

Todavía hay un punto sobre el cual debemos regresar para una mayor precisión: hemos dicho que debió haber, en el origen del Rosacrucismo, una colaboración entre los iniciados de los esoterismos cristiano e islámico; esta colaboración debió además continuarse seguidamente, puesto que se trataba en definitiva de conservar el lazo entre las iniciaciones de Oriente y de Occidente. Iremos incluso más lejos: los mismos personajes, ya provengan del Cristianismo, ya del Islam, han podido, si han vivido en Oriente y en Occidente, (y las constantes alusiones a sus viajes, dejando aparte todo simbolismo, hace pensar que éste debió ser el caso de muchos de ellos) ser a la vez Rosa-Cruz y *Çûfîs* (o *mutaçawwufîn* de grados superiores), implicando el estado espiritual que habían alcanzado que estaban más allá de las diferencias que existen entre las formas exteriores, y que no afectan en nada a la unidad esencial y fundamental de la doctrina tradicional. Por supuesto, no deja de ser conveniente mantener, entre *Taçawwuf* y Rosacrucismo, la distinción entre dos formas diferentes de enseñanza tradicional; y los Rosacrucianos, discípulos más o menos directos de los Rosa-Cruz, son únicamente aquellos que siguen la vía especial del hermetismo cristiano; pero no puede haber ninguna organización iniciática plenamente digna de este nombre y que posea la conciencia efectiva de su objetivo que no tenga, en la cúspide de su jerarquía, seres que hayan superado la diversidad de las apariencias formales. Estos podrán, según las circunstancias, mostrarse como Rosacrucianos, como *mutaçawwufîn*, o con cualquier otro aspecto; son verdaderamente el lazo viviente entre todas las tradiciones, porque, debido a su conciencia de la unidad, participan efectivamente de la gran Tradición primordial, de la cual todas las demás han derivado por adaptación a los tiempos y los lugares, y que es una como la Verdad misma.

****

4.- INICIACIÓN SACERDOTAL E INICIACIÓN REGIA[*]

A pesar de que lo que acaba de ser dicho baste en suma para caracterizar claramente a la iniciación sacerdotal y a la iniciación real, creemos deber insistir aún un poco sobre la cuestión de sus relaciones, en razón de ciertas concepciones erróneas que hemos encontrado en varios lugares, y que tienden a representar a cada una de estas dos iniciaciones como formando por sí misma un todo completo, de tal manera que se trataría, no de dos grados jerárquicos diferentes, sino de dos tipos doctrinales irreductibles. La principal intención de quienes propagan tal concepción parece ser, en general, oponer las tradiciones orientales, que serían del tipo sacerdotal o contemplativo, a las tradiciones occidentales, que serían del tipo real y guerrero o activo; y, cuando no se llega a proclamar la superioridad de éstas sobre aquellas, se pretende al menos ponerlas en pie de igualdad. Añadamos incidentalmente que esto se acompaña a menudo, en lo concerniente a las tradiciones occidentales, de opiniones históricas muy

---

[*] Capítulo de *Aperçus sur l´Initiation*

engañosas sobre su origen, tales como, por ejemplo, la hipótesis de una "tradición mediterránea" primitiva y única, que muy probablemente jamás existió.

En realidad, originalmente, y antes de la división de las castas, las dos funciones sacerdotal y real no existían en estado distinto y diferenciado; estaban contenidas ambas en su principio común, que está más allá de las castas, y del cual éstas no han surgido sino en una fase posterior del ciclo de la humanidad terrestre[1]. Por otro lado, es evidente que, desde el momento en que han sido distinguidas las castas, toda organización social ha debido, bajo una forma u otra, contenerlas igualmente a todas, puesto que representan diferentes funciones que necesariamente deben coexistir; no puede concebirse una sociedad compuesta únicamente de Brahmanes, ni otra compuesta únicamente de Kshatriyas. La coexistencia de estas funciones implica normalmente su jerarquización, conforme a su naturaleza propia, y en consecuencia la de los individuos que las desempeñan; el Brahmán es superior al Kshatriya por naturaleza, y no porque haya tomado más o menos arbitrariamente el primer lugar en la sociedad; lo es porque el conocimiento es superior a la acción, porque el dominio "metafísico" es superior al dominio "físico", como el principio es superior a lo que de él deriva; y de aquí proviene también, no menos naturalmente, la distinción entre los "Grandes Misterios", constituyendo propiamente la iniciación sacerdotal, y los "Pequeños Misterios", constituyendo propiamente la iniciación real.

Dado esto, toda tradición, para ser regular y completa, debe contener a la vez, en su aspecto esotérico, a ambas iniciaciones, o más exactamente a las dos partes de la iniciación, es decir, los "Grandes Misterios" y los "Pequeños Misterios", estando por otra parte la segunda esencialmente subordinada a la primera, tal como indican muy claramente los propios términos que respectivamente las designan; esta subordinación no ha podido ser negada más que por los Kshatriyas rebeldes, que se han esforzado por invertir las relaciones normales, y que, en algunos casos, han podido lograr constituir una especie de tradición irregular e incompleta, reducida a lo correspondiente al dominio de los "Pequeños Misterios", el único del cual tenían conocimiento, y presentando falsamente a ésta como la doctrina total[2]. En tal caso, sólo subsiste la iniciación real, por lo demás degenerada y desviada a causa del hecho de no estar ligada al principio que la legitimaba; en cuanto al caso contrario, aquel en donde solo existía la iniciación sacerdotal, es con seguridad imposible encontrar el menor ejemplo en ningún sitio. Esto basta para volver a situar las cosas en su sitio: si hay verdaderamente dos tipos de organizaciones tradicionales e iniciáticas, es porque uno es regular y normal y el otro irregular y anormal, uno completo y el otro incompleto (y, faltaría añadir, incompleto por lo alto); no podría ser de otro modo, y ello de una manera absolutamente general, tanto en Occidente como en Oriente.

Ciertamente, al menos en el actual estado de las cosas, como hemos dicho en repetidas ocasiones, las tendencias contemplativas están mucho más ampliamente difundidas en Oriente y las tendencias activas (o mejor dicho "actuantes" en el sentido más externo) en Occidente; pero no hay aquí, a pesar de todo, más que una cuestión de proporción, y no de exclusividad. Si hubiera una organización tradicional en Occidente (y queremos decir con esto una organización tradicional íntegra, poseyendo efectivamente los dos aspectos esotérico y exotérico), debería

---

[1] Cf. *Autorité spirituelle et pouvoir temporel*, cap. I.

[2] Cf. *Autorité spirituelle et pouvoir temporel*, cap. III.

normalmente, al igual que las de Oriente, comprender a la vez a la iniciación sacerdotal y a la iniciación real, sean cuales puedan ser las formas particulares que puedan tomar para adaptarse a las condiciones del medio, pero siempre con el reconocimiento de la superioridad de la primera sobre la segunda, y esto con independencia del número de individuos que fueran aptos para recibir respectivamente una u otra de estas dos iniciaciones, pues el número no es nada y no podría en forma alguna modificar lo que es inherente a la naturaleza de las cosas[3].

Lo que puede engañar es que en Occidente, aunque la iniciación real no existe actualmente, como tampoco la iniciación sacerdotal[4], se encuentran más fácilmente vestigios de la primera que de la segunda; esto se refiere ante todo a los lazos que generalmente existen entre la iniciación real y las iniciaciones de oficio, tal y como ya hemos indicado, y en razón de los cuales tales vestigios pueden encontrarse en las organizaciones derivadas de estas iniciaciones de oficio y que todavía subsisten hoy en día en el mundo occidental[5]. Incluso hay algo más: debido a un muy extraño fenómeno, a veces se ve reaparecer, de una forma más o menos fragmentaria, aunque no obstante reconocible, algo de estas tradiciones disminuidas y desviadas que fueron, en circunstancias muy diversas de tiempo y lugar, el producto de la rebelión de los Kshatriyas, y cuyo carácter "naturalista" constituye siempre la marca principal[6]. Sin insistir demasiado, señalaremos únicamente el predominio frecuentemente otorgado, en semejante caso, a cierto punto de vista "mágico" (y no es necesario, por otra parte, entender con esto exclusivamente la búsqueda de efectos exteriores más o menos extraordinarios, como ocurre

---

[3] Para evitar todo posible equívoco, debemos precisar que sería por completo erróneo suponer, después de lo que hemos dicho acerca de la correspondencia respectiva entre ambas iniciaciones con los "Grandes Misterios" y los "Pequeños Misterios", que la iniciación sacerdotal no incluye el paso por los "Pequeños Misterios"; pero la verdad es que este paso puede efectuarse mucho más rápidamente en tal caso, en razón de que los Brâhmanes, por su naturaleza, son llevados más directamente al conocimiento *principial*, y, en consecuencia, no tienen necesidad de demorarse en un desarrollo detallado de posibilidades contingentes, de manera que los "Pequeños Misterios" pueden ser reducidos para ellos al mínimo, es decir, a lo único que constituye lo esencial y que apunta inmediatamente a la obtención del "estado primordial".

[4] Es evidente que, en todo esto, entendemos estos términos en el sentido más general, como designando a las iniciaciones que respectivamente convienen a la naturaleza de los Kshatriyas y a la de los Brâhmanes, pues, en cuanto al ejercicio de las funciones correspondientes en el orden social, la coronación de los reyes y la ordenación sacerdotal no representan sino "exteriorizaciones", como ya hemos mencionado antes, es decir, que no dependen más que del orden exotérico y no implican ninguna iniciación, aunque fuera simplemente virtual.

[5] Se podría recordar especialmente, a este respecto, la existencia de grados "caballerescos" entre los altos grados que están superpuestos a la Masonería propiamente dicha; sea cual pueda ser de hecho su origen histórico más o menos antiguo, cuestión sobre la cual siempre sería posible discutir indefinidamente sin llegar jamás a ninguna solución precisa, el principio mismo de su existencia no puede realmente explicarse sino por esto, y es todo lo que importa desde el punto de vista en que nos situamos ahora.

[6] Las manifestaciones de este género parecen haber tenido mayor extensión en la época del Renacimiento, aunque, aún en nuestros días, están muy lejos de haber cesado, a pesar de que generalmente tengan un carácter muy cerrado y sean completamente ignoradas, no solamente del "gran público", sino incluso de la mayoría de quienes pretenden especializarse en el estudio de lo que se ha convenido en llamar vagamente las "sociedades secretas".

cuando no se trata sino de pseudo-iniciación), resultado de la alteración de las ciencias tradicionales separadas de su principio metafísico[7].

La "mezcla de las castas", es decir, en suma, la destrucción de toda verdadera jerarquía, característica del último período del *Kali-Yuga*[8], hace, por lo demás, más difícil, especialmente para quienes no van hasta el fondo de las cosas, determinar exactamente la naturaleza real de elementos como los aludidos; y todavía no hemos llegado sin duda al grado más extremo de la confusión. El ciclo histórico, surgido de un nivel superior a la distinción entre las castas, debe desembocar, a través de un descenso gradual del que hemos descrito en otro lugar sus diferentes etapas[9], en un nivel inferior a esta misma distinción, pues evidentemente hay, como ya hemos indicado, dos formas de ser opuestas fuera de las castas: se puede estar más allá o de este lado, por encima de la más alta o por debajo de la más baja de ellas; y, si el primero de ambos casos era normalmente el de los hombres al inicio del ciclo, el segundo será el de la inmensa mayoría en su fase final; ya se ven indicios muy claros como para que sea inútil detenernos más en ello, pues, a menos de estar completamente cegado por ciertos prejuicios, nadie puede negar que la tendencia a la nivelación por abajo sea una de las características más evidentes de la época actual[10].

Se podría no obstante objetar lo siguiente: si el fin de un ciclo debe necesariamente coincidir con el comienzo de otro, ¿cómo el punto más bajo podrá reunirse con el punto más alto? Ya hemos respondido a esta cuestión en otro lugar[11]: un enderezamiento deberá en efecto operarse, y no será posible precisamente sino cuando el punto más bajo haya sido alcanzado: ello se relaciona propiamente con el secreto de la "inversión de los polos". Esta alteración deberá por lo demás ser preparada, incluso visiblemente, antes del fin del ciclo actual; pero no podrá serlo sino por aquel que, uniendo en sí las potencias del Cielo y de la Tierra, las de Oriente y Occidente, manifestará al exterior, a la vez en el dominio del conocimiento y en el de la acción, el doble poder sacerdotal y real conservado a través de las edades, en la integridad de su principio único, por los ocultos depositarios de la Tradición primordial. Sería además inútil el querer saber ahora cuándo y cómo se producirá tal manifestación, y sin duda será muy diferente de todo lo que se

---

[7] Debe añadirse que estas iniciaciones inferiores y desviadas son naturalmente aquellas que dan más fácilmente motivo a la acción de las influencias emanantes de la contra-iniciación; recordaremos a propósito de esto lo que en otro lugar hemos dicho sobre la utilización de todo lo que presenta un carácter de "residuo" con vistas a una obra de subversión (ver *Le Règne de la Quantité et les Signes des Temps*, caps. XXVI y XXVII).

[8] Sobre este tema, ver sobre todo el *Vishnú-Purâna*.

[9] Ver *Autorité spirituelle et pouvoir temporel*, cap. VII.

[10] Véase *Le Règne de la Quantité*, capítulo VII

[11] V. *Le Règne de la Quantité*, cap. XX y cap. XXIII

podría imaginar a este respecto; los “misterios del Polo” (*el-asrâr-el-qutbâniyah*) están con seguridad bien guardados, y nada podrá darse a conocer al exterior antes de que el tiempo fijado sea cumplido.

****

5.- ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL HERMETISMO*

Hemos dicho anteriormente que los Rosa-Cruz eran propiamente seres que habían alcanzado el término efectivo de los “Pequeños Misterios”, y que la iniciación rosacruciana, inspirada por ellos, era una forma particular vinculada al hermetismo cristiano; relacionando esto con lo que acabamos de explicar, se debe poder comprender ya que el hermetismo, de manera general, pertenece al dominio de lo que es designado como la “iniciación real”. No obstante, será bueno ofrecer aún algunas precisiones sobre este tema, pues, aún aquí, se han introducido muchas confusiones, y la propia palabra “hermetismo” es empleada por muchos de nuestros contemporáneos de una forma muy vaga e incierta; no queremos hablar únicamente de los ocultistas, con respecto a los cuales la cosa es muy evidente, sino también de otros que, estudiando la cuestión de una manera más seria, parecen, quizá a causa de ciertas ideas preconcebidas, no haberse dado cuenta muy exactamente de aquello de lo que se trata en realidad.

Es preciso observar en principio que la palabra “hermetismo” indica que se trata de una tradición de origen egipcio, revestida después de una forma helenizada sin duda en la época alejandrina, y transmitida bajo esta forma, en la Edad Media, a la vez al mundo islámico y al mundo cristiano, y, añadiremos, al segundo en gran parte por mediación del primero[1], como lo prueban los numerosos términos árabes o arabizados adoptados por los hermetistas europeos, comenzando con la propia palabra “alquimia” (*el-kimyâ*)[2]. Sería entonces completamente abusivo extender esta denominación a otras formas tradicionales, tanto como lo sería, por ejemplo, llamar “Kábala”

---

* Capítulo de *Aperçus sur l´Initiation*

[1] Esto se relaciona con lo que hemos dicho acerca de los contactos que tuvo el Rosacrucismo, en su origen, con el esoterismo islámico.

[2] La palabra es árabe en su forma, pero no en su raíz; probablemente deriva del nombre *kêmi* o "Tierra negra" dado al antiguo Egipto, lo que indica también su origen.

a algo distinto al esoterismo hebreo[3]; por supuesto, no es que no existan equivalentes, y existen al igual que la ciencia tradicional que es la alquimia[4] tiene su exacta correspondencia en doctrinas como las de la India, el Tíbet y China, aunque con modos de expresión y métodos de realización naturalmente muy diferentes; pero, desde el momento en que se pronuncia la palabra "hermetismo", se especifica con ello una forma claramente determinada, cuya procedencia no puede ser sino greco-egipcia. En efecto, la doctrina así designada está relacionada con *Hermes*, en tanto que éste era considerado por los griegos como idéntico al *Thoth* egipcio; esto presenta además a esta doctrina como esencialmente derivada de una enseñanza sacerdotal, pues *Thoth*, en su papel de conservador y transmisor de la tradición, no es sino la representación misma del antiguo sacerdocio egipcio, o, más bien, hablando más exactamente, del principio de inspiración "supra-humana" del cual éste tenía su autoridad y en nombre del cual formulaba y comunicaba el conocimiento iniciático. No se debería ver la menor contradicción en el hecho de que esta doctrina pertenezca propiamente al dominio de la iniciación real, pues debe quedar bien entendido que, en toda tradición regular y completa, es el sacerdocio el que, en virtud de su función esencial de enseñanza, confiere igualmente ambas iniciaciones, directa o indirectamente, y el que asegura así la legitimidad efectiva de la propia iniciación real, vinculándola con su principio superior, de la misma manera que el poder temporal no puede obtener su legitimidad sino de una consagración recibida de la autoridad espiritual[5].

Dicho esto, la principal cuestión que se plantea es esta: lo que se ha conservado bajo el nombre de "hermetismo", ¿puede ser considerado como constituyendo una doctrina tradicional completa en sí misma? La respuesta no puede ser sino negativa, pues no se trata aquí estrictamente más que de un conocimiento de orden no metafísico, sino solamente cosmológico, entendiendo esta palabra en su doble aplicación "macrocósmica" y "microcósmica", pues es evidente que, en toda concepción tradicional, existe siempre una estrecha correspondencia entre estos dos puntos de vista. No es entonces admisible que el hermetismo, en el sentido que esta palabra ha tomado desde la época alejandrina y mantenido constantemente hasta ahora, represente, aunque no sea sino a título de "readaptación", la integridad de la tradición egipcia, tanto más cuanto que esto sería claramente contradictorio con el papel esencial desempeñado en ésta por el sacerdocio y que acabamos de indicar; aunque, a decir verdad, el punto de vista cosmológico parece haber sido particularmente desarrollado, al menos en la medida en que todavía es posible actualmente saber algo un poco preciso, y es en todo caso lo más aparente en todos los vestigios que subsisten, ya se trate de textos o de monumentos, no debe olvidarse que jamás puede ser más que un punto de vista secundario y contingente, una aplicación de la doctrina *principial* dirigida al conocimiento de lo que podemos denominar el "mundo intermedio", es decir, del dominio de la

---

[3] El significado de la palabra *Qabbalah* es exactamente el mismo que el de la palabra "tradición"; pero, siendo esta palabra hebrea, no hay ninguna razón, cuando se emplea una lengua distinta al hebreo, para aplicarla a otras formas tradicionales que aquella a la cual propiamente pertenece, y esto sólo podría dar lugar a confusiones. También la palabra *Taçawwuf*, en árabe, puede ser tomada para designar todo lo que tiene un carácter esotérico e iniciático, en la forma tradicional que sea; pero, cuando nos servimos de otra lengua, conviene reservarla a la forma islámica, a la que pertenece por su origen.

[4] Digamos desde ahora que no se deben confundir o identificar pura y simplemente alquimia y hermetismo: propiamente hablando, éste es una doctrina, y aquella solamente una aplicación.

[5] Cf. *Autorité spirituelle et pouvoir temporel*, cap. II.

manifestación sutil donde se sitúan las prolongaciones extra-corporales de la individualidad humana, o las posibilidades cuyo desarrollo concierne propiamente a los "Pequeños Misterios"[6].

Podría ser interesante, aunque sin duda muy difícil, investigar cómo esta parte de la tradición egipcia ha podido encontrarse en cierto modo aislada y conservarse de una manera aparentemente independiente, para después incorporarse al esoterismo islámico y al esoterismo cristiano de la Edad Media (lo que, además, no hubiera podido hacer una doctrina completa), hasta el punto de convertirse verdaderamente en parte integrante de ambos, y de suministrarles todo un simbolismo que, por una transposición adecuada, ha podido incluso servir a menudo de vehículo para verdades de un orden más elevado[7]. No deseamos entrar aquí en consideraciones históricas demasiado complejas; sea como fuere de esta cuestión particular, recordaremos que las ciencias del orden cosmológico son efectivamente las que, en las civilizaciones tradicionales, han sido especialmente el patrimonio de los Kshatriyas o de sus equivalentes, mientras que la metafísica pura era propiamente, como ya hemos dicho, el de los Brâhmanes. Por este motivo, mediante un efecto de la revuelta de los Kshatriyas contra la autoridad espiritual de los Brâhmanes, se han podido constituir a veces corrientes tradicionales incompletas, reducidas a estas únicas ciencias separadas de su principio trascendente, e incluso, tal como hemos indicado más arriba, desviadas en sentido "naturalista", por la negación de la metafísica y el desconocimiento del carácter subordinado de la ciencia "física"[8], así como (estando ambas cosas estrechamente unidas, como deben hacer comprender suficientemente las explicaciones que ya hemos dado) del origen esencialmente sacerdotal de toda enseñanza iniciática, incluso más particularmente destinada al uso de los Kshatriyas. Esto no significa, con seguridad, que el hermetismo constituya en sí mismo tal desviación o que implique algo ilegítimo, lo que evidentemente habría tornado imposible su incorporación a formas tradicionales ortodoxas; pero es preciso reconocer que se puede prestar fácilmente a ello por su propia naturaleza, si se le presentan circunstancias favorables a esta desviación[9], y éste es por lo demás, muy generalmente, el peligro de todas las ciencias tradicionales, cuando son cultivadas en cierto modo por sí mismas, lo cual hace que se expongan a perder de vista su vinculación con el orden *principial*. La alquimia, a la que se podría definir como siendo la "técnica" del hermetismo, es

[6] El punto de vista cosmológico comprende también, por supuesto, el conocimiento de la manifestación corporal, pero lo considera especialmente en tanto que se vincula con la manifestación sutil como su principio inmediato, en lo cual difiere completamente del punto de vista profano de la física moderna.

[7] Tal transposición es en efecto siempre posible, desde el momento en que el vínculo con un principio superior y verdaderamente trascendente no está roto, y hemos dicho que la "Gran Obra" hermética puede ser considerada como una representación del proceso iniciático en su conjunto; únicamente que no se trata entonces de hermetismo en sí mismo, sino en tanto que puede servir de base a algo de otro orden, de una forma análoga a aquella en que el propio exoterismo tradicional puede ser tomado como base de una forma iniciática.

[8] Es evidente que tomamos aquí la palabra en su sentido antiguo y estrictamente etimológico.

[9] Tales circunstancias se han presentado especialmente, en Occidente, en la época que señala el paso de la Edad Media a los tiempos modernos, y esto es lo que explica la aparición y la difusión, que señalábamos antes, de ciertas desviaciones de este género durante el período del Renacimiento.

realmente “un arte real”, entendiendo con ello un modo de iniciación más especialmente apropiado a la naturaleza de los Kshatriyas[10]; pero incluso esto indica precisamente su lugar exacto en el conjunto de una tradición regularmente constituida y, además, no deben confundirse los medios de una realización iniciática, sean cuales puedan ser, con su objetivo, que, en definitiva, es siempre de puro conocimiento.

Por otra parte, es necesario desconfiar de cierta asimilación que a veces se tiende a establecer entre el hermetismo y la “magia”; incluso si se quiere entonces tomar a ésta en un sentido diferente al que de ordinario tiene, es muy de temer que esto, que es en suma un abuso del lenguaje, no pueda sino provocar confusiones más bien molestas. La magia, en su sentido propio, no es en efecto, como ampliamente hemos explicado, sino una de las más inferiores entre todas las aplicaciones del conocimiento tradicional, y no vemos que pueda tener la menor ventaja evocar esta idea cuando en realidad se trata de cosas que, incluso siendo todavía contingentes, son de un nivel notablemente más elevado. Por lo demás, puede que aquí haya algo distinto a una simple cuestión de terminología mal aplicada: la palabra “magia” ejerce sobre algunos, en nuestra época, una extraña fascinación, y, como ya hemos hecho notar, la preponderancia otorgada a tal punto de vista, aunque no sea más que de intención, está unida a la alteración de las ciencias tradicionales separadas de su principio metafísico; sin duda éste es el principal escollo con el cual corre el riesgo de tropezar toda tentativa de reconstitución o de restauración de tales ciencias, si no se comienza por lo que verdaderamente es el inicio bajo todos los aspectos, es decir, por el principio mismo, que es también, al mismo tiempo, el fin con vistas al cual todo el resto debe estar normalmente ordenado.

Otro punto sobre el cual hay que insistir es la naturaleza puramente “interior” de la verdadera alquimia, que es propiamente de orden psíquico cuando se la toma en su aplicación más inmediata, y de orden espiritual cuando se la transpone en su sentido superior; esto es, en realidad, lo que le da todo su valor desde el punto de vista iniciático. Esta alquimia no tiene entonces absolutamente nada que ver con las operaciones materiales de una “química” cualquiera, en el sentido actual de la palabra; casi todos los modernos sienten un raro desprecio por este asunto, tanto aquellos que han querido erigirse en defensores de la alquimia como quienes, por el contrario, se han hecho sus detractores; y este desprecio es aún menos excusable entre los primeros que entre los segundos, quienes, al menos, ciertamente jamás han pretendido la posesión de un conocimiento tradicional cualquiera. Sin embargo es fácil ver en qué términos los antiguos hermetistas hablan de los “sopladores” y “quemadores de carbón”, en los cuales es necesario reconocer a los verdaderos precursores de los químicos actuales, por poco lisonjero que sea para estos últimos; e, incluso todavía en el siglo XVIII, un alquimista como Pernety no deja de señalar en toda ocasión la diferencia entre la “filosofía hermética” y la “química vulgar”. De este modo, como ya muchas veces hemos afirmado al mostrar el carácter de “residuo” que tienen las ciencias profanas con respecto a las ciencias tradicionales (aunque éstas son cosas de tal manera extrañas a la mentalidad actual que nunca se acaba de insistir sobre ello), lo que ha dado nacimiento a la química moderna no es la alquimia, con la cual no tiene en suma ninguna relación real (no más que con la “hiperquímica” imaginada por algunos ocultistas contemporáneos)[11]; es solamente una deformación o una desviación, surgida de la

---

10 Hemos dicho que el "arte real" es propiamente la aplicación de la iniciación correspondiente; pero la alquimia tiene en efecto el carácter de una aplicación de la doctrina, y los medios de la iniciación, si se los considera situándose bajo un punto de vista en cierto modo "descendente", son evidentemente una aplicación de su principio, mientras que a la inversa, desde el punto de vista "ascendente", son el "soporte" que permite acceder a éste.

11 Esta "hiperquímica" es más o menos, con respecto a la alquimia, lo que es la astrología moderna llamada "científica" con respecto a la verdadera astrología tradicional (Cf. *Le Règne de la Quantité et les Signes des Temps*, cap. X).

incomprensión de quienes, profanos desprovistos de toda cualificación iniciática e incapaces de penetrar en cualquier medida el verdadero sentido de los símbolos, lo toman todo al pie de la letra, según la acepción más exterior y vulgar de los términos empleados, y, creyendo por consiguiente que no se trataba en todo ello más que de operaciones materiales, se lanzaron a una experimentación más o menos desordenada, y en todo caso muy poco digna de interés en más de un aspecto[12]. Igualmente, en el mundo árabe, la alquimia material ha sido siempre muy poco considerada, a menudo incluso asimilada a una especie de hechicería, mientras que, por el contrario, se honraba mucho a la alquimia "interior" y espiritual, frecuentemente designada con el nombre de *kimyâ es-saâdah* o "alquimia de la felicidad"[13]. No significa esto decir, por otra parte, que se deba negar la posibilidad de las transmutaciones metálicas, que representan a la alquimia ante los ojos del vulgo; pero es preciso reducirlas a su justa importancia, que no es en suma mayor que la de cualquier otra experiencia "científica", y no confundir cosas que son de orden totalmente diferente; no se ve *a priori* por cuál razón no podrían tales transmutaciones ser realizadas mediante procedimientos pertenecientes simplemente a la química profana (y, en el fondo, la "hiperquímica" a la que hace un momento aludimos no es más que una tentativa de este género)[14]. No obstante, hay otro aspecto de la cuestión: el ser que ha llegado a la realización de ciertos estados interiores puede, en virtud de la relación analógica entre el "microcosmos" y el "macrocosmos", producir exteriormente efectos correspondientes; es entonces perfectamente admisible que aquel que ha alcanzado un cierto grado en la práctica de la alquimia "interior" sea capaz por ello de efectuar transmutaciones metálicas u otras cosas del mismo orden, pero ello a título de consecuencia por completo accidental, y sin recurrir a ninguno de los procedimientos de la pseudo-alquimia material, sino únicamente mediante una especie de proyección al exterior de las energías que lleva en sí mismo. Hay que hacer todavía aquí, por otra parte, una distinción esencial: puede que no se trate sino de una acción de orden psíquico, es decir, de la puesta en marcha de influencias sutiles pertenecientes al dominio de la individualidad humana, y entonces se trata aún de alquimia material, aunque operando a través de medios por completo diferentes a los de la pseudo-alquimia, que se refieren exclusivamente al dominio corporal; o bien, para un ser que haya alcanzado un grado de realización más elevado, puede tratarse de una acción exterior de verdaderas influencias espirituales, como la que se produce en los "milagros" de las religiones y de los cuales ya hemos hablado anteriormente. Entre ambos casos, hay una diferencia comparable a la que separa la "teúrgia" de la magia (aunque, repitámoslo, no sea de magia de lo que aquí propiamente se trata, de modo que no indicamos esto más que a título de similitud), puesto que esta diferencia es, en suma, la que hay entre el orden espiritual y el orden psíquico; si los efectos aparentes son a veces los mismos en ambos casos, las causas que los producen no dejan de ser total y profundamente diferentes. Añadiremos además que quienes realmente poseen tales poderes[15] se abstienen

---

12 Existen aún aquí y allá pseudo-alquimistas de esta especie, y nosotros hemos conocido a algunos, tanto en Oriente como en Occidente; pero podemos asegurar que jamás hemos encontrado a ninguno que haya obtenido cualquier resultado que merezca la suma prodigiosa de esfuerzos dispensados en investigaciones que finalizaban por absorber toda su vida.

13 Existe un tratado de *El-Ghazâli* que lleva este título.

14 Recordaremos a propósito de esto que los resultados prácticos obtenidos por las ciencias profanas no justifican ni legitiman en modo alguno el punto de vista de estas ciencias, al igual que no prueban el valor de las teorías formuladas por éstas y con las cuales no tienen en realidad sino una relación puramente "ocasional".

15 Puede aquí emplearse sin abuso la palabra "poderes", ya que se trata de consecuencias de un estado interior adquirido por el ser.

cuidadosamente de hacer gala de ellos para asombrar a los demás, e incluso no hacen generalmente ningún uso de los mismos, al menos fuera de ciertas circunstancias particulares donde su ejercicio se encuentra legitimado por otras consideraciones[16].

Sea como fuere, lo que jamás hay que perder de vista, y que está en la base misma de toda enseñanza verdaderamente iniciática, es que toda realización digna de este nombre es de orden esencialmente interior, incluso aunque sea susceptible de tener repercusiones de cualquier género en el exterior. El hombre no puede encontrar los principios sino en sí mismo, y puede porque lleva en él la correspondencia de todo lo que existe, pues no debe olvidarse que, según una fórmula del esoterismo islámico, "el hombre es el símbolo de la Existencia universal"[17]; y, si alcanza a penetrar hasta el centro de su propio ser, alcanzará con ello el conocimiento total, con todo lo que por añadidura implica: "aquel que conoce a su Sí conoce a su Señor"[18], y conoce entonces todas las cosas en la suprema unidad del Principio, en el cual está contenida "eminentemente" toda realidad.

Nota del Moderador: Obviamente, no existe ninguna obra de Abd Al-Wahid Yahia dedicada específicamente al hermetismo; sin embargo, por ello mismo, nos ha parecido oportuno reunir los diversos textos suyos más o menos concernientes a dicho tema.

---

16 Se encuentran en la tradición islámica ejemplos muy claros de lo que indicamos: así, Seyidnâ Ali tenía, se dice, un perfecto conocimiento de la alquimia en todos sus aspectos, comprendiendo el que se refiere a la producción de efectos exteriores tales como las transmutaciones metálicas, aunque se negó siempre a hacer el menor uso de ello. Por otra parte, se cuenta que Seyidi Abul-Hassan Esh-Shâdili, durante su estancia en Alejandría, transmutó en oro, a pedido del sultán de Egipto que tenía entonces una urgente necesidad, una gran cantidad de metales vulgares; pero lo hizo sin haber recurrido a ninguna operación de alquimia material ni a ningún medio de orden psíquico, y únicamente por efecto de su *barakah* o influencia espiritual.

17 *El-insânu ramzul-wujûd.*

18 Este es el *hadîth* que anteriormente hemos citado: *Man arafa nafsahu faqad arafa Rabbahu*

6.-. TRANSMUTACIÓN Y TRANSFORMACIÓN[*]

Otra cuestión que se refiere directamente al hermetismo es la de la “longevidad”, que ha sido considerada como una de las características de los verdaderos Rosa-Cruz, y de la cual se ha hablado, bajo una forma u otra, en todas las tradiciones; esta “longevidad”, cuya obtención es generalmente considerada como constituyendo uno de los objetivos de la alquimia y como implicado en la culminación de la “Gran Obra”[1], tiene numerosos significados, a los cuales es preciso distinguir, pues se sitúan en realidad en niveles muy diferentes de entre las posibilidades del ser. El sentido más inmediato, pero que, a decir verdad, está lejos de ser el más importante, es evidentemente el de una prolongación de la vida corporal; y, para comprender su posibilidad, es conveniente referirse a la enseñanza según la cual la duración de la vida humana ha ido disminuyendo progresivamente en el curso de las diferentes fases del ciclo recorrido por la presente humanidad terrestre desde sus orígenes hasta la época actual[2]. Si se considera al proceso iniciático, en la parte que se refiere a los “Pequeños Misterios”, como haciendo en cierto modo remontar al hombre el curso de este ciclo, tal como hemos indicado, conduciéndole, poco a poco, del estado presente hasta el “estado primordial”, debe por ello hacerle adquirir, en cada etapa, todas las posibilidades del estado correspondiente, incluida la posibilidad de una vida más larga que la del hombre ordinario actual. Que esta posibilidad sea realizada efectivamente o no, ya es otra cuestión; y, de hecho, se ha dicho que aquel que realmente se ha tornado capaz de prolongar así su vida generalmente no lo hace, a menos de tener para ello razones de un orden muy particular, porque ello no tiene realmente ningún interés para él (al igual que las transmutaciones metálicas y otros efectos de este género para quien es capaz de realizarlos, lo que en suma se relaciona con el mismo orden de posibilidades); y además no puede sino encontrar ventaja en no dejarse retrasar por ello en etapas que no son más que preliminares y están muy alejadas del verdadero objetivo, pues la puesta en práctica de tales resultados secundarios y contingentes jamás puede, en todos los grados, sino distraer de lo esencial.

Por otra parte, y esto puede contribuir a dar su justa importancia a la posibilidad de que se trata, también se dice, en diversas tradiciones, que la duración de la vida corporal no puede en ningún caso superar un máximo de mil años; poco importa por lo demás que este número deba ser tomado literalmente o que posea más bien un valor simbólico, pues lo que es necesario retener es que esta duración es en todo caso limitada, y, consecuentemente, la búsqueda de una supuesta “inmortalidad corporal” no puede ser más que perfectamente ilusoria[3]. La razón de esta

[*] Capítulo de *Aperçus sur l ´Initiation*.

[1] La "piedra filosofal" es al mismo tiempo, bajo otros aspectos, el "elixir de larga vida" y la "medicina universal".

[2] Cf. *Le Règne de la Quantité et les Signes des Temps*, cap. XXIII.

[3] Hemos conocido ciertas escuelas supuestamente esotéricas que efectivamente se proponían como objetivo la obtención de la inmortalidad corporal; debe decirse que, en realidad, no se trataba aquí sino de pseudo-iniciación, e incluso complicada con elementos de un carácter más bien sospechoso.

limitación es, en el fondo, muy fácilmente comprensible: toda vida humana constituye en sí misma un ciclo análogo al de la humanidad tomada en su conjunto, y el tiempo se "contrae" en cierto modo para cada ser a medida que agota las posibilidades del estado corporal[4]; debe entonces necesariamente llegar un momento en que estará, por así decir, reducido a un punto, y entonces el ser no encontrará literalmente en este mundo ninguna duración en la cual le sea posible vivir, de manera que no habrá para él otra salida que la de pasar a otro estado, sometido a diferentes condiciones a las de su existencia corporal, incluso aunque ese estado no sea todavía, en realidad, sino alguna de las modalidades extracorporales del dominio individual humano.

Esto nos conduce a considerar los demás sentidos de la "longevidad", que efectivamente se refieren a posibilidades distintas a las del estado corporal; pero, para comprender lo que es exactamente, es necesario en primer lugar precisar claramente la diferencia que existe entre la "transmutación" y la "transformación". Tomamos siempre la palabra "transformación" en su acepción estrictamente etimológica, que es la de "paso más allá de la forma"; en consecuencia, el ser no podrá ser llamado "transformado" más que si efectivamente ha pasado a un estado supra-individual (puesto que todo estado individual, sea cual sea, es por ello mismo formal); se trata entonces aquí de algo cuya realización pertenece esencialmente al dominio de los "Grandes Misterios". En cuanto al cuerpo, su "transformación" no puede ser sino su transposición en modo *principial*; en otras palabras, aquello a lo cual puede llamarse el cuerpo "transformado" es propiamente la posibilidad corporal liberada de las condiciones limitativas a las que está sometida en cuanto a su existencia en modo individual (y que por otra parte no tiene, como toda limitación, más que un carácter puramente negativo), y reuniéndose necesariamente, en su rango y al mismo título que todas las demás posibilidades, en la realización total del ser[5]. Es evidente que hay aquí algo que supera toda posible concepción de "longevidad", pues ésta, por definición, implica forzosamente una duración, y no puede, en consecuencia ir -en la mayor extensión de la que sea susceptible-, más allá de la "perpetuidad" o de la indefinidad cíclica, mientras que, por el contrario, aquello de lo que se trata aquí, perteneciendo al orden *principial*, responde por ello a la eternidad, que es uno de sus atributos esenciales; con la "transformación" se está entonces más allá de toda duración, y no en una duración cualquiera, por indefinidamente prolongada que se la pueda suponer.

Por el contrario, la "transmutación" no es propiamente sino un cambio de estado, en el interior del dominio formal que comprende a todo el conjunto de los estados individuales, o incluso, aún más simplemente, un cambio de modalidad en el interior del dominio individual humano, lo que es, por otra parte, el único caso al que de hecho hay que considerar[6]; con esta "transmutación", volvemos entonces a los "Pequeños Misterios", a los cuales se refieren en efecto las posibilida-

---

[4] Corrientemente se observa que, a medida que el hombre avanza en edad, los años parecen correr cada vez más rápidamente para él, lo que significa que la duración que realmente tienen para él va disminuyendo progresivamente.

[5] Este es el sentido superior de la "resurrección" y del "cuerpo glorioso", aunque estos términos puedan también a veces ser empleados para designar algo que, de hecho, se sitúa únicamente en las prolongaciones del estado humano, pero que se corresponde en cierto modo con estas realidades de orden *principial* y es como su reflejo, lo que especialmente es el caso de ciertas posibilidades inherentes al "estado primordial", como las que consideraremos un poco más adelante.

[6] No tiene en efecto ningún interés considerar el paso a otros estados individuales, puesto que la perfección del estado humano permite acceder directamente a los estados supra-individuales, tal como anteriormente hemos explicado.

des de orden extracorporal, cuya realización puede ser incluida en el término de “longevidad”, aunque en un sentido diferente al que hemos considerado en primer lugar y que no sobrepasaba el orden corporal. Aún aquí deben hacerse otras distinciones, según se trate de extensiones de la individualidad humana o de su perfección en el “estado primordial”; y, para comenzar por las posibilidades de orden menos elevado, diremos en principio que es concebible que, en ciertos casos y mediante ciertos procedimientos especiales que dependen propiamente del hermetismo o de lo que a ello corresponde en otras tradiciones (pues esto de lo que se trata es conocido en particular en las tradiciones hindú y extremo-oriental), los elementos que constituyen el cuerpo puedan ser “transmutados” y “sutilizados”, de modo que puedan transferirse a una modalidad extracorporal, donde el ser podrá desde entonces existir en condiciones menos estrechamente limitadas en relación con las del dominio corporal, especialmente bajo el aspecto de la duración. En tal caso, el ser desaparecerá en un determinado momento sin dejar tras él ninguna huella de su cuerpo; podrá, por otra parte, en circunstancias particulares, reaparecer temporalmente en el mundo corporal, en razón de las “interferencias” existentes entre éste y las demás modalidades del estado humano; de este modo es como pueden explicarse muchos de los hechos a los que los modernos se apresuran naturalmente en calificar de “leyendas”, a pesar de que en las cuales siempre hay no obstante alguna realidad[7]. No es necesario por otra parte ver en ello nada “trascendente” en el verdadero sentido de esta palabra, puesto que no se trata todavía sino de posibilidades humanas, cuya realización, además, no puede tener interés más que para un ser al que ésta torne capaz de desempeñar alguna “misión” especial; aparte de este caso, ello no sería en suma sino una simple “digresión” en el curso del proceso iniciático, y una demora más o menos prolongada sobre la vía que debe normalmente conducir a la restauración del “estado primordial”.

Precisamente, todavía nos falta ahora hablar de las posibilidades de este “estado primordial”: puesto que el ser que lo ha alcanzado está ya virtualmente “liberado”, tal como hemos dicho antes, puede decirse que está también virtualmente “transformado”; por supuesto, su “transformación” no puede ser efectiva, ya que todavía no ha salido del estado humano, del cual solamente ha realizado integralmente la perfección; pero las posibilidades adquiridas desde ese momento reflejan y “prefiguran” en cierto modo a las del ser verdaderamente “transformado”, puesto que es en efecto en el centro del estado humano donde directamente se reflejan los estados superiores. El ser establecido en este punto ocupa una posición realmente “central” con respecto a todas las condiciones del estado humano, de manera que, sin haber pasado más allá, las domina no obstante en cierta manera, en lugar de estar por el contrario dominado por ellas como es el caso del hombre ordinario; y esto es cierto especialmente en lo que concierne a la condición temporal tanto como a la espacial[8]. De ahí que él podrá entonces, si quiere (y es seguro que, por el grado espiritual alcanzado, no lo querrá jamás sin alguna razón profunda), transportarse a un momento cualquiera del tiempo, así como a un lugar cualquiera del espacio[9]; por extraordinaria que tal posibilidad pueda parecer, no es sin embargo más que una consecuencia inmediata de la reintegración en el centro del estado humano; y, si este estado de

---

[7] Parece que este caso sea especialmente el de ciertos *Siddhas* de la India, los cuales, a juzgar por las descripciones que se dan de su morada, viven en realidad sobre "otra tierra", es decir, sobre uno de los *dwîpas* que aparecen sucesivamente al exterior en los diferentes *Manvantaras*, y que, durante los períodos en que pasan al estado "no sensible", subsisten en las prolongaciones extra-corporales del dominio humano.

[8] Acerca del simbolismo del "medio temporal" y de las relaciones existentes a este respecto entre los puntos de vista temporal y espacial, ver *L'Esotérisme de Dante*, págs. 78-87.

perfección humana es el de los verdaderos Rosa-Cruz, se puede entonces comprender lo que en realidad es la “longevidad” atribuida a éstos, y que incluso es algo más de lo que la palabra parece implicar a primera vista, puesto que es propiamente el reflejo, en el dominio humano, de la propia eternidad *principial*. Esta posibilidad puede, por lo demás, en el curso ordinario de las cosas, no manifestarse al exterior en modo alguno; pero el ser que la adquiere la posee desde entonces de una manera permanente e inmutable, y nada podría hacérsela perder; le basta con retirarse del mundo exterior y entrar en sí mismo, todas las veces que le convenga hacerlo, para encontrar siempre, en el centro de su propio ser, la verdadera “fuente de la inmortalidad”.

****

[9] Esta posibilidad, referida al espacio, es lo que se designa con el nombre de "ubicuidad"; es un reflejo de la "omnipresencia" *principial*, al igual que la posibilidad correspondiente en lo que concierne al tiempo es un reflejo de la eternidad y de la absoluta simultaneidad que ésta esencialmente implica.

7.- HERMES[*]

Anteriormente, hablando de la tradición hermética, decíamos de ella que se refiere propiamente a un conocimiento, no de orden metafísico, sino solamente cosmológico, entendiéndolo además en su doble aplicación "macrocósmica" y "microcósmica". Esta afirmación, que no es sino la expresión de la estricta verdad, no les ha caído en gracia a algunos que, viendo el hermetismo a través de su propia fantasía, quisieran hacer entrar en él todo indistintamente; si bien es verdad que esa gente no sabe demasiado qué cosa pueda ser la metafísica pura... sea lo que fuere, quede claro que en modo alguno quisiéramos con ello menospreciar las ciencias tradicionales que incumben al hermetismo, ni las que les corresponden en otras formas doctrinales de Oriente y Occidente; pero hay que saber poner cada cosa en su sitio, y, a pesar de todo, estas ciencias, como todo conocimiento especializado, no son más que secundarias y derivadas con respecto a los principios, de los que sólo son la aplicación en un orden inferior de realidad. Tan sólo puede pretender lo contrario quien quisiera atribuir al "Arte regia" la preeminencia sobre el "Arte sacerdotal"[1]; y tal vez, en el fondo, sea precisamente ése el motivo más o menos consciente de las protestas a que acabamos de aludir. Sin preocuparnos mucho de lo que cada cual pueda pensar o decir, pues no está en nuestras costumbres el tomar en cuenta las opiniones individuales, que no existen con respecto a la tradición, no nos parece inútil aportar algunas nuevas precisiones que confirmen cuanto hemos dicho ya, y ello refiriéndonos más particularmente a lo que concierne a Hermes, ya que al menos nadie puede discutir que de él toma su nombre el hermetismo[2]. El Hermes griego, efectivamente, tiene caracteres que responden muy exactamente a aquello de que se trata, y que son expresados particularmente por su principal atributo, el caduceo, cuyo simbolismo examinaremos sin duda en alguna otra ocasión; por ahora, bastará con decir que tal simbolismo se refiere esencialmente y directamente a lo que cabe llamar la "alquimia humana"[3], y que concierne a las posibilidades del estado sutil, aun cuando estas no han de tomarse más que como medio preparatorio de una realización

---

[*] Publicado en "Le Voile d'Isis", abril de 1932.

[1] Hemos tratado este tema en *Autorité spirituelle et pouvoir temporel*. Acerca de la expresión de "Arte regia" que se ha conservado en la Masonería, se puede mencionar aquí la curiosa semejanza que existe entre los nombres de Hermes e Hiram; eso no quiere decir, evidentemente, que los dos nombres tengan un origen lingüístico común, pero su constitución no deja por ello de ser idéntica, y el conjunto HRM del que están esencialmente formados podría dar origen también a otras asociaciones.

[2] Hemos de mantener que el hermetismo es verdaderamente de procedencia heleno-egipcia, y que sólo abusivamente puede extenderse tal denominación a lo que, bajo diversas formas, corresponde a él en otras tradiciones, como tampoco se puede, por ejemplo, llamar "Kábala" a una doctrina que no sea específicamente hebrea. Sin duda, si escribiésemos en hebreo, diríamos *qabbalah* para designar la tradición en general, así como, sí escribiésemos en árabe llamaríamos *taçawwuf* a la iniciación en cualquiera de sus formas: pero trasladadas a otra lengua, las palabras hebreas, árabes, etc., han de reservarse a las formas tradicionales cuya expresión respectiva son sus lenguas de origen, cualesquiera que sean, por lo demás, las comparaciones o incluso las asimilaciones que pueden originar legítimamente; y en ningún caso hay que confundir un determinado orden de conocimiento, considerado en sí mismo, con tal o cual forma especial que ha revestido en circunstancias históricas determinadas.

[3] Véase *L'Homme et son devenir selon le Vêdânta*, cap. XXII.

superior, así como, en la tradición hindú, las prácticas equivalentes que dependen del Hatha-Yoga. Además, esto se puede transferir al orden cósmico, siendo así que todo cuanto está en el hombre tiene correspondencia en el mundo y viceversa[4]; también aquí, y en razón de esta correspondencia misma, se tratará propiamente del "mundo intermedio", en el que se ponen en acción fuerzas cuya naturaleza dual la figuran muy claramente las dos serpientes del caduceo. A este respecto, recordaremos también que a Hermes se lo representaba como mensajero de los Dioses y como su intérprete (*herméneutés*), papel que es exactamente el de intermediario entre el mundo celestial y el terrenal, y que tiene además la función de "psicopompo", que, en un orden inferior, está relacionado manifiestamente con el campo de las posibilidades sutiles[5]. Quizá pudiera objetarse, cuando se trata de hermetismo, que Hermes ocupa aquí el lugar del Thoth egipcio con el cual fue identificado, y que éste representa propiamente la Sabiduría, referida al sacerdocio en cuanto conservador y transmisor de la tradición; esto es cierto, pero como esa asimilación no pudo hacerse sin motivo, hay que admitir que en esto debe considerarse más especialmente cierto aspecto de Thoth, correspondiente a determinada parte de la Tradición, la que comprende los conocimientos relacionados con el "mundo intermedio"; y, de hecho, todo lo que se puede saber de la antigua civilización egipcia, según los vestigios que dejó, muestra precisamente que en ella los cimientos de este orden estaban mucho más desarrollados y habían tomado una importancia mucho más considerable que en cualquier otra parte. Por lo demás, hay otra relación, podríamos decir incluso otra equivalencia, que muestra bien que esta objeción carece de fuerza real: en la India, al planeta Mercurio (o Hermes) lo llaman *Budha,* nombre cuya raíz significa propiamente *Sabiduría*; también aquí, basta con determinar el orden en el que dicha Sabiduría, que en su esencia es realmente el principio inspirador de todo conocimiento, ha de encontrar su aplicación más particular cuando se refiere a esa función especializada. Acerca del nombre *Budha*, hay un hecho que es curioso señalar: y es que en realidad es idéntico al del *Odín* escandinavo, *Woden* o *Wotan*[6]; por tanto, no arbitrariamente lo asimilaron los romanos a su Mercurio, y además, en las lenguas germánicas, el miércoles o día de Mercurio es designado, todavía hoy, como día de *Odín*. Lo que quizá sea todavía más notable es que este mismo nombre se encuentra exactamente en el *Votan* de las antiguas tradiciones de la América central, que tiene además los atributos de Hermes, pues es *Quetzalcohuatl*, el "pájaro serpiente", y la unión de estos animales simbólicos (que corresponden respectivamente a los elementos aire y fuego) la representan las alas y las serpientes del caduceo[7]. Habría que estar ciego para no ver, en hechos de este tipo, un signo de la unidad fundamental de todas las doctrinas tradicionales; desgraciadamente, tal ceguera no es sino muy

---

4 Como sé dice en las *Rasâil Ikhwân as-Safâ*, "el mundo es un gran hombre, y el hombre un pequeño mundo" (*el-âlam insân kebir, wa el insân âlam saghir*). Además, en virtud de esta correspondencia, cierta realización en el orden "microcósmico" podrá ocasionar, a titulo de consecuencia accidental para el ser que la habrá alcanzado, una realización exterior referente al orden "macrocósmico", sin que ésta se haya buscado especialmente y por sí misma, como hemos indicado acerca de algunos casos de transmutaciones metálicas en nuestro anterior artículo *La Tradición hermética.*

5 Estas dos funciones de mensajero de los dioses y "psicopompo", astrológicamente cabe referirlas respectivamente a un aspecto diumo y otro noctumo; también se puede, por otra parte, encontrar en él la correspondencia de las dos corrientes, descendente y ascendente, que simbolizan las dos serpientes del caduceo.

6 No hay que confundir este nombre, *Budha*, con el de *Buddha*, designación de *Shâkyamuni*, aunque ambos tengan evidentemente la misma significación radical, y, además, ciertos atributos del *Buddha* planetario hayan sido transferidos posteriormente al *Buddha* histórico, siendo representado como "iluminado" por la irradiación de dicho astro, cuya esencia, en cierto modo, absorbió en sí mismo. Señalemos a este respecto que a la madre de *Buddha* se la llama *Mâyâ-Dêvi* y, entre los griegos y los latinos, *Maia* es también la madre de Hermes o Mercurio.

común en nuestra época en la que los que verdaderamente saben leer los símbolos son sólo una ínfima minoría, y en la que, por el contrario, hay muchos "profanos" que se creen cualificados para interpretar la "ciencia sagrada", la cual adaptan al capricho de su imaginación más o menos desordenada[8]. Otro punto no menos interesante es este: en la tradición islámica, a *Seyidna Idris* se lo identifica a la vez con Hermes y con Enoc; esta doble asimilación parece indicar una continuidad de tradición que se remontara a antes del sacerdocio egipcio, debiendo de recoger éste sólo la herencia de lo que representaba Enoc, que corresponde manifiestamente a una época anterior[9] Al propio tiempo, las ciencias atribuidas a *Seyidna Idris* y puestas bajo su influencia especial no son las ciencias puramente espirituales, que corresponden a *Seyidna Aisa*, o sea a Cristo, sino las que se pueden calificar de "intermedias", entre las cuales figuran en primera fila la alquimia y la astrología; y son realmente éstas, en efecto, las ciencias que pueden denominarse propiamente "herméticas". Pero aquí se sitúa otra consideración que, al menos a primera vista, pudiera considerarse como una inversión con respecto a las correspondencias habituales: entre los principales profetas, como veremos en un estudio próximo, hay uno que rige cada uno de los siete cielos planetarios, del cual es el "Polo" (*El Qutb*); pues bien, no es *Seyidna Idris* quien rige el cielo de Mercurio, sino *Seyidna Aisa*, y el que rige *Seyidna Idris* es el cielo del Sol; y naturalmente, esto trae aparejada la misma transposición en las correspondencias astrológicas de las ciencias que respectivamente se les atribuyen. Esto plantea una cuestión harto compleja, que no podemos tener la pretensión de tratar por completo aquí; puede que tengamos ocasión de volver sobre ello, pero, por el momento, nos limitaremos a hacer unas cuantas observaciones que quizá permitan vislumbrar su solución, y que, de todos modos, mostrarán al menos que hay en ello algo muy distinto que una confusión, y que, por el contrario, lo que podría correr el peligro de pasar por tal para un observador superficial y "exterior" reposa en realidad en razones profundas.

En primer lugar, no se trata de un caso aislado en el conjunto de las doctrinas tradicionales, por cuanto puede encontrarse algo completamente similar en la angelología hebrea: en general,

---

[7] Se sabe que el cambio de la *b* en *v* o *w* es un fenómeno lingüístico extremadamente frecuente.

[8] Véase a este respecto nuestro estudio "La Lengua de los pájaros", (capítulo VII de *Símbolos de la Ciencia Sagrada, N. del t.)*, donde hemos hecho ver que la serpiente se opone o asocia al pájaro según se la considere en su aspecto maléfico o benéfico. Agregaremos que una figura como la del águila que sujeta una serpiente en sus garras (que se encuentra precisamente en México) no evoca exclusivamente la idea de antagonismo que en la tradición hindú representa el combate del *Garuda* contra el *Nâga*; ocurre a veces, especialmente en el simbolismo heráldico, que la serpiente es sustituida por la espada (sustitución particularmente impresionante cuando ésta tiene la forma de la espada flamígera, que hay que relacionar, por otra parte, con los rayos que el águila recibe de Júpiter), y la espada, en su significado más elevado, representa la Sabiduría y la fuerza del Verbo (véase por ejemplo Apocalipsis, 1,16). Es de resaltar que uno de los principales símbolos del Thoth egipcio era el ibis, destructor de reptiles, y convertido por esta cualidad en símbolo de Cristo; pero, en el caduceo de Hermes, tenemos la serpiente en sus dos aspectos contrarios, como en la figura de la "amfisbena" de la Edad Media (véase *Le Roi du Monde*, cap. III, *in fine*, en nota).

[9] ¿No habría que concluir de esta misma asimilación que el *Libro de Enoc*, o al menos lo que con este título se conoce, ha de considerarse que forma parte integrante del conjunto de los "libros herméticos"?

Por otra parte, algunos dicen además que el profeta *Idris* es lo mismo que *Buddha*; lo indicado anteriormente muestra sobradamente en qué sentido ha de entenderse este aserto, que en realidad se refiere a *Budha*, el equivalente de Hermes. En efecto, no puede tratarse aquí del *Buddha* histórico, cuya muerte es un acontecimiento conocido, mientras que de Idris se dice expresamente que fue llevado vivo al cielo, lo que corresponde bien al Enoc bíblico.

Mikael es el ángel del Sol, y *Rafael* el de Mercurio, pero sucede a veces que estos papeles están invertidos. Por otra parte, si a *Mikael*, en cuanto representa al *Metatrón* solar, se le asimila esotéricamente a Cristo[10], Rafael, con arreglo al significado de su nombre, es "sanador divino", y Cristo aparece también como "sanador espiritual" y como "reparador"; por lo demás, aún se podrían hallar otras relaciones entre Cristo y el principio representado por Mercurio entre las esferas planetarias[11]. Es verdad que, entre los griegos, la medicina era atribuida a Apolo, es decir, al principio solar, y a su hijo Asclepios (que los latinos convirtieron en Esculapio)[12]; pero en los "libros herméticos", Asclepios se convierte en hijo de Hermes, y también es de notar que el bastón que es su atributo guarda estrechas correspondencias simbólicas con el caduceo. El ejemplo de la medicina permite comprender además cómo puede una misma ciencia tener aspectos que en realidad se refieren a órdenes diferentes, de donde correspondencias igualmente diferentes, aun cuando los efectos exteriores que de ellos se obtienen son aparentemente semejantes, pues hay una medicina puramente espiritual o "teúrgica", y hay una medicina hermética o "espagírica"; esto se encuentra en relación directa con el asunto que estamos considerando; y tal vez expliquemos algún día el porqué a la medicina, desde el punto de vista tradicional, se la considera esencialmente como ciencia sacerdotal.

Por otro lado, casi siempre hay una estrecha conexión establecida entre Enoc (*Seyidna Idris*) y Elías (*Seyidna Dhûl-kifl*), llevados ambos al cielo sin haber pasado por la muerte corporal[13], y la tradición islámica los sitúa a ambos en la esfera solar. Asimismo, según la tradición rosacruciana, Elías Artista, que rige la "Gran Obra" hermética[14], reside en la "Ciudadela solar' que, por lo demás, es propiamente la morada de los "Inmortales" (en el sentido de los *Chirajîvîs*

---

[10] Véase *Le Roi du Monde*, cap. III

[11] Acaso haya que ver en ello el origen del equívoco que cometen algunos al considerar al *Buddha* como noveno *avatâra* de Vishnú; parece que se trata de una manifestación en relación con el principio designado como planetario; en tal caso, el Cristo solar sería propiamente el Cristo glorioso, es decir, el décimo *avatâra*, el que ha de venir al final del ciclo. Recordaremos, a título de curiosidad, que el mes de Mayo toma su nombre de *Maia*, madre de Mercurio, (de la cual se dice que es una de las Pléyades) a la que antiguamente estaba consagrado; pues bien, en el Cristianismo se ha convertido en el "mes de María", por una asimilación, que indudablemente no es únicamente fonética, entre María y *Maia.*

[12] En torno al bastón de Esculapio está enroscada una sola serpiente, la que representa la fuerza benéfica, pues la fuerza maléfica ha de desaparecer precisamente porque se trata del genio de la medicina. Señalemos igualmente que de este mismo bastón de Esculapio, en cuanto signo de curación, con el símbolo bíblico de le "serpiente de bronce" (véase a este respecto nuestro estudio "Set" (capítulo XX de *Símbolos de la Ciencia Sagrada. N.del T.).*

[13] Se dice que han de manifestarse de nuevo en la tierra al final del ciclo: son los dos "testigos" de que se habla en el capítulo XI del Apocalipsis.

[14] Encarna en cierto modo la naturaleza del fuego filosófico", y se sabe que, conforme al relato bíblico, el profeta Elías fue llevado el cielo en un "carro de fuego"; esto se relacione con el vehículo ígneo (*taijasa* en le tradición hindú) que, en el ser humano, corresponde el estado sutil (véase *L'homme et son devenir selon le Vêdânta*, cap. XIV).

de la tradición hindú, esto es, seres "dotados de longevidad", o cuya vida se perpetúa a través de toda la duración del ciclo)[15], y representa uno de los aspectos del "Centro del Mundo". Todo ello es indudablemente muy digno de reflexión, y si además se le añaden las tradiciones que, un poco por todas partes, comparan simbólicamente el sol mismo con el fruto del "Arbol de la Vida"[16], acaso se comprenda la relación especial que la influencia solar tiene con el hermetismo, en cuanto éste, como los "pequeños misterios" de la antigüedad, tiene como fin esencial la restauración del "estado primordial" humano: ¿no es la "Ciudadela solar" de los Rosa-Cruz que ha de "descender del cielo a la tierra", al final del ciclo, bajo la forma de la "Jerusalén celestial", realizando la "cuadratura del círculo" según la medida perfecta de la "caña de oro"?

****

8- LA TUMBA DE HERMES[*]

Lo que hemos dicho de ciertas tentativas "pseudo-iniciáticas" puede hacer comprender fácilmente los motivos por los cuales nos tienta muy poco el abordar asuntos que conciernen, más o menos directamente, a la antigua tradición egipcia. A este respecto, podemos añadir también esto: el propio hecho de que los egipcios actuales no se ocupen en modo alguno de las investigaciones concernientes a esa civilización desaparecida deberá bastar para mostrar que no puede haber en ello ningún beneficio efectivo desde el punto de vista que nos interesa; si fuese así, en efecto, es muy evidente que no hubieran cedido su monopolio en cierto modo a los extranjeros, que además nunca han hecho de él otra cosa que asunto de mera erudición. La verdad es que entre el Egipto antiguo y el actual no hay sino coincidencia geográfica, sin la menor continuidad histórica; por eso, la tradición de que se trata es aún más completamente ajena, en el país donde antaño existiera, que el Druidismo para los pueblos que habitan hoy las antiguas tierras célticas; y el hecho de que subsistan monumentos mucho más numerosos nada cambia en este estado de cosas. Tenemos interés en precisar bien este punto de una vez para siempre, a fin de atajar todas las ilusiones que demasiado fácilmente se hacen a este respecto quienes nunca han tenido la ocasión de examinar las cosas de cerca; y, al propio tiempo, esta observación destruirá todavía más completamente las pretensiones de los "pseudo-iniciados"

---

15 Véase *L'Homme et son devenir selon le Vêdânta,* cap. 1. Recordemos también, desde el punto de vista alquímico, la correspondencia del Sol con el oro, designado por la tradición hindú como la "luz mineral", el "oro potable" de los hermetistas es además lo mismo que la "bebida de inmortalidad", también llamada "licor de oro" en el Taoísmo.

16 Véase *Le Symbollsme de la Croix*, cap. IX.

* Publicado en *Etudes Traditionnelles*, diciembre de 1936.

que, valiéndose del prestigio del antiguo Egipto, quisieran dar a entender que tienen conexión con alguna cosa que pretenden que subsiste en Egipto mismo; sabemos, además, que esto no es una suposición puramente imaginaria, y que algunos, contando con la ignorancia general, en lo cual, desgraciadamente, no están del todo equivocados, llevan sus pretensiones hasta ese extremo.

Sin embargo, pese a todo ello, sucede que nos encontramos casi en la obligación de, en la medida de lo posible, dar algunas explicaciones que se nos han pedido desde diversos lados últimamente, a causa de la increíble multiplicación de ciertas historias fantásticas de las que hemos tenido que hablar un poco al reseñar los libros a que aludíamos hace un momento. Hay que decir, por lo demás, que estas explicaciones no se referirán en realidad a la propia tradición egipcia, sino tan sólo a lo que en la tradición árabe la concierne; en efecto, hay por lo menos algunas indicaciones bastante curiosas y que quizá, a pesar de todo, sean susceptibles de contribuir a iluminar ciertos puntos oscuros, aunque en modo alguno pretendemos exagerar la importancia de las conclusiones que es posible desprender de ellas.

Hemos hecho notar anteriormente que, de hecho, no se sabe realmente para qué puede servir la Gran Pirámide y podríamos además decir lo mismo de las pirámides en general; es verdad que la opinión más comúnmente extendida quiere ver en ellas tumbas, y, sin duda, tal hipótesis nada tiene de imposible en sí misma; pero, por otro lado, también sabemos que los arqueólogos modernos, en virtud de ciertas ideas preconcebidas, fácilmente se esfuerzan por descubrir tumbas por todos lados, incluso donde nunca hubo el menor rastro de ellas, y eso no deja de despertar en nosotros cierta desconfianza. En todo caso, nunca hasta hoy se ha encontrado tumba alguna en la Gran Pirámide; pero, aun si la hubiese, el enigma todavía no estaría por ello totalmente resuelto, pues, evidentemente, eso no excluiría que haya podido tener otros usos al tiempo, acaso más importantes, como pueden haberlos tenido también otras pirámides que sí sirvieron realmente de tumbas; es posible también que, como han pensado algunos, la utilización funeraria de esos monumentos fuese más o menos tardía, y que ésa no haya sido su utilización primitiva en la propia época de la construcción. Si, no obstante, se objeta a esto que ciertos datos antiguos, y de carácter más o menos tradicional, parecen confirmar que se trata realmente de tumbas, diremos algo que puede parecer extraño a primera vista, pero que, sin embargo, es precisamente lo que quizá tienden a hacer admitir las consideraciones que seguirán: las tumbas de que se trata, ¿no habrá que entenderlas en sentido meramente simbólico?

En efecto, dicen algunos que la Gran Pirámide es la tumba de *Seyidna Idris*, dicho de otro modo, del profeta Enoc, y que la segunda pirámide es la de otro personaje que supuestamente fue el Maestro de éste, y sobre el cual hemos de volver; pero, presentada de esta forma y tomada en sentido literal, la cosa encerraría un absurdo manifiesto, por cuanto Enoc no murió, sino que fue llevado vivo al Cielo; ¿cómo, pues, podría tener tumba? Sin embargo no convendría apresurarse demasiado a hablar aquí, a la manera occidental, de "leyendas" desprovistas de fundamento, pues he aquí la explicación que se da de ello: no es el cuerpo de Idris lo que se enterró en la Gran Pirámide, sino su ciencia; y, con esto, algunos entienden que se trata de sus libros; pero ¿qué verosimilitud tiene el que unos libros hayan sido enterrados así, pura y simplemente, y qué habría podido ofrecer ésto desde cualquier punto de vista?[1] Mucho más plausible, indudablemente, sería que el contenido de aquellos libros haya sido grabado en caracteres jeroglíficos en el interior del monumento; pero precisamente, por desgracia para tal suposición, no hay en la Gran Pirámide ni inscripciones ni representaciones simbólicas de ninguna clase[2].

---

[1] Apenas hay necesidad de señalar que el caso de libros depositados en una verdadera tumba es completamente diferente de éste.

[2] Sobre todo eso también se encuentran a veces aserciones singulares y más o menos completamente quiméricas; así, en el *Occult Magazine*, de la H.B. of L.., hemos encontrado una alusión a las "78 láminas del Libro de Hermes, que yace enterrado en una de las Pirámides" (número de diciembre de 1885, p. 87); se trata aquí manifiestamente

Entonces, no queda más que una sola hipótesis aceptable: y es que la ciencia de Idris está verdaderamente oculta en la Pirámide, pero porque se encuentra incluida en su estructura misma, en su disposición exterior e interior y en sus proporciones; y todo lo que de válido puede haber en los "descubrimientos" que a este respecto han hecho o creído hacer los modernos no representa en suma más que unos cuantos fragmentos ínfimos de esa antigua ciencia tradicional.

Esta interpretación concuerda además bastante bien, en el fondo, con otra versión árabe del origen de las pirámides, cuya construcción atribuye al rey antediluviano Surid; éste, advertido de la inminencia del Diluvio por un sueño, las hizo edificar según el plan de los sabios, y ordenó a los sacerdotes que depositaran en ellas los secretos de sus ciencias y los preceptos de su sabiduría. Pues sabido es que Enoc o Idris, también antediluviano, se identifica con Hermes o Thoth, que representa la fuente de la que provenían los conocimientos del sacerdocio egipcio y luego, por extensión, representa también este mismo sacerdocio en cuanto continuador de la misma función de enseñanza tradicional; es realmente, pues, la misma ciencia sagrada lo que, de esta forma, parece que fue depositado en las pirámides[3].

Por otro lado, ese monumento destinado a asegurar la conservación de los conocimientos tradicionales en previsión del cataclismo, recuerda además otra historia bastante conocida, la de las dos columnas levantadas, por Enoc precisamente según unos, por Set según otros, y en las cuales parece que se inscribió lo esencial de todas las ciencias; y la mención que aquí se hace de Set nos conduce al personaje cuya tumba se dice que fue la segunda pirámide. En efecto, si éste fue el Maestro de *Seyidna Idris*, no puede haber sido nadie más que *Seyidna Sheth*, o sea, Set, hijo de Adán; es verdad que antiguos autores árabes lo designan con los nombres, extraños en apariencia, de *Aghatîmûn* y *Adhîmûn* pero, evidentemente, estos nombres no son sino deformaciones del griego *Agathodaimôn,* que, refiriéndose al simbolismo de la serpiente considerada en su aspecto benéfico, se aplica perfectamente a Set, como explicamos ya en otra ocasión[4]. La conexión particular establecida así entre Set y Enoc también es muy notable, tanto más que a ambos se los relaciona, por otra parte, con ciertas tradiciones que conciernen a un retomo al Paraíso terrenal, esto es, al "estado primordial", y en consecuencia, con un simbolismo "polar" que no carece de alguna relación con la orientación de las pirámides, pero ése es otro asunto, y tan sólo señalaremos de paso que este hecho, que implica bastante claramente una referencia a los "centros espirituales" parece que tiende a confirmar la hipótesis que hace de las pirámides un lugar de iniciación, lo cual, por lo demás, no habría sido, a fin de cuentas, sino el medio normal de mantener "vivos" los conocimientos que en ellas se habían incluido, al menos mientras haya subsistido esta iniciación.

---

del Tarot, pero éste nunca ha representado un Libro de Hermes, de Thoth o de Enoc, sino en concepciones muy recientes, y no es "egipcio" más que de la misma manera que los gitanos a quienes también se ha dado tal nombre. Sobre la H. B. of L., cf. nuestro libro *Le Theosophisme.*

[3] Otra versión, ya no árabe, sino copta, refiere el origen de las pirámides a *Shedîd* y *Sheddâd*, hijos de *Ad;* no sabemos demasiado qué consecuencia podrían sacarse de ello, y no parece que haya motivos para otorgarle gran importancia, por cuanto, aparte el hecho de que se trata aquí de "gigantes", no se ve qué intención simbólica pudiera recubrir.

[4] V. nuestro estudio sobre *Sheth*. El *Agathodaimôn* de los griegos suele identificarse a *Knef*, representado igualmente por la serpiente, y en conexión con el "Muro del Mundo", lo que sigue refiriéndose al mismo simbolismo; en cuanto al *Kakodaimôn*, aspecto maléfico de la serpiente, es evidentemente idéntico al Set-Tifón de los egipcios.

Añadiremos todavía otra observación: se dice que Idris o Enoc escribió numerosos libros inspirados, después de que el propio Adán y Set hubiesen escrito otros[5], estos libros fueron los prototipos de los libros sagrados de los Egipcios, y los Libros Herméticos, más recientes, sólo representan, por decirlo así, una "readaptación", así como también los diversos Libros de Enoc que con este nombre han llegado a nuestros días. Por otra parte, los libros de Adán, Set y Enoc como es natural habían de expresar respectivamente aspectos diferentes del conocimiento tradicional, que implicaban una relación más especial con tal o cual ciencia sagrada, así como ocurre siempre con la enseñanza transmitida por los diversos Profetas. Pudiera ser interesante, en estas condiciones, preguntarse si no habrá algo, en la estructura de las dos pirámides de que hemos hablado, que corresponda en cierta forma a esas diferencias, en lo que concierne a Enoc y Set, e incluso también, acaso, si la tercera pirámide no puede en ese caso tener también alguna relación con Adán, por cuanto, aunque no hemos encontrado en parte alguna ninguna alusión explícita a ello, sería bastante lógico, a fin de cuentas, suponer que ha de completar el ternario de los grandes Profetas antediluvianos[6]. Por supuesto, en modo alguno pensamos que estas cuestiones sean de las susceptibles de ser resueltas actualmente; por lo demás, todos los "buscadores" modernos se han "hipnotizado", por decirlo así, casi exclusivamente con la Gran Pirámide, aunque, después de todo, en realidad no es, en comparación con las otras dos, tan grande que su diferencia sea muy impresionante; y cuando, para justificar la importancia excepcional que le atribuyen, aseguran que es la única orientada exactamente, acaso cometan el error de no pensar que ciertas variaciones en la orientación bien pudieran no deberse simplemente a alguna negligencia de los constructores, sino precisamente reflejar algo que se refiere a épocas tradicionales diferentes; pero ¿cómo puede esperarse que unos occidentales modernos, tengan, para que los dirijan en sus investigaciones, nociones algo justas y precisas sobre cosas de este género?[7]

Otra observación que también tiene su importancia es que el nombre mismo de Hermes dista mucho de serle desconocido a la tradición árabe[8]; y ¿hay que ver sólo una "coincidencia" en la semejanza que ofrece con la palabra *Haram* (en plural *Ahrâm*), designación árabe de la pirámide, de la que sólo difiere por la simple agregación de una letra final que no forma parte de su raíz? A Hermes se le llama *El-muthalleth bil-hikam*, literalmente "triple por sabiduría"[9], lo que equivale al epíteto griego *Trismegistos* aunque siendo más explícito, pues la "grandeza" que

---

[5] Los números indicados para estos libros varían y, en muchos casos, pueden ser únicamente números simbólicos; este punto, por lo demás, sólo tiene importancia secundaria.

[6] Ni que decir tiene que esto no quiere decir que la construcción de las pirámides haya de serles literalmente atribuida, sino tan sólo que pudo constituir una "fijación" de las ciencias tradicionales que respectivamente se les atribuye.

[7] La idea de que la Gran Pirámide difiere esencialmente de las otras dos es muy reciente; se dice que el Califa *El-Mamûn,* que quería saber qué contenían las pirámides, decidió hacer abrir una; resultó ser la Gran Pirámide, pero no parece que pensara que habría de tener un carácter absolutamente especial.

[8] Junto a la forma correcta *Hermes*, se encuentra también, en algunos autores, la forma *Armis*, que evidentemente es una alteración de aquélla.

expresa este último no es, en el fondo, sino la consecuencia de la sabiduría que es el atributo propio de Hermes[10]. Tal triplicidad" tiene además otra significación, pues a veces se encuentra desarrollada en forma de tres Hermes distintos: El primero, llamado "Hermes de los Hermes" *(Hermes El-Harâmesah*), y considerado antediluviano, es el que se identifica propiamente a *Seyidna Idris*, los otros dos, que parecen ser postdiluvianos, son el "Hermes babilonio" (*El-Bâbelîl*) y el "Hermes egipciaco" (*El-Misrî*); esto parece indicar bastante claramente que las tradiciones caldea y egipcia se habrán derivado directamente de una sola y misma fuente principal, la cual, dado el carácter antediluviano que se le reconoce, poco puede ser otra que la tradición atlante[11].

Se piense lo que se piense de todas estas consideraciones, que son indudablemente tan distantes de las opiniones de los egiptólogos como de los modernos investigadores del "secreto de la pirámide", es lícito decir que esta representa verdaderamente la "tumba de Hermes", pues los misterios de su sabiduría y de su ciencia han sido ocultados en ella de tal forma que es ciertamente bien difícil descubrirlos[12].

---

[9] *Hikam* es el plural de *hikmah*, pero las dos formas se emplean por igual con el sentido de "sabiduría".

[10] Puede ser curioso señalar que la palabra *muthalleth* designa también el triángulo, pues, sin forzar demasiado las cosas, podría encontrarse en ella alguna relación con la forma triangular de las caras de la pirámide, que también hubo de ser determinada "por la sabiduría" de quienes establecieron sus planos, sin contar que el triángulo se refiere, además, al simbolismo del "Polo" y desde este último punto de vista, es evidentísimo que la propia pirámide no es en suma sino una de las imágenes de la "Montaña Sagrada".

[11] Es fácil comprender que, en todo caso, todo esto se sitúa, bastante lejos ya de la Tradición primordial; y bien poco útil sería, además, designar especialmente a ésta como fuente común de dos tradiciones particulares, siendo así que lo es necesariamente de todas las formas tradicionales sin excepción. Por otra parte, del orden de enumeración de los tres Hermes, en la medida que parece tener alguna significación cronológica, se podría llegar a la conclusión de cierta anterioridad de la tradición caldea con respecto a la tradición egipcia.

[12] Ahora que tocamos este punto, señalaremos otra fantasía moderna: hemos comprobado que algunos atribuyen considerable importancia al hecho de que la Gran Pirámide no se haya acabado jamás; falta la cúspide, en efecto, pero todo cuanto puede decirse de cierto a este respecto, es que los autores más antiguos de que se posee testimonio, que son aún relativamente recientes, siempre la han visto truncada como hoy lo está. De eso a pretender que la cúspide que falta corresponde a la "piedra angular" de la que se habla en varios pasajes de la Biblia y el Evangelio, hay realmente mucho trecho, tanto más cuanto que, según datos auténticamente tradicionales, la piedra de que se trata no sería un "piramidion", sino realmente una "clave de arco" (*Keystone*), y, si fue "rechazada por los constructores", es que éstos, como no estaban iniciados más que en la *Square Masonry*, ignoraban los secretos de la *Arch Masonry*. Cosa asaz curiosa, el sello de los Estados Unidos representa la pirámide truncada, sobre la cual hay un triángulo irradiante que, aunque estando separado de ella, e incluso aislado por el círculo de nubes que lo rodea, en cierto modo parece sustituir su cúspide pero en este sello del que, por otro lado, algunas organizaciones seudo-iniciáticas" tratan de sacar provecho, de forma un tanto sospechosa, hay otros detalles por lo menos extravagantes: así, del número de hileras de la pirámide, que son trece, se dice que corresponde al de las tribus de Israel (contando por separado las dos semitribus de los hijos de José), y acaso ello no carece totalmente de relación con los orígenes reales de ciertas divagaciones contemporáneas sobre la Gran Pirámide, que tienden como hemos dicho anteriormente, a hacer de ella con fines más bien oscuros, una especie de monumento 'judeo-cristiano".

****

9.- "SPIRITUS", "ANIMA", "CORPUS"*

La división ternaria es la más general y al propio tiempo la más sencilla que pueda establecerse para definir la constitución de un ser vivo, y en particular la del hombre, pues está claro que la dualidad cartesiana de "espíritu" y "cuerpo", que en cierto modo se ha impuesto en todo el pensamiento occidental moderno, de ninguna forma puede corresponder a la realidad; ya hemos insistido en ello lo bastante a menudo en otros lugares como para no tener necesidad de volver sobre ello ahora. La distinción de espíritu, alma y cuerpo es además la unánimemente admitida por todas las doctrinas de Occidente, fuese en la Antigüedad o en la Edad Media; el que más tarde se haya llegado a olvidarla hasta el extremo de no ver ya en los términos de "espíritu" y "alma" más que especies de sinónimos, bastante vagos además, y de emplearlos indistintamente uno por otro, cuando propiamente designan realidades de orden totalmente diferente, es quizá uno de los ejemplos más asombrosos que puedan darse de la confusión que caracteriza a la mentalidad moderna. Tal error, además, tiene consecuencias que no todas son de orden puramente teórico, y evidentemente ello lo hace aún más peligroso[1]; pero no es de esto de lo que hemos de ocuparnos aquí, y en lo que concierne a la división ternaria tradicional, queremos precisar tan sólo algunos puntos que tienen más directa relación con el tema de nuestro estudio.

Esta distinción de espíritu, alma y cuerpo se ha aplicado al "macrocosmos" lo mismo que al "microcosmos", siendo análoga la constitución del uno a la del otro, de modo que necesariamente han de encontrarse elementos que se corresponden rigurosamente por una y otra parte. Esta consideración, en los Griegos, parece vincularse sobre todo a la doctrina cosmológica de los Pitagóricos, que, por lo demás, no hacían en realidad sino "readaptar" enseñanzas mucho más antiguas; Platón se inspiró en esta doctrina y la siguió mucho más de cerca de lo que comúnmente se cree, y, en parte por mediación de él, algo de ella se transmitió a filósofos posteriores, como por ejemplo los estoicos, cuyo punto de vista, por lo demás, mucho más exotérico, mutiló y deformó demasiado a menudo las concepciones de que se trata. Los Pitagóricos consideraban un cuaternario fundamental que comprendía en primer lugar al Principio, transcendente con respecto al Cosmos, después, al Espíritu y el Alma universales, y por ultimo, a la *Hyle* primordial[2]; es importante señalar que esta última, en cuanto pura potencialidad, no puede asimilarse al cuerpo y corresponde más bien a la "Tierra" de la Gran Tríada que a la del *Tribhuvana*, mientras que el Espíritu y el Alma universales recuerdan manifiestamente a los otros dos términos de este último. En cuanto al Principio transcendente, en ciertos aspectos corresponde al "Cielo" de la Gran Tríada, pero, no obstante, por otra parte se identifica también con el Ser o la Unidad metafísica, esto es, *Tai-ki*; parece faltar aquí una

---

* Capítulo de *La Grande Triade.*

[1] Véase *El Reino de la Cantidad y los Signos de los tiempos*, cap. XXXV.

[2] Cf. el comienzo de los *Rasâil Ikhwân Es-Safâ*, que contiene una exposición clarísima de esta doctrina pitagórica.

distinción clara, que por lo demás quizá no era exigida por el punto de vista, mucho menos metafísico que cosmológico, desde el que se establecía el cuaternario de que se trata. Sea lo que fuere, los estoicos deformaron esta enseñanza en sentido "naturalista", perdiendo de vista el Principio transcendente y no considerando ya mas que un "Dios" inmanente que, para ellos, se asimilaba pura y simplemente al *Spiritus Mundi*; no decimos al *Anima Mundi*, contrariamente a lo que parecen creer algunos de sus intérpretes afectados por la confusión moderna de espíritu y alma pues en realidad, para ellos, lo mismo que para aquellos que seguían más fielmente la doctrina tradicional, esa *Anima Mundi* nunca tuvo sino un papel simplemente "demiúrgico", en el más estricto sentido de la palabra, en la elaboración del Cosmos a partir de la *Hyle* primordial.

Acabamos de decir elaboración del Cosmos, pero quizá fuera más exacto decir aquí formación del *Corpus Mundi*, en primer lugar porque la función "demiúrgica", en efecto, es propiamente una función "formadora"[3], y luego porque, en cierto sentido, el Espíritu y el Alma universales mismos también forman parte del Cosmos; en cierto sentido, pues, a decir verdad, pueden considerarse desde un doble punto de vista, que también corresponde en cierto modo a lo que antes llamábamos punto de vista "genético" y punto de vista "estático", sea como "principios" (en sentido relativo), sea como "elementos" constitutivos del ser "macrocósmico". Esto proviene de que, puesto que se trata del ámbito de la Existencia manifestada, estamos de este lado de la distinción entre Esencia y Substancia; del lado "esencial", Espíritu y Alma son como "reflexiones" del Principio mismo de la manifestación a niveles distintos; del lado "substancia", por el contrario, aparecen como "producciones" surgidas de la *materia prima*, aunque determinando ellos mismos sus producciones posteriores en sentido descendente[4], y ello porque para situarse efectivamente en lo manifestado, es menester que ellos mismos también se hagan parte integrante de la manifestación universal. La relación entre estos dos puntos de vista se representa simbólicamente por el complementarismo del rayo luminoso y el plano de reflexión, necesarios ambos para que se produzca una imagen, de suerte que, por una parte, la imagen es verdaderamente un reflejo de la fuente luminosa misma, y, por otra, se sitúa en el grado de realidad señalado por el plano de reflexión[5]; para emplear el lenguaje de la tradición extremo-oriental, el rayo luminoso corresponde aquí a las influencias celestiales, y el plano de reflexión a las influencias terrenales, lo cual coincide bien con la consideración del aspecto "esencial" y el aspecto "substancial" de la manifestación[6].

Naturalmente, estas observaciones que acabamos de formular acerca de la constitución del "macrocosmos" se aplican también en lo que concierne al espíritu y el alma en el "microcosmos"; sólo el cuerpo no puede ser jamás considerado como "principio", hablando con propiedad,

---

[3] Es importante subrayar que decimos "formadora" y no "creadora"; esta distinción tomará su sentido más preciso si se considera que a los cuatro términos del cuaternario pitagórico se los puede poner respectivamente en correspondencia con los "cuatro mundos" de la Kábbala hebrea.

[4] Recordemos a este respecto que, según la doctrina hindú, *Buddhi*, que es el Intelecto puro y que, como tal, corresponde al *Spiritus* y a la manifestación informal, es ella misma la primera de las producciones de *Prakriti,* al mismo tiempo que es también, por otro lado, el primer grado de la manifestación de *Atmâ* o del Principio trascendente (V. *L´Homme et son devenir selon le Vêdânta*, cap. VII)

[5] Véase *Le Symbolisme de la Croix*, capítulo XXIV.

[6] El rayo luminoso y el plano de reflexión corresponden exactamente a la línea vertical y a la línea horizontal tomadas para simbolizar respectivamente el Cielo y la Tierra (V. anteriormente, fig. 7)

porque siendo resultado y término final de la manifestación (ello, naturalmente, por lo que se refiere a nuestro mundo o estado de existencia), no es más que "producto" y no puede convertirse en "productor" en ningún aspecto. Por este carácter, el cuerpo expresa la pasividad substancial tan completamente como en el orden manifestado es posible; Mas al propio tiempo, también así se diferencia evidentísimamente de la Substancia misma, que en cuanto principio "maternal" concurre a la producción de la manifestación. En este aspecto, se puede decir que el ternario de espíritu, alma y cuerpo está constituido de otro modo que los ternarios formados de dos términos complementarios y en cierto modo simétricos y un producto que ocupa una posición intermedia entre ellos; en este caso (y naturalmente también en el del *Tribhuvana*, al cual corresponde exactamente), los dos primeros términos se sitúan del mismo lado con respecto al tercero, y si bien éste, a fin de cuentas, puede ser considerado todavía como su producto, ya no desempeñan un papel simétrico en tal producción: el cuerpo tiene su principio inmediato en el alma, pero no procede del espíritu sino indirectamente y por intermedio del alma. Solamente cuando se considera al ser como enteramente constituido, esto es, desde el punto de vista que hemos llamado "estático", viendo en el espíritu el aspecto "esencial" y en el cuerpo el aspecto "substancial", puede encontrarse una simetría en este aspecto no ya entre los dos primeros términos del ternario, sino entre el primero y el último; entonces, en el mismo aspecto, el alma es intermedia entre el espíritu y el cuerpo (y así se justifica su designación como principio "mediador" que anteriormente indicábamos), pero no por ello deja de ser, como segundo término, forzosamente anterior al tercero[7], y, por consiguiente, en modo alguno puede ser considerada como producto o resultante de los dos términos extremos.

Todavía puede plantearse otra cuestión: ¿cómo es que, pese a la falta de simetría que entre ellos acabamos de indicar, espíritu y alma, no obstante, se toman a veces en cierta forma como complementarios, siendo entonces generalmente considerado el espíritu como principio masculino y el alma como principio femenino? Y es que, siendo el espíritu el que, en la manifestación, más cerca está del polo esencial, el alma se encuentra, respecto a él, del lado substancial; así, con respecto el uno del otro, el espíritu es *yang* y el alma *yin*, y por ello suelen simbolizarse respectivamente por el Sol y la Luna, lo que además puede justificarse aún más completamente diciendo que el espíritu es la luz emanada directamente del Principio, mientras que el alma no presenta sino una reflexión de esa luz. Además, el "mundo intermedio", que también puede llamarse esfera "anímica", es propiamente el medio en el que se elaboran las formas, lo que, en suma, constituye un papel "substancial" o "maternal"; y esta elaboración se produce bajo la acción o, más bien, la influencia del espíritu, que así tiene en este aspecto un papel "esencial" o "paternal"; por lo demás, está claro que para el espíritu en esto sólo se trata de una "acción de presencia", a imitación de la actividad "no-actuante" del Cielo[8].

---

[7] Es evidente que se trata aquí esencialmente de una anterioridad lógica, siendo además considerados los tres términos en simultaneidad como elementos constitutivos del ser.

[8] Estas últimas observaciones pueden permitir el comprender que, en el simbolismo hermético de la Masonería escocesa, el *Spiritus* y el *Anima* sean representados respectivamente por las figuras del Espíritu Santo y de la Virgen, lo que es una aplicación de orden menos universal que la que hace corresponder éstos a *Purusha* y a *Prakriti* como hemos dicho al principio. Hace falta añadir que, en este caso, lo que se considera como el producto de los dos términos en cuestión no es el cuerpo, sino algo de otro orden, que es la Piedra filosofal, frecuentemente asimilada, en efecto, simbólicamente a Cristo; y, desde este punto de vista, su relación es aún más estrictamente conforme a la noción del complementarismo propiamente dicho que en lo que concierne a la producción de la manifestación corporal.

Agregaremos unas palabras a propósito de los principales símbolos del *Anima Mundi*: uno de los más habituales es la serpiente, a causa de que el mundo "anímico" es el ámbito propio de las fuerzas cósmicas, que, aunque también actúan en el mundo corporal, pertenecen en sí mismas al orden sutil; y ello está relacionado, naturalmente, con lo que anteriormente hemos dicho del simbolismo de la doble espiral y el del caduceo; además, la dualidad de los aspectos que toma la fuerza cósmica, corresponde realmente al carácter intermedio de ese mundo "anímico", que hace de él propiamente el lugar de encuentro de las influencias celestiales y las terrenales.

Por otra parte, la serpiente, en cuanto símbolo del *Anima Mundi*, se representa las más de las veces en la forma circular del *Uroboros*; tal forma, en efecto, le conviene al principio anímico en cuanto está del lado de la esencia con respecto al mundo corporal; pero, por supuesto, está por el contrario, del lado de la substancia con respecto al mundo espiritual, de suerte que, según el punto de vista desde el que se lo considere, puede tomar los atributos de la esencia o los de la substancia, lo que, por decirlo así, le da la apariencia de una doble naturaleza. Estos dos aspectos se encuentran reunidos de forma bastante notable en otro símbolo del *Anima Mundi* que pertenece al hermetismo de la Edad Media (fig.15): se ve en él un circulo en el interior de un cuadrado "animado", es decir, puesto sobre uno de sus ángulos para sugerir la idea de movimiento, mientras que, por el contrario, el cuadrado que descansa sobre su base expresa la idea de estabilidad[9]; y lo que hace a esta figura particularmente interesante desde el punto de vista en que nos situamos ahora, es que las formas circular y cuadrada que son sus elementos tienen en ella significaciones respectivas exactamente concordantes con las que tienen en la tradición extremo-oriental[10].

****

10.- AZUFRE, MERCURIO Y SAL[*]

La consideración del ternario de espíritu, alma y cuerpo nos conduce bastante naturalmente a la del ternario alquímico de Azufre, Mercurio y Sal[1], pues éste le es comparable en muchos aspectos, aunque sin embargo procede de un punto de vista algo diferente, lo que se manifiesta principalmente en el hecho de que el complementarismo de los dos primeros términos esta en él

---

[9] *Cf. Le Règne de la Quantité et les Signes des Temps*, cap. XX.

[10] Comparando esta figura con la figura 8, se comprobará que la imagen esquemática del "mundo intermedio" aparece en cierto modo como una "vuelta" o un "giro" de la del conjunto del Cosmos; sería posible deducir de esta observación, en lo que concierne a las leyes de la manifestación sutil, ciertas consecuencias bastante importantes, pero que no podemos ni pensar en desarrollar aquí.

[*] Capítulo de *La Grande Triade*.

[1] Apenas hay necesidad de decir que no se trata aquí de los cuerpos que portan los mismos nombres en la química vulgar ni tampoco de cuerpos cualesquiera, sino más bien de principios.

mucho más acentuado, de donde una simetría que, como hemos visto, no existe verdaderamente en el caso del espíritu y el alma, lo que constituye una de las grandes dificultades para la comprensión de los escritos alquímicos o herméticos en general, es que en ellos los mismos términos se toman a menudo en múltiples acepciones, que corresponden a diversos puntos de vista; pero, si bien ocurre así particularmente para el Azufre y el Mercurio, no es menos cierto que el primero es considerado constantemente como un principio activo o masculino, y el segundo como un principio pasivo o femenino; en cuanto a la Sal, es neutra en cierto modo, como corresponde al producto de los dos complementarios, en el cual se equilibran las tendencias inversas inherentes a sus naturalezas respectivas.

Sin entrar en detalles que aquí no harían al caso, se puede decir que el Azufre, cuyo carácter activo hace que se le asimile a un principio ígneo, es esencialmente un principio de actividad interior, que se considera que se irradia a partir del centro mismo del ser. En el hombre, o por semejanza con éste, tal fuerza interna suele identificarse en cierta forma con el poder de la voluntad; ello, por otra parte, sólo es exacto a condición de entender la voluntad en un sentido mucho más profundo que el sentido psicológico corriente, y de análoga manera a aquella en que se puede hablar, por ejemplo, de la “Voluntad divina”[2] o, según la terminología extremo-oriental, la “Voluntad del Cielo”, puesto que su origen es propiamente “central”, mientras que todo cuanto la psicología considera es simplemente “periférico” y no corresponde a fin de cuentas sino a modificaciones superficiales del ser. Además, si mencionamos aquí la “Voluntad del Cielo” es a propósito, pues el Azufre, por su “interioridad”, sin que pueda ser asimilado al Cielo mismo, pertenece al menos, evidentemente, a la categoría de las Influencias celestiales; y, en lo que concierne a su identificación con la voluntad, se puede decir que, si bien no es verdaderamente aplicable al caso del hombre corriente (que la psicología toma exclusivamente como objeto de su estudio), está plenamente justificada, por el contrario, en el del “Hombre verdadero”, que se sitúa en el centro de todo, y cuya voluntad, como consecuencia, está necesariamente unida a la “Voluntad del Cielo”[3].

En cuanto al Mercurio, su pasividad, correlativamente a la actividad del Azufre, le hace ser considerado como principio húmedo[4]; y se considera que reacciona desde el exterior, de suerte que en este aspecto desempeña el papel de fuerza centrípeta y *compresiva*, que se opone a la acción centrifuga y expansiva del Azufre y en cierta manera la limita. Por todos estos caracteres respectivamente complementarios, actividad y pasividad, “interioridad” y “exterioridad”, expansión y compresión, se ve, volviendo al lenguaje extremo-oriental, que el Azufre es *yang* y

---

[2] Señalemos al respecto que la palabra griega *theion*, que es la designación del Azufre, significa al mismo tiempo "divino".

[3] Encontraremos más adelante esta consideración de la voluntad a propósito del ternario "Providencia", Voluntad, Destino". El "hombre trascendente", es decir, aquel que ha realizado en sí mismo al "Hombre Universal" (*el-insânul-kâmil*), es, en el lenguaje del hermetismo islámico, designado como el "Azufre rojo" (*el-kebrîtul-ahmar*), que es también representado simbólicamente por el Fénix; entre él y el "hombre verdadero" u "hombre primordial" (*el-insânul-qadîm)*, la diferencia es la que existe entre la "obra al rojo" y la "obra al blanco", correspondientes a la perfección respectiva de los "grandes misterios" y de los "pequeños misterios".

[4] Por ello se encuentra también, entre sus diversas designaciones, la de "húmedo radical".

el Mercurio *yin*, y que, si al primero se lo relaciona con el orden de las influencias celestiales, al segundo se lo ha de relacionar con el de las influencias terrenales. No obstante, hay que fijarse bien en que el Mercurio no se sitúa en la esfera corporal, sino en la esfera sutil o “anímica”: en razón de su exterioridad, se puede considerar que representa el “ambiente”, debiendo concebirse entonces este último como constituido por el conjunto de las corrientes de la doble fuerza cósmica de la que anteriormente hemos hablado[5]. Además, a causa de la doble naturaleza o del doble aspecto que esta fuerza ofrece, y que es como un carácter inherente a todo cuanto pertenece al “mundo intermedio”, el Mercurio, sin embargo, aunque siendo considerado principalmente como principio húmedo, como acabamos de decir, es descrito a veces como un “agua ígnea” (e incluso alternativamente como un “fuego liquido”)[6], y ello sobre todo en cuanto experimenta la acción del Azufre, que “esfuerza” a esa doble naturaleza y la hace pasar de la potencia al acto[7].

De la acción interior del Azufre y la reacción exterior del Mercurio, resulta una especie de “cristalización” que determina, se podría decir, un límite común al interior y al exterior, o una zona neutra en la que se encuentran y se estabilizan las influencias opuestas que proceden respectivamente de uno y otro; el producto de esa “cristalización” es la Sal[8], que se representa por el cubo, en cuanto éste es a la vez el tipo de la forma cristalina y el símbolo de la estabilidad[9]. Precisamente porque, en cuanto a la manifestación individual de un ser, señala la

---

[5] Se recordará aquí lo que hemos indicado anteriormente con respecto a la doble espiral considerada como "esquema del ambiente"; el Mercurio de los hermetistas es en suma la misma cosa que la "luz astral" de Paracelso, o lo que algunos autores más recientes, como Eliphas Lévi, han denominado más o menos justamente el "gran agente mágico", si bien, en realidad, su actuación en el dominio de las ciencias tradicionales, esté muy lejos de limitarse a esta aplicación de orden inferior que constituye la magia en el sentido propio de la palabra, como lo muestran suficientemente las consideraciones que hemos expuesto a propósito de la "solución" y de la "coagulación" herméticas. Cf. también *Aperçus sur l´Initiation*, cap. XLI.

[6] Las corrientes de fuerza sutil pueden además dar efectivamente una impresión de este género a los que las perciben, y ello mismo puede ser una de las causa de la ilusión "fluídica" tan común al respecto, sin perjuicio de las razones de otro orden que han contribuido también a dar nacimiento a esta ilusión o a mantenerla. Cf. *Le Règne de la Quantité et les Signes des Temps*, cap. XVIII.

[7] Se trata entonces de lo que los hermetistas denominan el Mercurio "animado" o "doble" para distinguirlo del Mercurio ordinario, es decir, tomado pura y simplemente como es en sí mismo.

[8] Hay analogía con la formación de una sal en el sentido químico de la palabra, en tanto que ésta es producida por la combinación de un ácido, elemento activo, y de un álcali, elemento pasivo, que desempeñan respectivamente, en este caso especial, funciones comparables a las del Azufre y del Mercurio, pero que, entiéndase bien, difieren esencialmente de éstos en que son cuerpos y no principios; la sal es neutra y se presenta generalmente bajo forma cristalina, lo que puede acabar de justificar la transposición hermética de esta designación.

[9] Es la "piedra cúbica" del simbolismo masónico; hay que precisar, por lo demás, que se trata aquí de la "piedra cúbica" ordinaria, y no de la "piedra cúbica en punta", que simboliza propiamente la Piedra filosofal, la pirámide sobre el cubo representa un principio espiritual que viene a fijarse sobre la base constituida por la Sal. Se puede destacar que el esquema plano de esta "piedra cúbica en punta", es decir, el cuadrado cubierto por el triángulo, no difiere del signo alquímico del Azufre sino por la sustitución de la cruz por el cuadrado; los dos símbolos tiene la misma correspondencia numérica, 7= 3+4, donde el septenario aparece como compuesto por un ternario superior y por un cuaternario inferior, relativamente "celeste" y "terrestre" uno con relación a otro; pero el cambio de la cruz en cuadrado expresa la "fijación" o

separación del interior y el exterior, este tercer término constituye para ese ser como una "envoltura" por la que a la vez está en contacto con el "ambiente" en cierto aspecto y aislado de éste en otro aspecto; en esto corresponde al cuerpo, que efectivamente desempeña este papel "terminante" en un caso como el de la individualidad humana[10]. Por otra parte, por lo que antecede se ha visto la evidente relación del Azufre con el espíritu y del Mercurio con el alma; pero también hay aquí que tener sumo cuidado al comparar entre sí distintos ternarios, ya que la correspondencia de sus términos puede variar según el punto de vista desde el que se los considera. En efecto, el Mercurio, en cuanto principio "anímico", corresponde al "mundo intermedio" o al término medio del *Tribhuvana*, y la Sal, en cuanto es, no diremos idéntica, pero sí al menos comparable con el cuerpo, ocupa la misma posición extrema que el ámbito de la manifestación grosera; pero, en otro aspecto, la situación respectiva de estos dos términos aparece como inversa de aquélla, es decir que la Sal es entonces la que se convierte en término medio. Este último punto de vista es el mas característico de la concepción específicamente hermética del ternario de que se trata, a causa del papel simétrico que da a Azufre y Mercurio: la Sal es entonces intermedia entre ellos, en primer lugar porque es como su resultante, y luego porque se sitúa en el propio limite de los dos ámbitos "interior" y "exterior" a los que respectivamente corresponden; es "terminante" en este sentido, podríamos decir, aún más que con respecto al proceso de la manifestación, aunque en realidad lo sea a la vez de ambas formas.

Esto ha de permitir comprender por qué motivo no podemos identificar sin reservas la Sal con el cuerpo; sólo se puede decir, para ser exactos, que el cuerpo corresponde a la Sal en cierto aspecto o en una aplicación particular del ternario alquímico. En otra aplicación menos limitada, lo que corresponde a la Sal es la individualidad entera[11]: entonces, el Azufre sigue siendo el principio interno del ser, y el Mercurio es el "ambiente" sutil de un determinado mundo o estado de existencia; la individualidad (suponiendo naturalmente que se trata de un estado de manifestación formal, como el estado humano) es la resultante del encuentro del principio interno con el "ambiente"; y se puede decir que el ser, en cuanto manifestado en ese estado, está como "envuelto" en la individualidad, de manera análoga a como, en otro nivel, la individualidad misma esta "envuelta" en el cuerpo. Para decirlo con un simbolismo que ya hemos empleado anteriormente, el Azufre es comparable con el rayo luminoso y el Mercurio con su plano de reflexión, y la Sal es el producto del encuentro del primero con el segundo; pero esto, que

---

la "estabilización" en una "entidad" permanente, de la cual el azufre ordinario no representaba aún más que el estado de virtualidad, y que él no ha podido realizar efectivamente más que tomando un punto de apoyo en la resistencia misma que le opone el Mercurio en tanto que "materia de la obra".

10 Por lo que hemos indicado en la nota precedente, se puede entonces comprender la importancia del cuerpo (o de un elemento "terminante" correspondiente a este en las condiciones de otro estado de existencia) como "soporte" de la realización iniciática. Añadamos a este respecto que, si es primero el Mercurio la "materia de la obra" como acabamos de decir, la Sal se convierte en ella a continuación y bajo otro aspecto, como lo muestra la formación del símbolo de la "piedra cúbica en punta"; es a lo que se refiere la distinción que hacen los hermetistas entre su "primera materia" y su "materia próxima".

11 Desde este punto de vista, la transformación de la "piedra bruta" en "piedra cúbica" representa la elaboración que debe sufrir la individualidad ordinaria para poder ser apta para servir de "soporte" o de "base" a la realización iniciática; la "piedra cúbica en punta" representa la inserción efectiva en esta individualidad de un principio de orden supraindividual, que constituye la realización iniciática misma , la cual, por lo demás, puede ser considerada de una manera análoga y, por lo tanto, ser representada por el mismo símbolo en sus diferentes grados, siendo estos siempre obtenidos por operaciones correspondientes entre ellas, bien que a niveles diferentes, como la "obra al blanco" y la "obra al rojo" de los alquimistas.

implica toda la cuestión de las relaciones del ser con el medio en que se manifiesta, merece ser considerado con más amplios desarrollos.

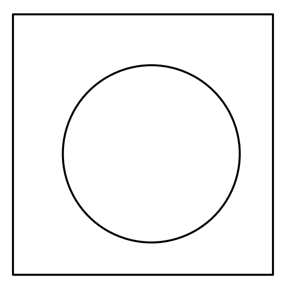


Figura 15

RESEÑAS

Reseñas de Libros

-Lettera di Giovanni Pontano sul "Fuoco Filosofico" [Carta de Giovanni Pontano sobre el "Fuego Filosófico"], introducción, traducción y notas de Mario Mazzoni (Casa Editrice Toscana, San Gimignano, Siena). En este opúsculo, el segundo de una serie dedicada al hermetismo y de la cual ya nos ocupamos anteriormente del primero, el texto propiamente dicho tiene poco lugar: en efecto, la carta es muy corta, aunque importante por el asunto que trata. Está situada entre una introducción que, conteniendo muchas interesantes indicaciones, apenas aclara suficientemente la cuestión del "Fuego filosófico", y diversos apéndices en los que hallamos en primer lugar la traducción de un extracto del libro de Mme. David-Neel, *Mystiques et Magiciens du Thibet*, luego una nota sobre la fabricación del "Oro filosófico" según los "Iluminados de Avignon", y finalmente la serie del estudio de los símbolos herméticos comenzada en el primer opúsculo. Es lamentable que los nombres propios estén a menudo tan desfigurados, y que haya que ver en las notas algunos errores históricos sorprendentes, que, por ejemplo, hacen de Nicolás Flamel un médico, de Guillaume Postel un amigo (luego un contemporáneo) de Eliphas Lévi, y que hacen vivir al alquimista Geber en el siglo VIII antes de la era cristiana...

En *Voile d´Isis*, octubre de 1930. Recopilado en *Etudes sur la Francmaçonnerie,* vol. I.

*****

Cesare della Riviera, *Il mondo magico degli Heroi*, reproducción modernizada del texto de 1605, con introducción y notas de J. Evola (G. Laterza e Figli, Bari, 1932).

Este tratado hermético, estando lejos de ser realmente tan explícito y despojado de enigmas como el autor quiere hacer creer, es sin duda uno de aquellos que demuestran más claramente que la "Gran Obra", a la que el autor representa simbólicamente como la conquista del "Árbol de la Vida", no debe ser entendida en el sentido material que los pseudo-alquimistas han querido darle; el verdadero hermetismo se opone a cada instante a sus deformaciones o a sus falsificaciones. Algunos de los procedimientos de explicación que son aquí empleados son verdaderamente curiosos, especialmente el que consiste, para interpretar una palabra, en descomponerla en letras o en sílabas, que serán el comienzo de otras palabras cuyo conjunto formará una definición; tal procedimiento puede parecer un puro artificio, pero imita a aquel que se usa en ciertas lenguas sagradas. La introducción y las notas son también dignas de interés, pero requieren a veces de algunas reservas: Evola ha sido visiblemente seducido por la asimilación del hermetismo a la "magia", entendida aquí en un sentido muy alejado del que tiene ordinariamente, y también por la del Adepto al "Héroe", donde ha creído encontrar algo semejante a sus propias concepciones, lo que le ha llevado a interpretaciones un tanto tendenciosas; y, por otra parte, es lamentable que no haya insistido más de lo que lo hace sobre

lo que se refiere al "Centro del Mundo", y que nos parece totalmente esencial, siendo en cierto modo la clave de todo lo demás. En fin, en lugar de "modernizar" el texto como ha creído tener el deber de hacer, quizá hubiera sido mejor reproducirlo tal cual, explicando las palabras o los giros cuyo arcaísmo podía hacer difícil su comprensión.

En *Voile d´Isis*, octubre de 1932. Retomado en *Comptes Rendus.*

*****

Sergius Gortan Ancona. *The Substance of Adam*. (Rider and Co., London) Este libro se presenta como exponiendo "un sistema de cosmogonía fundado sobre la "tradición occidental": pero ¿de qué tradición se trata? No es ciertamente la Kábala, pues, si la idea de los "cuatro mundos" está tomada de ésta, la explicación que de ello se da, nada tienen de auténticamente kabalista; esta "cosmogonía" está además terriblemente complicada y confusa, y da sobre todo la impresión de una agitación frenética ¡que alcanzaría hasta las jerarquías angélicas mismas! Se encuentran aquí y allá algunas nociones provenientes del hermetismo y sobre todo del gnosticismo; pero la verdad es que las grandes "autoridades" del autor son, como por lo demás lo indica él mismo, Eliphas Levi, Fabre d´Olivet y Saint-Yves d´Alveidre. Las obras de los dos últimos han inspirado sobre todo la segunda parte, donde se encuentra una historia de la "raza blanca" que, dada así en resumen, resalta mucho más sus errores y sus fantasías que sus visiones realmente dignas de interés. Todo ello está muy lejos de representar una "pura tradición de pensamiento ortodoxo", y, además es, una tradición proclamada como "superior a todas las otras"; se trata en suma de un libro de espíritu claramente "ocultista", lo que nada tiene que ver con el espíritu tradicional. Lo que hay mejor, en nuestra opinión, son, hacia el final, las páginas donde la época moderna es severa y justamente criticada; pero, si es una glorificación de Occidente lo que el autor se ha propuesto escribir, hay que convenir que termina de un modo bastante fastidioso, y que se asemeja más a un balance de derrota que a un himno triunfal...

En *Voile d´Isis*, julio de 1935. Retomado en *Comptes Rendus.*

******

Enel: Les Origines de la Genése et l 'enseignement des Temples de l´Ancien Egypte. Volumen I, 1ª y 2ª partes.(Institut français d'Archeologie orientale, El Cairo.) Es sin duda muy difícil, y quizá incluso completamente imposible actualmente, saber lo que fue en realidad la antigua tradición egipcia, totalmente extinguida desde hace tantos siglos; por eso, las diversas

interpretaciones y reconstrucciones intentadas por los egiptólogos son en gran parte hipotéticas, y además, a menudo contradictorias entre sí. La presente obra se distingue de los trabajos egiptológicos habituales por un loable deseo de comprensión doctrinal, que está generalmente ausente de éstos, y también por la gran importancia que muy justamente se le da al simbolismo, que los "oficiales" por su parte, tienden más bien a negar o a ignorar pura y simplemente; pero ¿ello quiere decir que los puntos de vista ahí expuestos sean menos hipotéticos que los otros? Nos permitimos dudarlo un poco, sobre todo viendo que están inspiradas por una especie de idea preconcebida de hallar un paralelismo constante entre las tradiciones egipcia y hebrea, cuando, si bien está claro que el fondo es esencialmente el mismo en todas partes, nada prueba que las dos formas de que se trata, hayan estado verdaderamente tan cercanas una de otra, y la filiación directa que el autor parece suponer entre ellas, que el título mismo probablemente quiere sugerir, es más que discutible. De ello resultan asimilaciones más o menos forzadas, y, por ejemplo, nos preguntamos si está muy seguro de que la doctrina egipcia consideró la manifestación universal en el aspecto de "creación", que parece tan exclusivamente especial de la tradición hebraica y a las que con ella están vinculadas; los testimonios de los antiguos, que debían de saber mejor que nosotros a qué atenerse, no lo indican en modo alguno; y, sobre este punto, nuestra desconfianza va en aumento cuando observamos que al mismo principio se le califica unas veces de "Creador", otras simplemente de "Demiurgo"; Entre estos dos papeles evidentemente incompatibles, por lo menos habría que escoger... Por otro lado, indudablemente, las consideraciones lingüísticas requieren también muchas reservas, pues está claro que la lengua en que se expresaba la tradición egipcia no la conocemos más seguramente de lo que conocemos a la tradición misma; y hay que añadir además que visiblemente ciertas interpretaciones están demasiado influidas por concepciones ocultistas. A pesar de todo, ello no quita para que en este volumen, cuya primera parte está dedicada al Universo y la segunda al Hombre, haya un número bastante elevado de observaciones dignas de interés, una parte de las cuales mucho mejor aún que por referencias bíblicas, podría confirmarse por comparaciones con los tradiciones orientales, que el autor, por desgracia, parece ignorar casi por completo. Naturalmente, no podemos entrar aquí en detalles; para dar un ejemplo, señalaremos tan sólo, en este orden de ideas, lo que concierne a la constelación del Anca, designación de la Osa Mayor, y la expresión "Cabeza del Anca" que se aplica al Polo; podrían hacerse curiosas asociaciones a este respecto. Mencionemos, por último la opinión del autor sobre la Gran Pirámide, en la cual, a un tiempo ve un "templo solar" y un monumento destinado a "inmortalizar el conocimiento de las leyes del Universo", esta suposición es por lo menos tan plausible como muchas otras hechas al respecto; pero, en cuanto a decir que "el simbolismo oculto de las Escrituras hebraica y cristiana se refieren directamente a los hechos que acontecieron en el transcurso de la construcción de la Gran Pirámide", ¡nos parece que es esta una aserción que carece demasiado de verosimilitud en todos los aspectos!

Publicada en *Etudes Traditionnelles*, noviembre de 1936. Recopilada en *Formes traditionnelles.*.

*****

Paul Brunton. ***A Search in secret Egypt (*).*** (Rider and Co. London). El autor, habiendo publicado precedentemente *A Search in secret India (**),* de la cual hemos dado cuenta en su momento, ha querido escribir un libro semejante sobre Egipto; pero debemos decir francamente que este nuevo volumen es sensiblemente inferior al otro, y que la tendencia “periodística” que

habíamos ya subrayado en ciertas partes de éste está mucho más molestamente acentuada. Como casi todos los extranjeros, se ha interesado visiblemente más en el Egipto antiguo que en el Egipto actual; y verdaderamente, los contactos que ha tenido con éste último no han sido de los más felices. Así, podrá sorprender el lugar que concede a los "fenómenos" producidos por el "fakir" Tahra Bey, demasiado conocido por sus exhibiciones en los *music-halls* de Europa y de América; ello no está apenas en armonía con el título del libro... hay también un capítulo dedicado a un "mago" que no es nombrado, pero que no hemos tenido ninguna dificultad en identificar, y que, a pesar de sus extraordinarias pretensiones (*Es-sâher min janbi' Llah...),* no es en suma más que un charlatán bastante hábil. En otro capítulo aún, es cuestión de un hipnotizador operando por los métodos más vulgarmente occidentales; es, por lo demás, a pesar de ello, un israelita auténticamente egipcio, aunque el autor, por una equivocación bastante divertida, lo haya tomado por un francés, creyendo incluso reconocer en él "la manera animada de hablar de su raza"...¡según la idea convencional que de ello se hacen los ingleses! Lo que se relaciona con los encantadores de serpientes es quizá más interesante, bien que tales hechos, a decir verdad, sean de un orden totalmente corriente, y que sea verdaderamente excesivo querer sacar de ello consideraciones sobre la supervivencia posible del pretendido "culto de la serpiente"... si pasamos a lo que concierne al Egipto antiguo, no podemos evitar el encontrar que las visiones y los sueños tienen ahí demasiada importancia; eso no era sin embargo necesario para tener, por ejemplo, la idea de un origen antediluviano y "atlante" de la Esfinge y de las Pirámides, pues nos parece que tal idea ha sido ya expresada en bastantes libros. El autor ha querido pasar solo una noche en el interior de la Gran Pirámide y, también allí, ha tenido una visión relacionada con la iniciación; pero, sin duda por un efecto de sus estudios anteriores, ésta ha tomado una forma que recuerda un poco demasiado el "desdoblamiento astral" caro a los ocultistas; que la Gran Pirámide haya podido ser un lugar de iniciación, no lo contradiremos ciertamente, tanto más cuanto que esta hipótesis es al menos más verosímil que cierto número de otras, que el autor critica por lo demás con mucho buen sentido (comprendido ahí, lo que es bastante más meritorio por parte de un inglés, la teoría "profética" sobre la cual tendremos que volver a propósito de otro libro); pero, incluso si la cosa estuviera probada, no habríamos avanzado más en cuanto al conocimiento de las modalidades particulares de la iniciación egipcia, y las alusiones de los autores antiguos son ciertamente muy insuficientes para que podamos hacernos una idea aunque fuese poca precisa. –Al final del volumen, el autor cuenta su encuentro con un "adepto" (?), cuyos discursos sobre el peligro de ciertas excavaciones en las tumbas antiguas nada tienen de particularmente "trascendente"; no queremos ciertamente poner en duda su buena fe, pero nos preguntamos si no habría sido todo simplemente mistificado...

(*). *El Egipto secreto,* Kier, Buenos Aires

(**). *La India secreta*, Kier, Buenos Aires.

En *Etudes Traditionnelles*, noviembre de 1936. Recopilado en *Le Théosophisme.*

*****

**Georges Barbarin*. Le Secret de la Grande Pyramide ou la Fin du Monde adamique*. (Editions Adyar, Paris). –Que hay un "secreto" de la Gran Pirámide, sea que haya sido un lugar de iniciación, como decíamos antes, sea que, por su orientación y sus proporciones, represente

como un resumen de ciertas ciencias tradicionales, sea incluso que las dos cosas sean ciertas al mismo tiempo, ello es muy probable, tanto más cuanto que ciertas tradiciones más o menos deformadas, pero cuyo origen se remonta sin duda muy lejos, parecen aludir a ello: pero que los modernos hayan reencontrado ese "secreto", es lo que parece mucho más dudoso. Se ha escrito mucho al respecto, y especialmente sobre las medidas de la Pirámide; ciertas comprobaciones geométricas, geodésicas, astronómicas, parecen muy evidentes y no carecen de interés, pero son en suma bien fragmentarias, y, junto a ello, se ha hecho también mucha fantasía; por lo demás, ¿se puede saber con seguridad lo que era la unidad de medida empleada por los antiguos Egipcios? El autor de este libro da primero una ojeada de todos esos trabajos, comprendidas las hipótesis más extravagantes, como la que quiere descubrir una carta de las fuentes del Nilo en la disposición interior de la Pirámide, y aquella según la cual el "Libro de los Muertos" no sería otra cosa que una explicación de esta misma disposición; no podemos, por otro lado, ser de su opinión cuando dice que los conocimientos geográficos y otros de los que se encuentra ahí el testimonio "no son sino una expresión de la ciencia humana y nada más", pues ello prueba que ignora la verdadera naturaleza de las ciencias tradicionales y que las confunde con las ciencias profanas... Pero dejemos eso, pues no es en suma el objeto principal de este volumen: aquello de lo que se trata es aquí sobre todo, y que es de un carácter más bien fantástico, son las "profecías" que se han querido descubrir midiendo, de modo además que no carece de arbitrariedad, las diferentes partes de los corredores y de las cámaras de la Pirámide, para hacer corresponder los números así obtenidos con períodos y con fechas de la historia. Desde hace mucho tiempo ya, se ha hecho alrededor de estas teorías, sobre todo en Inglaterra, una extraordinaria propaganda cuyas intenciones parecen sobre todo sospechosas y que no deben ser enteramente desinteresadas; ciertas pretensiones concernientes a la descendencia de las "tribus perdidas de Israel" y otras cosas de este género, sobre las cuales el autor pasa más bien rápidamente, no son probablemente de todo punto extrañas a ese asunto... Como quiera que sea, hay en todo ello una absurdidad que es tan manifiesta que nos sorprendemos de que nadie parezca haberla percibido; en efecto, suponiendo que los constructores de la Pirámide hayan realmente incluido "profecías", dos cosas serían plausibles: o dichas "profecías", que debían estar basadas sobre cierto conocimiento de las "leyes cíclicas", se relacionan con la historia general del mundo y de la humanidad, o han sido adaptadas de manera que conciernan más especialmente a Egipto; pero no es ni una cosa ni otra, puesto que todo lo que ahí se puede encontrar es reconducido exclusivamente, al punto de vista del Judaísmo primero y del Cristianismo después, de suerte que habría que concluir lógicamente de ahí que la Pirámide no es un monumento egipcio ¡sino un monumento judeo-cristiano! Aún conviene añadir que todo es concebido según una pretendida "cronología" bíblica conforme al "literalismo" más estrecho y, digámoslo, más protestante; habría todavía muchas otras observaciones curiosas que hacer: asó, desde el comienzo de la era cristiana, no se habría encontrado ninguna fecha interesante a señalar antes de... la de los primeros ferrocarriles; hay que creer que esos antiguos constructores tenían una perspectiva muy moderna en su apreciación de la importancia de los eventos: ése es el elemento grotesco que, como decimos en otra parte, nunca falta en esta clase de cosas, y por el cual se delata su verdadero origen... ahora, he aquí lo que hay quizá de más inquietante en todo este asunto: la fecha del 15-16 de septiembre de 1936 es indicada, con sorprendente precisión, como debiendo marcar la entrada de la humanidad en una era nueva y "el advenimiento de una renovación espiritual"; de hecho, no parece que nada particularmente destacable se hay producido en esta fecha pero ¿qué es lo que se quiere decir en realidad? El autor evoca al respecto numerosas predicciones más o menos concordantes, y de las cuales la mayor parte son muy sospechosas también, sea en sí mismas, sea sobre todo por el uso que quieren hacer de ellas quienes las difunden; hay ahí demasiado para que se trate de una simple "coincidencia", pero, por nuestra parte, sólo sacamos una conclusión: y es que ciertas gentes buscan actualmente crear por este medio un "estado de espíritu" favorable a la realización próxima de "algo" que entra en sus designios; y, como se podría deducir sin dificultad, ¡no somos ciertamente de los que desean el éxito de esta empresa "pseudo espiritual"!

En *Etudes Traditionnelles*, noviembre de 1936. Recopilado en *Le Théosophisme.*

*****

Enel: *A Message from the Sphinx*. (Rider and Co, London). -Las reservas que formulamos el año pasado, con respecto al carácter puramente hipotético de todo intento de reconstitución e interpretación de la antigua tradición egipcia, acerca de otra obra del mismo autor, podrían aplicarse igualmente a ésta, en cuya primera parte volvemos a encontrar, expuestas más brevemente, algunas de sus ideas. El libro comienza por un estudio de la escritura jeroglífica, que se fundamenta en principios perfectamente cabales y además bastante conocidos por lo general, en lo que concierne a la pluralidad de sentidos de dicha escritura; pero, cuando se la quiere aplicar y entrar en detalle, ¿cómo estar bien seguros de que no se la mezcla con mayor o menor fantasía? Señalemos también que el término "ideográfico" no se aplica, como aquí dice, a la representación de objetos sensibles, y que, cuando se trata de escritura, es en suma sinónimo de "simbólico"; y hay otras muchas impropiedades de lenguaje no menos lamentables: así, es muy cierto que la doctrina egipcia, en el fondo, tenía que ser "monoteísta", pues toda doctrina tradicional sin excepción lo es esencialmente, en el sentido de que no puede dejar de afirmar la unidad *principial*; pero, si bien la palabra "monoteísmo" presenta así un significado aceptable, incluso fuera de las formas específicamente religiosas, ¿hay derecho, por otra parte, a llamar "panteísmo" a aquello que todo el mundo ha convenido en llamar "politeísmo"? Otra equivocación más grave es la que concierne a la magia, que el autor confunde visiblemente en no pocos casos con la teúrgia (confusión que equivale en suma a la de lo psíquico y lo espiritual), pues la ve en todas partes en que se trata del "poder del verbo", lo que le lleva a creer que hubo de desempeñar un papel capital en el principio mismo, cuando por el contrario su predominio, como hemos explicado a menudo, no pudo ser, ni en Egipto ni en ninguna parte, sino cosa de degeneración más o menos tardía. Señalemos también, antes de seguir adelante, una concesión bastante desafortunada a las teorías "evolucionistas" modernas: si los hombres de aquellas antiguas épocas hubiesen tenido la mentalidad tosca o rudimentaria que les atribuyen, ¿dónde hubieran podido encontrarse aquellos "iniciados" en quienes, por aquella misma época, se advierte justamente lo contrario? Entre el "evolucionismo" antitradicional y la aceptación de los datos tradicionales, hay que escoger necesariamente, y todo junto no puede conducir sino a insolubles contradicciones.

La segunda parte está dedicada a la Kábala lo cual podría sorprender, de no conocer las ideas del autor a este respecto: para él, en efecto, la tradición salió directamente de la tradición egipcia, "son como dos eslabones consecutivos de una misma cadena". Hemos dicho ya lo que de ello pensamos, pero precisaremos un poco más: el autor tiene razón indudablemente al admitir que la tradición egipcia se derivó de la Atlántida (que, por lo demás, y podemos afirmarlo más claramente de lo que él lo hace, no por ello fue sede de la tradición primordial) pero no fue la única, y lo mismo parece ser cierto particularmente de la tradición caldea; la enseñanza árabe sobre los "tres Hermes", de la que hemos hablado en otra ocasión, indica con bastante claridad ese parentesco; pero si la fuente principal es así la misma, la diferencia de estas formas probablemente la determinó sobre todo el encuentro con otras corrientes, una que venía del Sur para Egipto, y otra del Norte para Caldea. Ahora bien, la tradición hebrea es esencialmente "abrahámica", luego de origen caldeo; la "readaptación" realizada por Moisés pudo sin duda, a consecuencia de las circunstancias de lugar, valerse accesoriamente de elementos egipcios, sobre todo en lo que concierne a algunas ciencias tradicionales más o menos secundarias; pero en modo alguno puede haber tenido por resultado el hacer salir a dicha tradición de su linaje propio para transportarla a otro linaje extraño al pueblo al que estaba expresamente destinada y en cuya lengua había de ser formulada. Además, desde el momento que se reconoce la

comunidad de origen y fondo de todas las doctrinas tradicionales, la observación de ciertas semejanzas no implica de modo alguno la existencia de una filiación directa: así ocurre, por ejemplo, con relaciones como las que el autor quiere establecer entre las *Sefirot* y la "Enéada" egipcia, admitiendo que estén justificadas; y, en última instancia, aun si se estima que se trata de semejanzas que se refieren a puntos demasiado particulares para remontarse a la tradición primordial, el parentesco de las tradiciones egipcia y caldea bastaría en todo caso sobradamente para dar cuenta de ellas. En cuanto a pretender que la escritura hebraica primitiva se sacó de los jeroglíficos, es una hipótesis del todo gratuita, ya que, de hecho, nadie sabe exactamente qué era aquella escritura; todos los indicios que pueden encontrarse a este respecto tienden, con mucho, a hacer pensar más bien lo contrario; y, además, no se ve en absoluto cómo la asociación de los números con las letras, esencial en lo que al hebreo atañe, hubiera podido tomarse del sistema jeroglífico. Por lo demás las estrechas semejanzas que hay entre hebreo y árabe, y a las que no se alude aquí mínimamente, también contradicen manifiestamente esta hipótesis, pues a pesar de todo, ¡sería muy difícil de sostener seriamente que también la tradición árabe tuvo que salir de Egipto! Pasaremos rápidamente sobre la tercera parte, en la que se encuentran en primer lugar opiniones sobre el arte que, si bien a pesar de todo contienen cosas justas, no dejan por ello de partir de una afirmación más que discutible; no es posible decir, al menos sin precisar más, que "no hay más que un arte", pues es evidentísimo que la unidad de fondo, o sea, de las ideas expresadas simbólicamente, no excluye de ningún modo la multiplicidad de formas. En los capítulos siguientes, el autor da una idea, no de las ciencias tradicionales como hubiera sido de desear, sino de los pocos restos más o menos deformados que de ellas han subsistido hasta nuestra época, sobre todo en el aspecto "adivinatorio"; la influencia que sobre él ejercen las concepciones "ocultistas" se muestra aquí de forma particularmente lamentable. Agreguemos además que es totalmente inexacto decir que algunas de las ciencias enseñadas en los templos antiguos equivalían pura y simplemente a las ciencias modernas y "universitarias"; en realidad, incluso allí donde puede haber una aparente semejanza de objeto, el punto de vista no deja por ello de ser totalmente diferente, y hay siempre un verdadero abismo entre las ciencias tradicionales y las profanas. Finalmente, no podemos dispensarnos de señalar algunos errores de detalle, pues los hay realmente asombrosos: así, la imagen bien conocida del "batir el mar" se hace pasar por la de cierto "dios Samudra Mutu (*sic*). Pero tal vez esto sea más excusable que los errores que conciernen a cosas que debieran serle al autor más familiares que la tradición hindú, especialmente la lengua hebraica. No hablamos de lo que sólo es asunto de transcripción, aunque esta se encuentra tremendamente "descuidada"; pero ¿cómo puede llamarse contantemente *Ain Bekar* lo que en realidad es *Aiq Bekar* (sistema criptográfico tan conocido en árabe como en hebreo, en el que podría verse el prototipo de los alfabetos masónicos), confundir además, en cuanto a sus valores numéricos, la forma final de la *kaf* con la de la *nûn,* e incluso mencionar por añadidura un "*samek* final" que nunca ha existido y no es otra cosa que una *mem*? ¿cómo puede asegurarse que los traductores del Génesis han vertido *thehôm* por las "aguas", en un lugar en el que la "*Ain Sof* significa literalmente el Antiguo de los Años", cuando la traducción estrictamente literal de esta palabra es "sin límite"? *letsirah* es "Formación" y no "Creación" (que se dice *Beriah*); Zohar no significa "Carro celestial" (confusión evidente con la *Merkabah*), sino "Esplendor"; y el autor parece ignorar completamente lo que es el *Talmud*, siendo así que lo considera formado del *Notarikon*, la *Temurah* y la *Gematria,* que además no son "libros" como dice él, ¡sino métodos de interpretación cabalística! Nos detendremos aquí; pero será conveniente que semejantes errores no empujen a aceptar a ciegas las afirmaciones del autor sobre extremos tan difíciles de verificar, ni conceder confianza sin reservas a sus teorías egiptológicas...

Publicada en *Etudes Traditionnelles*, noviembre de 1937. Recopilada en *Formes Traditionnelles et Cycles cosmiques.*.

*****

Noël de la Houssaye: *Le Phoenix, poéme symbolique*. (Editions du Trident, París).

No tenemos autoridad para apreciar un poema como tal, pero, desde el punto de vista simbólico, éste nos parece menos claro de lo que habría sido de desear, y ni siquiera el carácter esencialmente "cíclico" y "solar" del mito del Fénix se desprende claramente; en cuanto al símbolo del huevo, reconocemos no haber logrado entender de qué manera está enfocado; la inspiración del conjunto, pese al título, da la impresión de ser mas filosófica" que simbólica. Por otra parte, el autor parece creer seriamente en la existencia de cierta organización denominada "Hermanos de Heliópolis" y en sus relaciones con una tradición egipcia; suele haber, en Europa, quien se hace bien curiosas ilusiones sobre Egipto... Por lo demás, ¿está muy seguro de que sea a Heliópolis de Egipto a la que primitivamente se asoció el Fénix? Hubo también una Heliópolis en Siria, y si se advierte que Siria no siempre fue únicamente el país que aún hoy lleva este nombre, esto puede acercarnos mas a los orígenes; la verdad, en efecto, es que estas diversas "Ciudades del Sol" de una época relativamente reciente nunca fueron sino imágenes secundarias de la "Tierra solar" hiperbórea, y que así, más allá de todas las formas derivadas que "históricamente" se conocen, el simbolismo del Fénix se encuentra directamente ligado a la Tradición primordial misma.

En “Etudes Traditionnelles”, enero de 1945. Recopilado en *Formes traditionnelles.*

*****

Robert Pouyaud, *Sous le signe de la Spirale: Vézelay, centre initiatique.* (Imprimerie Maurice Laballery, Clamecy.). -Este folleto contiene muchas consideraciones interesantes sobre la arquitectura de la Edad Media y sobre su carácter simbólico y esotérico; pero la admiración demasiado exclusiva del autor por el estilo románico lo hace demasiado injusto con relación a la catedral ojival, donde no quiere ver más que ¡"una expresión filosófica tendente hacia fines humanistas y reflejando el mundo profano"! Es cierto que el paso del románico al gótico debió corresponder a un cambio de condiciones que necesitaba una "readaptación", pero ésta se operó conforme a los principios tradicionales; la desviación no vino sino mucho más tarde, y coincidió precisamente con la decadencia del gótico. En ciertas partes relativas a cuestiones más especiales, especialmente al simbolismo numérico y astrológico, parece que el autor haya querido meter demasiadas cosas que no le era posible desarrollar en tan pocas páginas, lo que da una impresión un poco confusa, hay también algunos errores de detalle: por ejemplo, la Esfinge alada es quizá griega, pero no tiene ciertamente nada en común con la tradición egipcia, donde la Esfinge jamás ha comportado otros elementos que una cabeza humana y un cuerpo de león; en cuanto a suponer la existencia de siete vocales ¿(en qué lengua)? Para hacerlas corresponder a los siete planetas, ello tiene el sabor de una fantasía muy moderna... Por lo que concierne más propiamente a Vézelay, sólo hay que lamentar que lo que se dice no establece de ningún modo que haya habido allá un centro iniciático, incluso secundario, pues las razones invocadas serían igualmente válidas para no importa qué otra iglesia de la misma época; habría hecho falta poder probar que fue la sede efectiva de una organización iniciática, y esta cuestión esencial no es incluso presentada aquí. No basta por otra parte hablar de los monjes

benedictinos como "autores de la basílica de Vézelay", lo que es muy contestable, sobre todo en cuanto al esoterismo que ahí fue incluido, más precisamente, si algunos de entre ellos participaron, no fue en tanto que monjes, sino en tanto que iniciados en el arte de los constructores, lo que, sin ser de ningún modo incompatible, es algo muy diferente. Añadamos, desde otro punto de vista, que es lamentable que el texto no esté acompañado por algunas ilustraciones, sin las cuales ciertas descripciones son verdaderamente bastante difíciles de seguir, sobre todo para los que no conocen Vézelay.

Etudes Traditionnelles, enero-febrero de 1945. Recopilado en *Comptes Rendus.*

*****

Robert Ambelain, *Dans l´ombre des Cathédrales*. (Editions Adyar, Paris). -Este libro porta un subtítulo bastante ambicioso: "Estudio sobre el esoterismo arquitectónico y decorativo de Notre-Dame de París en sus relaciones con el simbolismo hermético, las doctrinas secretas, la astrología, la magia y la alquimia", pero debemos decir enseguida que todo ello apenas está justificado por el contenido, pues, de hecho, pues casi únicamente de magia se trata en su interior, o al menos, todos los temas que son abordados son conducidos, por apriorismo en cierto modo, a lo que podría denominarse la perspectiva mágica. Sin embargo, se habla frecuentemente de esoterismo e incluso de iniciación; pero es que ésta es confundida ella misma con la magia, con la cual sin embargo nada tiene que ver en realidad; nos hemos ya explicado suficientemente sobre esta confusión, en otras ocasiones, par que nuestros lectores sepan lo que conviene pensar de ello, pero no será inútil insistir un poco sobre lo que la vuelve aquí más particularmente peligrosa. En efecto, el punto de vista en el cual se coloca el autor no le pertenece enteramente como propio, se encuentran ahí (y sin duda la dedicatoria del libro "a la memoria de Fulcanelli" es un indicio bastante significativo a este respecto) huellas de cierta iniciación que se puede decir "desviada" y de la cual conocemos por otra parte ejemplos bastante numerosos, desde el Renacimiento hasta nuestra época. Precisemos que se trata en principio de una iniciación de Chatrias (o de lo que a eso corresponde en el mundo occidental), pero degenerada por la pérdida completa de lo que constituía la porción superior, hasta el punto de haber perdido todo contacto con el orden espiritual, lo que torna posibles todas las "infiltraciones" de influencias más o menos sospechosas. Ni que decir tiene que una de las primeras consecuencias de esta degeneración es un "naturalismo" impulsado tan lejos como se pueda imaginar, y hay que relacionar con esto las afirmaciones "dualistas" como anotamos en varias ocasiones en ésta obra, donde se llega hasta pretender que "los cuatro principios esenciales de la Iniciación" son "la existencia de dos fuerzas contrarias, de dos polos opuestos, y de sus dos resultados"(p. 256); si la unidad principial no es absolutamente negada, al menos no se la considera sino como una simple posibilidad de la cual no ha lugar a ocuparse más, lo que es en suma la expresión de una actitud netamente "agnóstica" con relación a todo lo que depende del dominio metafísico. Otra consecuencia es el "luciferismo", que se vuelve posible por ese dualismo mismo, y por otra parte inherente en cierto modo a lo que se puede llamar la "rebelión de los Chatrias"; desde este punto de vista, anotaremos en particular la importancia que es dada aquí a cierta versión de la leyenda de Hiram, cuya "fuente" se encuentra en Gerard de Nerval: que no sea debida más que a la fantasía de éste, o que esté basada. Como él dice, sobre algún relato que haya oído realmente(y, en tal caso, pertenecería verosímilmente a alguna de las sectas heterodoxas del Oriente Próximo), no tiene en todo caso nada en común con la auténtica leyenda de Hiram de la Masonería, y tiene, por añadidura, la suerte más bien enojosa de haber devenido uno de los "tópicos" del antimasonismo, que se ha apoderado de ella con intenciones evidentemente muy otras que las que hacen utilizarla aquí, pero para arribar en

definitiva al mismo resultado, es decir, dejando aparte toda cuestión de apreciación, a atribuir a la iniciación un carácter "luciferino". Señalemos también, desde el mismo punto de vista, una especie de obsesión por el color verde, que es dado por una parte P. 35) como el "color luciferino"(probablemente porque es el color de Venus, que los Latinos denominaban *Lucifer* en tanto que "estrella de la mañana") y por otra parte (p. 81) como "el color de la Iniciación", aproximación de la que es fácil sacar las consecuencias; el esfuerzo que se hace para dar un sentido especial a este color por todas partes donde se encuentra se relaciona además con diversas historias muy extrañas de las que hemos tenido que ocuparnos hace algunos años... ¿Y no se llega hasta a afirmar, con gran apariencia de seriedad, que las letras X y P del Labarum de Constantino deben toda su importancia a que ellas son "los dos pilares de la palabra *chlôros,* que significa "verde" en griego"(p.73)? Esto nos lleva a otro rasgo característico de aquello de lo cual se inspira nuestro autor: es el empleo del procedimiento denominado "Cábala hermética"(parece que en este caso hay que escribir "Cábala", para distinguirla de la Kábala de los Hebreos), o aun "Cábala fonética", ¡que habría dado su nombre a la "Cabalería ", dicho de otro modo a la "Caballería"! Se recordará sin duda que hemos tenido frecuentemente que destacar el abuso de esas aproximaciones verbales entre ciertos escritores demasiado imaginativos, y por otra parte bastante inconscientes de aquello a lo que pueden servir cuando son manejados por gentes más "advertidas", pero lo que importa sobre todo, es que esos "juegos de palabras" no son otra cosa que la deformación y como la caricatura de un procedimiento tradicional de interpretación fundado sobre un simbolismo fonético real, y que se emparenta con el *nirukta* hindú, por lo demás de un modo más general, ciertas verdades que subsisten a pesar de todo ello son ellas mismas presentadas de una manera que las desnaturaliza enteramente, y a veces hasta invertir la significación legítima... como quiera que sea, hay, según parece, grandes consecuencias que sacar del hecho de que el "argot" es llamado también "lengua verde" y que es fonéticamente el "art goth", es decir, no solamente el "arte gótico" de las catedrales, sino aún el "arte goético" (p. 53), al cual volveremos ahora. En efecto, no es simplemente de magia de lo que aquí se trata, sino más propiamente de "magia negra"; el autor ¿no declara él mismo que "toda magia práctica es y no puede ser más que satánica" (¡y él precisa que la entiende en el sentido de que pertenece al dominio del *Seth* egipcio, el cual es, no lo olvidemos, el "dios con cabeza de asno"!) y que "todas las obras mágicas, por altruistas que parezcan, son del dominio de lo que el profano clasifica con el vocablo de "magia negra"(p. 147)? Es cierto que él se esfuerza por otra parte por explicar esas declaraciones de una manera que atenúa su alcance, pero donde hay, voluntariamente o no, mucha confusión; en todo caso, lo que hay de cierto, es que, para él, "el mago de todos los tiempos se ha vestido de negro" y no ha hecho uso más que de accesorios igualmente negros, lo que nos pare ce por otra parte falso históricamente, pero no es por ello menos significativo. Bien entendido que el color negro tiene un sentido metafísico que hemos expuesto nosotros mismos, y que es totalmente diferente del sentido "siniestro" que tiene más ordinariamente.; pero, como este sentido superior está sin duda muy alejado del dominio donde se ejerce la actividad del mago, no podría tratarse de eso aquí; y la manera misma con la cual el autor quiere cambiar la significación reconocida tradicionalmente a ciertas nociones como la del "Sol negro" o del "Satélite sombrío" es también sospechosa... La justificación del empleo de cirios negros (pp. 224-225) no es apenas más feliz; en nuestros recuerdos(recuerdos que se remontan por otra parte bastante lejos, pues ello debe de datar de hace cerca de cuarenta años), tales cirios negros se ligan más particularmente a una historia concerniente a cierto grupo del cual se trata precisamente en otro lugar(p. 243), y al que se quiere defender de la acusación de "satanismo" diciendo que "es simplemente, una sociedad secreta ocultista, ninguna otra cosa"; pero, en nuestra época, ¿no hay muchos grupos más o menos conscientemente "satanistas" que en efecto no son otra cosa que eso? Podríamos incluso, de ese género, citar al menos uno que reivindicaba expresamente su carácter satanista y una alusión que hemos encontrado en alguna parte en ese libro nos ha mostrado que no era desconocido del autor; pero entonces ¿ a qué puede tender esta protesta, que dirige además sus esfuerzos a hacer tomar a tales grupos ocultistas por "círculos iniciáticos serios", lo que es verdaderamente irrisorio? Nos hace falta por otra parte precisar aún que no pretendemos confundir "luciferismo" y "satanismo", siendo dos cosas distintas, pero, del uno al otro se arriesga efectuar el paso casi insensiblemente, así como una desviación impulsada cada vez más lejos termina naturalmente por desembocar en una inversión completa del orden normal; y no es culpa nuestra si, en el caso que nos ocupa, todo

esté embrollado hasta tal punto que no se sabe nunca exactamente a que atenerse... Las aplicaciones que se hacen del "dualismo" están bien lejos de ser coherentes: así, la iniciación, asimilada a la magia como hemos dicho, es opuesta a la religión, lo que no impide a los ritos religiosos ser a continuación, por una confusión inversa, identificados a los ritos mágicos; y, por otra parte, el Judaísmo y el Cristianismo, que incontestablemente dependen los dos de la religión, son sin embargo opuestos también el uno al otro; ¿a qué "polos" pueden corresponder respectivamente los dos términos de esas diferentes oposiciones? No se ve netamente, tanto más que, si el Cristianismo es interpretado en un sentido"naaseno" (pp. 256-257), el Dios de Moisés, por su lado, es identificado al "Espíritu de la Tierra" (pp. 204-205), sin hablar de la insinuación más que equívoca según la cual, en la lucha de Moisés contra los magos del Faraón (p. 37), ¡podría muy bien ser Moisés quien habría desempeñado la función de "mago negro"! Sería sin duda bien difícil desembrollar este caos, pero por otra parte ello no es de ningún modo necesario para darse cuenta de que las prácticas descritas en este libro, y sin que el lector sea nunca puesto en guardia como lo exigiría al menos la más elemental prudencia, y que algunas de entre ellas proceden incluso sobre todo de la brujería más que de otra cosa. Acerca de los peligros de que se trata, mencionaremos particularmente la manera como son consideradas las prácticas adivinatorias, que serían "casi siempre prácticas evocatorias" (p.112), lo que apenas se parece a las antiguas ciencias tradicionales de las que ellas no son en realidad más que briznas incomprendidas, pero lo que tiene por consecuencia lógica que, "cuando se efectúa una tentativa adivinatoria, uno se pone necesariamente en estado de receptividad, de pasividad completa"(p. 273); es demasiado fácil comprender cuáles pueden ser los funestos resultados de semejante manera de operar. El autor manifiesta una predilección muy marcada por la geomancia, que él compara bastante desgraciadamente con la "escritura automática" de los espiritistas, y que parece ser para él un medio de comunicar con el "Espíritu de la Tierra"; se hace de ella por otra parte una concepción muy especial (p. 98), que, como quiera que se diga, no procede sino de la "magia ceremonial" la más típicamente occidental, pues no es ciertamente en Oriente donde se ha sentido la necesidad de librarse a tantos fingimientos, si así puede decirse, para practicar la geomancia... Añadamos aún que, si se rechaza a veces, por razones más o menos oscuras, ver el diablo allá donde está, sucede también, por el contrario, verlo allí donde no está: "Maestro Pierre de Coignet"(pp. 241-242), que se veía antaño en un ángulo de la galería de Notre-Dame, no era una figura del diablo, sino muy simplemente una caricatura de Pierre de Cuignères, abogado general del Parlamento bajo Felipe de Valois, execrado por el clero de su tiempo por haber, en una asamblea tenida en 1329, combatido la extensión que había tomado por aquel entonces la jurisdicción de los Tribunales eclesiásticos (ver *Mémoires sur les Libertés de l´Eglise gallicane* , Amsterdam, 1755, pp. 245-248); es decir, que no es ciertamente el clero el que, en el siglo XVII, tenía interés en hacer desaparecer como se pretende, más bien al contrario, a los partidarios de la supremacía del poder civil, que podían sentirse alcanzados por esta injuria permanente a la memoria de su lejano predecesor. Hay pues ahí una equivocación bastante grosera, y es una verdadera lástima, pues servía maravillosamente para las intenciones del autor: "Pierre du Coignet", es la "piedra de la esquina" o la "piedra del ángulo" y él escribe por otra parte que el diablo "es verdaderamente la base y la piedra de ángulo de toda la teología" de la Iglesia Católica (p. 56), lo que es, se convendrá en ello, una singular manera de interpretar el simbolismo de la piedra angular; y he aquí un ejemplo bastante instructivo de aquello a lo que puede llevar los abusos de la sedicente "Cábala hermética"! hay también, es preciso decirlo, otros errores cuya razón de ser no aparece tan claramente: así, Valentín Andreae se da como el "seudónimo" de un "autor alemán anónimo" (p. 24), mientras que es el verdadero nombre de un hombre cuya vida y obra son bien conocidas; el grado masónico de Caballero Rosa-Cruz es el séptimo y último del Rito francés, y no "el octavo" (p. 25), el cual no ha existido jamás; es Platón y no Pitágoras (p. 61), quien había hecho inscribir en el frontón de su escuela las palabras: "Que nadie entre aquí si no es geómetra"; por otro lado, la fiesta de San Juan Bautista es relacionada con San Juan Evangelista (p.168), y se pretende incluso sacar de ahí todavía algunas consecuencias no desdeñables... al lado de estos errores que se pueden denominar históricos, hay errores lingüísticos que no son menos curiosos: por ejemplo *rekabim,* que es además una palabra en plural (pero el plural de las palabras hebraicas es constantemente tomado aquí como un singular), nunca ha significado "bastón" (p.11); *emeth,* no significa "vida" (p. 124), sino "verdad", y *nefesh* está muy lejos de designar al "espíritu puro" (p.153), el *heth* es tomado en

varias ocasiones por un *hé,* lo que falsea enteramente el análisis jeroglífico de las palabras en donde entra, así como todas las deducciones que de ello se siguen. El hebreo, por lo demás no es la única lengua así maltratada, pasaremos sobre las numerosas palabras deformadas que se podrían en rigor imputar a los impresores, bien que eso sea un poco difícil cuando vuelven invariablemente bajo la misma forma, pero no hay necesidad de ser gran latinista para saber que "Cristo-Rey", no se dice *Christum Rexus* (p. 283), o todavía que *Omnia ab uno et in unum omnia* no significa "Uno es en todo y Todo en Uno" (p. 21), sino "Todo viene de la Unidad y retorna a la Unidad". Algunos podrían quizá dejarse imponer por las apariencias de una "erudición" bastante considerable a primera vista; pero, como los ejemplos que acabamos de dar lo prueban suficientemente, tales apariencias son bien engañosas... Que no sorprenda que hayamos juzgado bueno extendernos así sobre tal libro y entrar en el detalle como lo hemos hecho, pues es de los que no pueden más que contribuir a aumentar el desorden y la confusión en el espíritu de muchas gentes, y por ello es necesario mostrar tan netamente como es posible lo que hay bajo todo eso. Para concluir, se podría decir, sin que haya ahí ningún "juego de palabras", que la "sombra" de la que se trata en el título debe sin duda ser entendida en su sentido "siniestro" e invertido; ¡y ello es, según parece, un anticipo de lo que nos reserva la famosa "era de Acuario"!

Etudes Traditionnelles, marzo-abril de 1945. Recopilado en *Comptes Rendus.*

*****.

Trésor Hermétique**,** comprendiendo *Le livre d´Images sans paroles (Mutus Liber*) donde todas las operaciones de la filosofía hermética son representadas, reeditado con una introducción por el Dr. Marc Haven, y *Le Traité symbolique de la Pierre philosophale* en 78 figuras por Jean Conrad Batchusen, reeditado por primera vez con una Noticia por Paul Servant, Derain, Lyon). – El título completo, tal como acabamos de transcribir, indica suficientemente cuál es el contenido de este volumen, que se presenta como el primero de una "colección de álbumes esotéricos"; se trata de dos tratados compuestos enteramente de figuras, sin acompañamiento de ningún texto explicativo. No podemos sino recomendar esta reedición a todos los amantes de símbolos herméticos, que ahí encontrarán ampliamente en qué ejercer su sagacidad**.**

Etudes Traditionnelles, mayo de 1945. Recopilado en *Comptes Rendus.*

*****

A. Cockren. *Alchemy Rediscovered and Restored.* (Rider and C., London).- El título de este pequeño volumen es más bien ambicioso, pero, hay que decirlo, el contenido no se corresponde apenas con él; el autor es evidentemente de los que, concibiendo la alquimia como puramente "material", la reducen muy simplemente a no ser más que una especie de química especial, o, si se quiere, de "hiper-química". La primera parte es una suerte de resumen de la historia de la alquimia, interpretada naturalmente en el sentido que acabamos de indicar; las otras dos partes, respectivamente teórica y práctica, contienen una "exposición de la extracción de la semilla de

los metales y de la preparación de elixires medicinales según la práctica del arte hermético y del *alkahest* de los filósofos", o, más bien diríamos nosotros, según la idea que de ello se hace el autor. Lo que hay de más interesante, al menos desde el punto de vista práctico, único que puede ser realmente válido en semejante caso, es incontestablemente la aplicación médica; el principio no es, por lo demás, expresamente indicado, pero es fácil comprender que se trata en suma de tratar las enfermedades de cada órgano con remedios sacados del metal cuya correspondencia astrológica es la misma que la de este órgano; ello puede en efecto dar resultados apreciables, y es evidente que tal medicación, incluso si no puede denominarse propiamente como alquímica, no merecería menos ser experimentada seriamente.

Etudes Traditionnelles, mayo de 1945. Recopilado en *Comptes Rendus.*

*****

Robert Ambelain, *Adam, Dieu rouge.* Editions Niclaus, Paris. -El título de este libro es bastante extraño, y tanto más cuanto que no se encuentra en suma nada que explique o justifique la "divinidad" así atribuida a Adán; pero lo que todavía es quizá más singular es que el capítulo por el que comienza está netamente en contradicción con los siguientes, Este primer capítulo, en efecto, no es más que una exposición de las opiniones más disolventes de la "crítica moderna concerniendo al Génesis, sin la menor reflexión que pudiese hacer suponer al menos que el autor no las adopta enteramente; ahora bien es evidente que esas opiniones implican necesariamente la negación formal de todo esoterismo en la Biblia, mientras que, a continuación, él afirma al contrario la existencia de este esoterismo, cualquiera que sea por otra parte la concepción que de él se hace y la calidad de lo que presente como tal. Podría preguntarse si no hay ahí el efecto de cierto "mimetismo" que permite al autor exponer indiferentemente no importa qué como si se tratara de sus propias ideas; si fuera así, ello probaría en todo caso que no tiene convicciones muy arraigadas... como quiera que sea, el esoterismo que aquí enfoca es sobre todo el que atribuye a los Ofitas; pero, como no se sabe en suma nada muy preciso sobre éstos, no más por otra parte que sobre la mayor parte de las otras sectas denominadas "gnósticas", ello le permite hablar un poco de todo a este respecto: Kábala, hermetismo y muchas otras cosas aún, y también pretender relacionarlos directa o indirectamente con todo lo que, en el mundo judeo-cristiano, se presenta con algún carácter esotérico, desde los Esenios hasta los Rosa-Cruz! No intentaremos ciertamente desembrollar este caos, lo que de él se desprende más claramente, es que en el pensamiento del autor, se trata de una "doctrina luciferina", que concibe aparentemente como un dualismo, pues él afirma especialmente que "la creencia en dos dioses adversos procede de un esoterismo real"; da por otro lado como "luciferinos" a símbolos que no tienen de ningún modo tal carácter. Sería muy difícil adivinar cuales han podido ser exactamente sus intenciones; pero lo menos que se puede decir es que atestigua un gusto muy pronunciado por la heterodoxia, e incluso por las peores formas de ésta, puesto que llega hasta a esforzarse por encontrarlas allá mismo donde no hay de ellas la menor huella. En la última parte, que se dice consagrada a la "doctrina rosacruciana" no hay en realidad nada de específicamente rosacruciano; pero la idea misma de querer establecer un lazo entre el Rosacrucismo y la doctrina "luciferina" nos parece extremadamente sospechoso, así como ciertas reflexiones sobre la Masonería, o la frecuente asociación de las palabras "luciferino" e "iniciático", o tal frase sobre el Islam donde reencontramos esta bizarra obsesión por el color verde que ya hemos tenido ocasión de señalar, den presencia de semejantes cosas no se podría ser sin duda demasiado desconfiado...

Etudes Traditionnelles, octubre-noviembre de 1947. Recopilado en *Comptes Rendus.*

*****

Georges Barbarin. ***L´enigme du Grand Sphinx.*** (Editions Adyar, Paris). –En este nuevo libro, el autor del *Secreto de la Gran Pirámide*, del cual hemos hablado en su momento, vuelve primero sobre ciertas consideraciones que había expuesto en éste; se muestra, por lo demás, más reservado en sus afirmaciones, sin duda porque, en el intervalo, nada notable parece haber pasado en las fechas indicadas, mientras que han sobrevenido acontecimientos importantes a los cuales no corresponde ninguna de éstas. En general, cuando predicciones no se realizan, sus autores o propagadores no quedan muy apurados para encontrar explicaciones al hecho; sin embargo, debemos decir que las que da el Sr. Barbarin nos parecen sobre todo confusas y poco satisfactorias. Si se dice que se trata en realidad de acontecimientos ”interiores” y no “aparentes”, eso vuelve sin duda las cosas más difíciles de controlar, pero al menos haría falta poder encontrar a nuestro alrededor algún indicio de un cambio de orientación espiritual o mental, mientras que nada hay de ello y desde este punto de vista, la humanidad no ha hecho en suma más que proseguir cada vez más rápido su marcha descendente. Por otro lado, está muy bien decir que “la Esfinge no interroga la historia de Israel, ni la de los anglosajones, ni incluso la de los europeos, sino más bien toda la historia humana”; pero entonces ¿por qué continuar haciendo como si fuera de otra manera, emplazándose en una perspectiva muy europea, y hablando de “la humanidad bíblica” como si todo lo que procede de las otras tradiciones fuera cantidad desdeñable? En las partes más nuevas de la obra, hay todavía muchas cosas más que contestables: así, respecto al obelisco de Luxor (el que ha sido transportado a París y levantado sobre la Plaza de la Concordia), parece que algunos lo han atribuido a Nemrod; esta extravagante hipótesis parece seducir al Sr. Barbarin, que se imagina incluso reencontrar en los rasgos de la Esfinge los del mismo Nemrod, a quien considera, por un doble error inexplicable, como “el primer Faraón negro”, por añadidura, si la Esfinge fuera contemporánea de Nemrod, no se ve bien cómo podría remontarse, como se dice por otra parte, ¡al principio del ciclo adámico! En cuanto al enigma mismo de la Esfinge, no creemos que el autor pueda ufanarse de haberlo resuelto, pues lo que dice es muy vago; no se lo reprocharemos, pero lamentamos que al menos no lo haya expresado más claramente. En el fondo, lo que es más interesante en todo eso, como signo de ciertas tendencias actuales, es la obstinación, que está lejos de ser particular a G. Barbarin, en anunciar el advenimiento de una “nueva era espiritual” y la de una “Iglesia interior sin jerarquía y sin teólogos”...

Publicado en *Etudes Traditionnelles*, diciembre de 1947. Recopilado en *Le Théosophisme*.

*****

Jean Chaboseau. *Le Tarot. Essai d´interprétation selon les principes del´hermetisme* (Editions Niclaus, Paris). Este otro libro sobre el Tarot está escrito desde muy distinto punto de vista que el precedente, aunque mucho menos voluminoso, tiene aparentemente mayores pretensiones, a pesar de su modesta calificación de "ensayo"; no contestaremos, por otra parte, que pudiese ser legítimo buscar una interpretación astrológica y aún algunas otras, a condición de no presentar ninguna de ellas como exclusiva; pero esta condición ¿se cumple cuando se considera al hermetismo como "la base propia del simbolismo del Tarot"? Es cierto que haría falta primero entenderse sobre el sentido de las palabras; el autor, nos parece querer extender más de la medida el que atribuye al hermetismo, hasta el punto de englobar ahí casi todo el resto, comprendida incluso la Kábala; y si marca bastante bien la relación y la diferencia del hermetismo y de la alquimia, no es menos cierto que hay una fuerte exageración en pretender, como él lo hace, ¡identificar al primero con el "Conocimiento total"! De hecho, sus comentarios sobre las láminas del Tarot no se limitan además estrictamente al hermetismo, pues, aunque tomándolo como punto de partida, hace parangones bastante numeroso con datos procedentes de muy diversas tradiciones; no seremos ciertamente quien se lo reprochemos, muy lejos de eso, pero quizás no ha verificado suficientemente si todos estaban justificados, y, en la manera como todo eso es presentado, se siente un poco demasiado la persistencia del espíritu "ocultista"; sería bueno, por ejemplo, renunciar a utilizar la figura de Adda-Nari (es decir, Ardha-Narî, combinación andrógina de Shiva y de Parvatî), que no tiene relación con el Tarot más que en la extravagante transformación que le ha hecho sufrir Eliphas Lévi. Las intenciones del autor, no se desprenden por otro lado tan claramente como se podría desear, y especialmente, cuando cita algunos pasajes de nuestros escritos, no estamos muy seguro, según el contexto, que los entienda bien exactamente como nosotros mismos... El Sr. Chaboseau ha intentado también, según algunas otras, "reconstituir" a su manera las figuras del Tarot; es evidente que, en semejante caso, cada uno aporta siempre mucho de sus ideas particulares, y no hay razón para considerar tal de esas "reconstituciones" como valiendo más o menos que otra; pensamos que es mucho más seguro remitirse simplemente a las figuraciones ordinarias, que, si han sido un poco deformadas en el curso el tiempo, tiene sin embargo grandes posibilidades de haber, en su conjunto, guardado más fielmete el simbolismo original. En el fondo, la transmisión del Tarot es algo muy comparable a la del "folklore", incluso si no constituye más que un caso particular de éste, y la conservación de los símbolos es cuidada de la misma manera; en tal dominio, toda innovación debida a una iniciativa individual es siempre peligrosa, y, como los arreglos literarios de los cuentos llamados "populares", no puede apenas lograr otra cosa que oscurecer el sentido añadiendo "adornos" más o menos fabuladores y en todo caso superfluos. Estas últimas reflexiones, entiéndase bien, no se refieren más particularmente al Sr. Chaboseau que a sus predecesores, y reconocemos incluso de buena gana, que el estilo "medievalesco" que ha adoptado para sus dibujos no tiene la inverosimilitud de un Tarot supuestamente egipcio o hindú, pero esa no es más que una cuestión de grado. Aquí también, nos colocamos en el punto de vista del valor simbólico: en un orden de consideraciones más "práctico", ¿se cree que las influencias psíquicas que están incontestablemente ligadas a las láminas del Tarot, cualquiera que sea por lo demás su origen y su cualidad, pueden encontrar un soporte eficaz todavía en todas esas modificaciones arbitrarias de las figuras tradicionales?

Etudes Traditionnelles, junio de 1948. Retomado en *Comptes Rendus*.

*****

Louis Cattiaux, *Le Message Retrouvé*. (Chacornac, París). –Este libro se presenta a primera vista de una forma singular e incluso inusitada: cada capítulo está dividido en dos columnas

paralelas que contienen dos series de aforismos o versículos separados que se corresponden mutuamente. Es evidente que, en estas condiciones, es imposible proporcionar un análisis o resumen; parece haber sido escrito para proponer temas de meditación, más que para ser leído de forma seguida desde el principio hasta el final. Conviene también destacar que la correspondencia entre los versículos de las dos columnas no siempre aparece muy claramente.

Pero lo mejor es que reproduzcamos la explicación que el mismo autor aceptó darnos al respecto: «Las dos columnas han aparecido de forma natural como la réplica de la Tierra y el Cielo y de su necesaria unión, que constituye todo el misterio de la encarnación de la vida y de la toma de conciencia de aquél que la habita. Así, la columna de la derecha es una equivalencia pero no una explicación de la columna de la izquierda, y, si se examinan los sentidos múltiples de estos versículos dobles, es posible vincularlos por la síntesis del misterio primero de la creación, siempre presente de alguna forma por la virtud del sentido alquímico." La multiplicidad de sentidos que propone no es de ningún modo intencional, «sino que deriva por generación natural de la raíz madre», es decir, del sentido alquímico que el autor considera como el sentido central y último de su obra.

Si hemos entendido bien, el libro habría sido escrito bajo una forma de inspiración y por ello contiene más de lo que se quiso de forma expresa, aunque es difícil poder determinar la contribución exacta de cada uno de los dos elementos que han colaborado en él.

En cualquier caso, en estas condiciones, no pensamos que se pueda decir que está vinculado propia y efectivamente a una tradición definida; pero las tendencias que en él están expresadas son, de forma general, las del hermetismo y, más concretamente, las del hermetismo cristiano. Decimos de forma general, puesto que si entramos en detalles descubriremos que ciertas cosas, conscientemente o no, parecen haber venido de Otra parte: asimismo, ciertos versículos que recuerdan algunas máximas taoístas, nos han sorprendido, Y no son ciertamente los menos dignos de interés. Sea lo que fuere, la importancia primordial que el autor otorga al sentido alquímico define bien la «perspectiva» del conjunto y marca también los limites de éste, que no son otra cosa que los del punto de vista hermético en sí.

Debemos añadir se encuentra de vez en cuando alguna "rareza" del tipo de las que suelen aparecer en los escritos relacionados con las formas occidentales del esoterismo. Por ejemplo, los títulos de las columnas de la izquierda están formados por una serie de anagramas a partir del primero, lo que produce un efecto bastante curioso. Pero también, y esto nos parece más fastidioso todavía, algunos enunciado se presentan bajo una forma que a nuestro parecer es perfectamente inútil; pero no insistiremos más en este defecto, puesto que sabemos que el autor se dio cuenta de ello por sí mismo e hizo desaparecer gran parte de ellos en las modificaciones y añadidos que ha preparado ya con vistas a una futura reedición.

Ignoramos lo que los «especialistas» del hermetismo, si realmente existe todavía alguno que sea competente, podrán pensar de este libro y cómo lo juzgarán; pero lo cierto es que, lejos de ser indiferente, merece ser leído y estudiado cuidadosamente por todos aquellos que están interesados en este aspecto particular de la tradición.

Etudes Traditionnelles, septiembre de 1948. Retomado en *Comptes Rendus*.

*****

Gian Roberto dell´Acqua*. La Pierre.* Este folleto, que ha aparecido en Milán sin indicación de editor, y que está escrito en un francés demasiado frecuentemente incorrecto, se relaciona también con el hermetismo; pero debemos confesar que no hemos podido adivinar cuáles han sido las intenciones del autor, ni incluso cómo el contenido puede justificar el título. Comienza por consideraciones históricas basadas en una subdivisión en doce segmentos del recorrido de un signo zodiacal, el de Piscis, por el punto equinoccial, pero su mayor parte está ocupada por cálculos astronómicos y otros, por lo demás, bastante complicados, cuyos resultados son puestos en relación con las dimensiones de la Gran Pirámide, que decididamente ¡siempre preocupa a mucha gente! Todo ello, a lo cual se añade el examen de algunas figuras simbólicas de origen rosacruciano, desemboca en destacar, como teniendo una importancia muy particular, los números 1331 (el cubo de 11) y 313, siendo además considerado el segundo como una "contracción" del primero: el autor atribuye, sin indicar claramente las razones, un inmenso alcance a este "descubrimiento" y está incluso tan persuadido de ello que termina con esta frase sorprendente: "Nadie ha jamás hablado de esto tan abiertamente, pues estaba convenido que esta ciencia debía permanecer oculta hasta la "venida de Elías", nosotros no hemos oído decir que ella se haya realizado hasta el momento.

Etudes Traditionnelles, septiembre de 1948. Retomado en *Comptes Rendus*.

****

Reseñas de Revistas

Los Annales de l´Hermetisme, nueva publicación trimestral que se titula "órgano de los grupos de Hermetismo y de la Rosa de Occidente", son la continuación de la revista *Hermétisme*, dirigida por Madame de Grandprey. La "Rosa de Occidente" es, parece, una agrupación femenina "regida por leyes particulares las cuales emanan todas de los planos de lo invisible", y cuya insignia, reproducida sobre la cubierta de la revista, "ha sido dada por una visión"; hemos ya visto tantas cosas de este género que nos es muy difícil no permanecer un poco escéptico sobre los resultados a esperar. En los dos primeros números, no hay de hermético, para justificar el título, más que el principio de una traducción del *Tratado de la Piedra filosofal* de Ireneo Filaleteo.

En *Voile d´Isis*, octubre de 1929. Retomado en *Le Théosophisme*.

*****

-***Atlantis*** **(nº de junio-julio)** publica una conferencia del Sr. J. Toutain sobre el *Mito de Faetón*. –Sintiendo el Sr. Paul Le Cour la necesidad de atacarnos una vez más en este número, le haremos saber: 1º que no tenemos que darle cuenta de las razones especiales por las cuales hemos debido, en cierta época, ver por nosotros mismos lo que había realmente en diversas organizaciones que se calificaban más o menos justamente de "iniciáticas"; 2º que la palabra "Gnosis" significa exactamente "Conocimiento", lo que no tiene nada que ver con el "gnosticismo", y que, por nuestra parte, no la hemos tomado nunca en otro sentido; 3º que, desde el tiempo bastante lejano del que habla, hemos variado tan poco que podrá encontrar, bajo la firma a la cual hace alusión, artículos cuyo contenido es reproducido íntegramente, con otros desarrollos, en algunos de nuestros más recientes libros. En cuanto al hermetismo, sobre el cual nuestro artículo publicado aquí en mayo último sólo pretendía dar una ojeada muy general, no teniendo nada que ver con tales o cuales conocimientos precisos de los que no nos conviene hablar actualmente, ello no es, repetimos, más que un aspecto secundario de la tradición; y además, no vemos en qu´´e el hermetismo cristiano podría ser más "esencial" que el hermetismo islámico, o que la parte correspondiente de otras formas tradicionales...Pero ¿hay que atender las opiniones de alguien que encuentra cosas extraordinarias en el giro al revés de las palabras *Maroc* y *Suez* sin darse cuenta que no son más que una vulgar corrupción de los nombres árabes *Merâkesh* y *Es-Swês*? No podemos, por otro lado, sorprendernos de nada por parte del autor de una nota sobre el "*baragouin*" ("jerigonza")(nº de marzo), donde se lee esta aserción prodigiosa: "En hebreo, *BaRa*, primera palabra del Génesis ¡quiere decir comienzo"! Habíamos juzgado caritativo no citar esta frase en su momento, pero esas malas bufonadas se prolongan un poco demasiado; que el Sr. paul le cour (sin mayúsculas, puesto que parece él mantenerlo) emplee sus ocios en meditar sobre los misterios de la palabra *bafuna*, y que se aplique a sí mismo ¡ lo que su admirable perspicacia no dejará de descubrir en ella!

En *Voile d´Isis*, noviembre de 1931. Retomado en *Comptes Rendus*.

*****

-**El nº de julio de *Atlantis*** tiene por título general *Los Argonautas y el Toisón de Oro*; el Sr. paul le cour considera sobre todo el viaje de los Argonautas como remontando en cierto modo las etapas seguidas por la tradición a partir de su centro nórdico original; eso podría ser un buen tema de "geografía sagrada"... a condición de no introducir demasiada fantasía. –El Sr. Eugène Canseliet estudia la interpretación hermética del Toisón de Oro, según las concepciones especiales de cierta escuela en la que, por lo que nos parece, se da al *argot* una importancia un poco excesiva. Quizá por eso se podrían destacar en su artículo tantas explicaciones lingüísticas sujetas a precaución; pero nos contestaremos con destacar una que sobrepasa demasiado los límites permitidos: la palabra *elixir* no deriva del griego, sino que es puramente árabe; el artículo simple *al* nada tiene que ver con el sol, además, la raíz *ksr* ¡está bien lejos de *ixis*! Es ciero que, después de todo esto vale como la *Iberbórea* del Sr. paul le cour, y que del argot ... náutico es demasiado fácil pasar al *bara-gwin*..(jerigonza)

En *Etudes Traditionnelles*, octubre de 1936. Recopilado en *Comptes Rendus*.

*****

El nº de septiembre de *Atlantis* es titulado *Tradiciones célticas americanas*; de hecho, sobre todo es una recopilación de notas, de extractos y de reseñas diversas relacionadas más o menos directamente con esos dos temas. A propósito de uno de los extractos que se reproducen, hemos comprobado, en lo que concierne a los monumentos megalíticos, una curiosa ilusión que hemos ya observado por otro lado en algunos de los "medidores" de la Gran Pirámide: se efectúa la medida en metros, y, de los números así obtenidos, se piensa poder deducir ciertas consecuencias, ¡como si se imaginara que el sistema métrico ha debido estar en uso en toda la antigüedad!

En *Etudes Traditionnelles*, diciembre de 1936. Recopilado en *Comptes Rendus*.

Fragmentos de otras obras de René Guénon

- "Señalamos entonces que las *nâdis* principales, en virtud de la misma correspondencia que acabamos de indicar, tienen una relación particular con lo que se puede llamar en lenguaje occidental "*alquimia humana*", donde el organismo está representado como el atanor hermético y que, salvo la terminología diferente empleada por parte de uno y otro, es muy comparable al *Hatha-Yoga".*

En l´homme et son devenir selon le Vêdânta, cap. XX, nota.

****

-"Es falso decir, como se hace habitualmente, que la astrología y la alquimia han devenido respectivamente la astronomía y la química modernas, aunque en esta opinión haya cierta parte de verdad bajo el punto de vista simplemente histórico, parte de verdad que es exactamente la que acabamos de indicar: si las últimas de estas ciencias proceden en efecto de las primeras en cierto sentido, no es por «evolución» o «progreso» como se pretende, sino, al contrario, por degeneración; y esto requiere todavía algunas explicaciones.

Es menester destacar, primeramente, que la atribución de significaciones distintas a los términos de «astrología» y de «astronomía» es relativamente reciente; en los Griegos, estas dos palabras se empleaban indiferentemente para designar todo el conjunto de aquello a lo que la una y la otra se aplican ahora. Así pues, a primera vista, parece que, en este caso, se trata también de una de esas divisiones por «especialización» que se han establecido entre lo que, primitivamente, no eran sino partes de una ciencia única; pero lo que hay de particular aquí, es que, mientras una de esas partes, la que representaba el lado más material de la ciencia en cuestión, tomaba un desarrollo independiente, la otra parte, por el contrario, desaparecía enteramente. Eso es tan cierto que hoy día ya nadie sabe lo que podía ser la astrología antigua, y que aquellos mismos que han intentado reconstituirla no han llegado más que a verdaderas falsificaciones, ya sea queriendo hacer de ella el equivalente de una ciencia experimental moderna, con intervención de las estadísticas y del cálculo de las probabilidades, lo que procede de un punto de vista que no podía ser de ninguna manera el de la Antigüedad o el de la Edad Media, o ya sea aplicándose exclusivamente a restaurar un «arte adivinatorio» que apenas fue más que una desviación de la astrología en vías de desaparición, y donde, todo lo más, se podría ver una aplicación muy inferior y bastante poco digna de consideración, así como todavía es posible comprobarlo en las civilizaciones orientales.

El caso de la química es quizás aún más claro y más característico; y, en lo que concierne a la ignorancia de los modernos al respecto de la alquimia, es al menos tan grande como en lo que concierne a la astrología. La verdadera alquimia era esencialmente una ciencia de orden cosmológico, y, al mismo tiempo, era aplicable también al orden humano, en virtud de la analogía del «macrocosmos» y del «microcosmos»; además, estaba constituida expresamente con vistas a permitir una transposición al dominio puramente espiritual, que confería a sus enseñanzas un valor simbólico y una significación superior, y que hacía de ella uno de los tipos más completos de las «ciencias tradicionales». Lo que ha dado nacimiento a la química moderna, no es esta alquimia con la que no tiene en suma ninguna relación, sino una deformación suya, una desviación en el sentido más riguroso de la palabra, desviación a la que

dio lugar, quizás desde la Edad Media, la incomprehensión de algunos, que, incapaces de penetrar el verdadero sentido de los símbolos, tomaron todo al pie de la letra y, creyendo que no se trataba en todo ello más que de operaciones materiales, se lanzaron a una experimentación más o menos desordenada. Son estos, a quienes los alquimistas calificaban irónicamente de «sopladores» y de «quemadores de carbón», quienes fueron los verdaderos precursores de los químicos actuales; y es así como la ciencia moderna se edifica con la ayuda de los restos de las ciencias antiguas, con los materiales rechazados por éstas y abandonados a los ignorante y a los «profanos». Agregamos todavía que los supuestos renovadores de la alquimia, como se encuentran algunos entre nuestros contemporáneos, no hacen por su parte más que prolongar esta misma desviación, y que sus investigaciones están tan alejadas de la alquimia tradicional como las de los astrólogos a los que hacíamos alusión hace un momento lo están de la antigua astrología; y por eso tenemos el derecho de afirmar que las «ciencias tradicionales» de Occidente están verdaderamente perdidas para los modernos".

La Crisis del Mundo Moderno, cap. IV: Ciencia sagrada y ciencia profana.

*****

- "Este mismo signo (la esvástica) no ha sido ajeno al hermetismo cristiano: hemos visto en el antiguo monasterio de los Carmelitas de Loudoun, símbolos bastante curiosos, que datan probablemente de la segunda mitad del siglo XV, y en los cuales la esvástica ocupa, con el signo del que hablaremos más tarde, uno de los lugares más importantes".

En *Le Roi du Monde.*

****

- "En el simbolismo de una escuela hermética con la que se relaciona a Alberto el Grande y santo Tomás de Aquino, el triángulo derecho representa la Divinidad y el triángulo invertido, la naturaleza humana («hecha a imagen de Dios», como su reflejo invertido en el «espejo de las Aguas»), de modo que la unión de los dos triángulos representa la unión de ambas naturalezas (*Lâhut* y *Nasut* en el esoterismo islámico). Notemos que, desde el punto de vista del hermetismo, el ternario humano: «*spiritus, anima, corpus*», se corresponde con el ternario de los principios alquímicos: «azufre, mercurio y sal»".

En *Le Symbolisme de la Croix*: Capítulo "La Gran Tríada".

*****

- “Lo que acabamos de decir sobre el verdadero lugar que ocupa el “Andrógino” en la realización del ser y su relación con el “estado primordial”, explica el importante papel que este concepto desempeña en el hermetismo, cuyas enseñanzas se refieren al ámbito cosmológico, así como a las extensiones del estado humano en el orden sutil, es decir, lo que se puede denominar “mundo intermedio”, al que no hay que confundir con el campo de la metafísica”.

En *Le Symbolisme de la Croix*: Capítulo “La Gran Tríada”.

*****

-<"Conviene resaltar que la alquimia, propiamente dicha, se detenía en el "mundo intermediario", ateniéndose al punto de vista que podríamos llamar "cosmológico", mas su simbolismo no dejaba por ello de ser susceptible de una transposición que le confería un valor verdaderamente espiritual e iniciático>.

En *El Reino de la Cantidad.*

*****

-<Hemos dado en muchas ocasiones un ejemplo de tal identificación con el "Centro del Mundo", en lo que concierne a la Tierra de Israel; se puede citar también, entre otras, la del antiguo Egipto: según Plutarco, "los Egipcios dan a su país el nombre de *Chêmia* (*Kêmi* o "tierra negra", de donde ha venido la designación de la alquimia), y la comparan a un corazón" (*Isis et Osiris*, 33; traducción de Mario Meunier, p. 116); esta comparación, cualesquiera que sean las razones geográficas u otras que hayan podido darse exteriormente, no se justifica en realidad más que por una asimilación al verdadero "Corazón del Mundo>.

En *La Grande Triade*: “El Ming-Tang”

*****

- “En ciertas obras que se vinculan a la tradición hermética (1), se encuentra mencionado el ternario *Deus, Homo, Rota*, es decir que en el ternario anteriormente considerado, el tercer término, *Natura*, es sustituido por *Rota*, o la “Rueda”; se trata aquí de la “rueda cósmica” (2), que, como hemos dicho ya en diversas ocasiones, es un símbolo del mundo manifestado, y que los Rosacrucianos llamaban *Rota Mundi*. Se puede decir, pues, que en general este símbolo

representa la “Naturaleza” tomada, según hemos dicho, en su sentido más amplio; pero además es susceptible de diversos significados más precisos.

(1). Especialmente en el *Absconditorum Clavis* de Guillaume Postel. Podrá observarse que el título de este libro es el equivalente literal de la expresión coránica que hemos citado un poco antes.

(2). Cf., la figura de la *Rota Mundi* dada por Leibniz en su tratado *De Arte Combinatoria* (Véase *Les Principes du calcul infinitesimal*, Prólogo); se observará que tal figura es la de una rueda de ocho radios, como el *Dharma-chakra* del que hablaremos más adelante.

En *La Grande Triade*: “La Rueda Cósmica”.

****

- “Si se quiere ir al fondo de las cosas, hay que ver en el simbolismo de los constructores la expresión de ciertas ciencias tradicionales, relacionadas con lo que se puede, de modo general, designar por el nombre de "hermetismo". Solamente, que no habría que creer, puesto que hablamos aquí de "ciencias", que se trata de algo comparable a la ciencia profana”.

En *Etudes sur la Francmaçonnerie* I: “A propósito de los constructores de la Edad Media”.

****

- “Volviendo a la expresión "nobles viajeros", queremos sobre todo señalar el hecho de que el epíteto "nobles" parece indicar que la misma debe referirse, no ya a cualquier iniciación indistintamente, sino más propiamente a una iniciación de Kshatriyas, o aquello que podemos llamar "arte real", según el vocablo conservado hasta nuestros días por la Masonería. En otras palabras, se trataría, entonces, de una iniciación que se relaciona, no ya con el ámbito metafísico puro, sino con el orden cosmológico y las aplicaciones ligadas a esta esfera, o sea a todo aquello que en Occidente ha sido conocido bajo la denominación general de "hermetismo".

(...)

- “Demócrito, iniciado en los secretos de la alquimia por los sacerdotes egipcios y por el sabio persa Ostanes, así como en las doctrinas orientales durante su permanencia en Persia y, según algunos historiadores, en la India; Tales, formado en los templos de Egipto y de Caldea”

En *Etudes sur la Francmaçonnerie* I: “A propósito de las peregrinaciones”.

****

- “El hermetismo cristiano del Medioevo veía en los dos triángulos opuestos y entrelazados, donde uno es como reflejo o la imagen invertida del otro, una representación de la unión de las dos naturalezas, divina y humana, en la persona de Cristo; y el número seis incluye entre sus significados los de unión y de mediación, que convienen perfectamente al Verbo encarnado. Por otra parte, el mismo número seis, según la Kábala hebrea, es el número de la creación (la obra de los seis días), y, bajo este aspecto, atribuir del símbolo al Verbo no deja de tener justificación, pues es como una especie de traducción gráfica del “*per quem omnia facta sunt*” del Credo”.

En *Etudes sur la Francmaçonnerie* II: “El Crismón y el Corazón”

*****

. “A pesar de cuanto sostienen numerosos historiadores, la confluencia del hermetismo con la Masonería se remonta a mucho antes de la afiliación de Elías Ashmole a esta última (1646); por nuestra parte pensamos incluso que, durante el siglo XVII solamente se trató de reconstruir, bajo este aspecto, una tradición que en gran parte ya se había perdido. Algunos, que parecen estar bien informados de la historia de las corporaciones, llegan incluso a fijar con mucha precisión la fecha de esta pérdida de la antigua tradición, allá por el año 1459. Nos parece indiscutible que los dos aspectos *operativo* y *especulativo* han estado siempre reunidos en las corporaciones de la Edad Media, que utilizaban por lo demás ciertas expresiones muy claramente herméticas como aquella de "Gran Obra", con aplicaciones diversas pero siempre analógicamente correspondientes entre sí (1).

(1). Señalemos también que existió, allá por el siglo XIV, o acaso en fecha más temprana, una *Massenie del Santo Grial*, por cuyo intermedio las fraternidades de constructores se encontraban vinculadas a sus inspiradores hermetistas, y en la cual Henri Martin (*Histoire de France*, I, III, pág. 398) vió con razón uno de los orígenes verdaderos de la Masonería.

En *Etudes sur la Francmaçonnerie* II: “A propósito de los signos corporativos”.

*****

- “Un estudio de J.H. Probst-Biraben sobre “El esoterismo heráldico y los símbolos”, en los números de julio hasta octubre, reúne una muy considerable documentación sobre el tema. Insiste especialmente en el origen oriental de los escudos de armas y sus relaciones con el hermetismo, relaciones que por otra parte son comunes con “las figuras del Tarot, las marcas corporativas”, y sin dudas con muchas cosas más que en el Medioevo tuvieron un carácter similar: “sin el conocimiento del simbolismo hermético, el arte heráldica resulta en su mayor parte incomprensible”.

Lo que nos parece en verdad sorprendente, es que el autor no quiera admitir que “algunos símbolos esotéricos fueron introducidos en los escudos por los mismos nobles” porque ellos “no eran en general ni instruidos ni mucho menos iniciados”, y que incluso nunca habrían llegado ni siquiera a suponer cual era su sentido real. ¿Será que el autor jamás habrá oído de la existencia de una iniciación caballeresca, y se imaginará que la instrucción exterior debería constituir una condición indispensable de la iniciación? Que algunos clérigos e incluso artesanos hayan colaborado a veces en la composición de los escudos de armas, es seguramente muy probable; pero ¿no será simplemente porque entre ellos y los nobles existían relaciones de orden iniciático, de las que pueden encontrarse muchos indicios, y sobre todo y precisamente en el dominio del hermetismo?

****

“La Virgen hermética

Los números de julio a noviembre contienen también un extenso estudio de François Ménard sobre “La Virgen hermética”, en el transcurso del cual se abordan cuestiones diversas pero que, en su totalidad, se relacionan al orden cosmológico tal como se lo considera más particularmente en las formas tradicionales occidentales. Es así como se estudia en primer lugar el simbolismo del “vaso hermético” que corresponde a cierto aspecto de la Virgen.

Luego el autor trata de puntualizar el sentido de la “Sabiduría hermética” de Khunrath, y extrae la conclusión de que “la Virgen es el principio esencial del hermetismo”, pero que “este aspecto sin embargo es ortodoxo, vale decir que está en relación con el dominio metafísico que es, como se sabe, el del Principio supremo”, correspondiendo dicha relación por lo demás a la que debe existir normalmente entre el “arte real” y el “arte sacerdotal”.

A continuación, a propósito de la Virgen como “Luz de gloria” nos encontramos ante una especie de fantasía científica sobre la “luz coronal”, que nos parece bastante lamentable, en primer término porque las cosas de este tipo no dejan de ser muy hipotéticas, y también porque, como todo aquello que se inspira en la ciencia profana, no tienen realmente nada en común con los datos tradicionales, herméticos o no, sino que por el contrario recuerdan demasiado la clase de especulación típica de los ocultistas.

Diremos más o menos lo mismo acerca “del ciclo del azoe y la trama del mundo sensible”, a pesar de que el autor haya tomado por lo menos la precaución de resaltar, a propósito de las fuerzas cuyas diversas modalidades constituyen dicha ‘trama”, que “el hermetismo tiene la considerable ventaja respecto de la ciencia moderna de conocer tal fuerza, por así decir, desde adentro, vale decir que la identifica con la luz que está en el hombre y que reconoce que, a partir

de un cierto grado y mediante la dirección correcta de su voluntad, puede actuar sobre la luz y obtener así determinados resultados definidos, por medio de una técnica segura". Por nuestra parte diríamos más claramente sobre el hermetismo y la ciencia moderna que no se trata de conocimientos del mismo orden.

Posteriormente, la cuestión pasa a la "Virgen zodiacal", así como al mito de Ceres, con el cual se relaciona en cuanto "signo de tierra". Sigue luego un esbozo de las diferentes etapas de la realización hermética según la descripción simbólica que Dante proporcionó en la *Divina Comedia*. El autor, al querer "dilucidar el misterio jeroglífico de *Hokmah"*, cometió desafortunadamente un grave error: confundió la *he* final con una *heth,* lo que naturalmente falsea por completo su cálculo y su interpretación.

En cuanto a la conclusión según la cual "la Virgen hermética, en tanto se halle en contacto con las cosas sensibles y materiales, es la forma de la Diosa (vale decir en suma de la *Shakti*) mejor adaptada a nuestro Occidente y a nuestra época de materialismo a ultranza", diremos que nos parece un poco contradictoria con el hecho que, en este Occidente moderno, ¡las ciencias tradicionales están por completo perdidas! "

En *Etudes sur la Francmaçonnerie* II: Reseña de *Le Symbolisme.*

****

- "Pero Ramsay es tan poco autor de los rituales de los grados escoceses como Elías Ashmole lo es de los grados simbólicos, como lo querría una opinión bastante generalmente admitida, reproducida por Ragon entre otros historiadores. "Elías Ashmole, sabio anticuario, adepto del hermetismo y de los conocimientos secretos entonces en boga, fue recibido como Masón el 16 de octubre de 1646, en Warrington, pequeña ciudad del condado de Lancaster. No reapareció en logia más que pasados 35 años, el 11 de marzo de 1682, por segunda y última vez en su vida, como lo testimonia su diario, que nunca cesó de llevar día tras día con escrupulosa minuciosidad".

En *Etudes sur la Francmaçonnerie* II: "Los altos grados masónicos".

****

- "La figuración del corazón inscrito en un triángulo así dispuesto no tiene en sí nada de ilegítimo, ya se trate del corazón humano, o del Corazón divino, y que, inclusive, resulta

harto significativa cuando se la refiere a los emblemas utilizados por cierto hermetismo cristiano medireview, cuyas intenciones fueron siempre plenamente ortodoxas. Si a veces se ha querido, en los tiempos modernos, atribuir a tal representación un sentido blasfemo, es porque, conscientemente o no, se ha alterado la significación primera de los símbolos hasta invertir su valor normal; se trata de un fenómeno del cual podrían citarse muchos ejemplos y que por lo demás encuentra su explicación en el hecho de que ciertos símbolos son efectivamente susceptibles de doble interpretación, y tienen como dos faces opuestas".

(...)

- "Es la "rosa celestial", según la figura tan frecuentemente empleada en relación con la idea de la Redención, o con las ideas conexas de regeneración y, de resurrección; pero esto exigiría aún largas explicaciones, aun cuando nos limitáramos a destacar la concordancia de las diversas tradiciones con respecto a este otro símbolo".

(...)

Habríamos podido recordar también el *athanor* hermético, el vaso en que se cumple la "Gran Obra", cuyo nombre, según algunos, derivaría del griego *athánatos*, "inmortal"; el fuego invisible que se mantiene perpetuamente en él corresponde al calor vital que reside en el corazón. Hubiéramos podido, igualmente, establecer vinculaciones con otro símbolo muy difundido, el del *huevo,* que significa resurrección e inmortalidad, y sobre el cual tendremos quizá oportunidad de volver.

En *Symboles de la Science Sacrée*: El Sagrado Corazón y la leyenda del Santo Grial.

****

- "Hemos aludido a cierta relación existente entre la luz y la lluvia, en cuanto una y otra simbolizan igualmente los influjos celestiales o espirituales. Esta significación es evidente, en lo que respecta a la luz; en lo que concierne a la lluvia, la hemos indicado en otro lugar, señalando que entonces se trata sobre todo del descenso de esos influjos al mundo terrestre, y destacando que ése es en realidad el sentido profundo, enteramente independiente de cualquier aplicación "mágica", de los difundidos ritos que tienen por objeto "hacer llover". Por otra parte, tanto la luz como la lluvia tienen un poder "vivificante", que representa con exactitud la acción de los influjos de que se trata; con este carácter se vincula también, más en particular, el simbolismo del rocío, que, como es natural, se halla en estrecha conexión con el de la lluvia y es común a numerosas formas tradicionales, desde el hermetismo (1) y la Kabbala hebrea hasta la tradición extremo-oriental.

(1). La tradición rosacruciana asocia muy en especial el rocío y la luz, estableciendo una relación por consonancia entre *Rosa-Lux* y *Rosa-Crux.*

En *Symboles de la Science Sacrée*: "La luz y la lluvia".

****

- "El hermetismo hace del sol y la luna (o de sus equivalentes alquímicos, el oro y la plata) la imagen de los dos principios, activo y pasivo, o masculino y femenino según otro modo de expresión, que constituyen ciertamente los dos términos de un verdadero complementarismo... Por otra parte, debe señalarse que, en cierto aspecto, cada uno de los dos términos puede polarizarse a su vez en activo y pasivo, de donde las figuraciones del sol y de la luna como andróginos.

En *Symboles de la Science Sacrée*: "Corazón y cerebro".

****

- La "puerta solar", que es el "ojo" de la bóveda cósmica o la abertura superior de la caverna. En el orden microcósmico esta abertura corresponde al *Brahma-randhra* [el séptimo *chakra*], es decir, al punto de contacto del individuo con el "séptimo rayo" del sol espiritual, punto cuya "localización" según las correspondencias orgánicas se encuentra en la coronilla (1), y que se figura también por la abertura superior del *athanor* hermético (2). Agreguemos a este respecto que el "huevo filosófico", el cual desempeña manifiestamente el papel de "Huevo del Mundo", está encerrado en el interior del *athanor,* pero que éste mismo puede ser asimilado al "cosmos", y ello en la doble aplicación, "macrocósmica" y "microcósmica"; la caverna, pues, podrá también identificarse simbólicamente a la vez con el "huevo filosófico" y con el *athanor,* según que la referencia sea, si así quiere decirse, a grados de desarrollo diferentes en el proceso iniciático, pero, en todo caso, sin que su significación fundamental se altere en modo alguno.

(1). Ver *L'Homme et son devenir selon le Vêdânta*, cap. XXI.

(2). El "tercer nacimiento" podría ser considerado, empleando la terminología alquímica, como una "sublimación".

En *Symboles de la Science Sacrée*: "La caverna y el huevo del mundo"

****

- <La serpiente enroscada en torno del “Huevo del Mundo”, y figurada a veces en torno del *Ómphalos* y del betilo, es, a este respecto, la *Kundalini* enroscada en torno del “núcleo de inmortalidad”, que está también en relación con el simbolismo de la “piedra negra”; a esta posición “inferior” del *lûz*, se alude directamente en la fórmula hermética: “*Visita inferiora terrae, rectificando invenies occultum lapidem*” [‘Visita las (partes) inferiores de la tierra, (y) rectificando encontrarás la piedra oculta’]; la “rectificación” es aquí el “enderezamiento” [*redressement*] que señala, después del “descenso” el comienzo del movimiento ascensional, correspondiente al despertar de la *Kundalinî*; y el complemento de la misma fórmula designa además esa “piedra oculta” como “*veram medicinam*” [‘verdadera medicina’], lo que la identifica también con el *ámrtâ*, alimento o pócima de la inmortalidad.

(...)

Notemos además que la designación “embrión de oro” sugiere cierta relación con el simbolismo alquímico, confirmada por otra parte por ciertas vinculaciones como las que hemos indicado en la nota precedente; y veremos también, a este respecto, que la caverna iniciática corresponde de modo notable al *athanor* hermético; no cabe asombrarse de estas similitudes, pues el proceso de la “Gran Obra”, entendido en su verdadero significado, no es en el fondo sino el proceso mismo de la iniciación>.

En *Symboles de la Science Sacrée*: “El corazón y el huevo del mundo”

****

- “La palabra “obra” se emplea a la vez en arquitectura y en alquimia, y se verá que no sin razón relacionamos ambas cosas: en arquitectura, la conclusión de la obra es la “piedra angular”, y en alquimia, la “piedra filosofal”.

En *Symboles de la Science Sacrée*: “La piedra angular”

****

- “Esa lluvia de sangre equivale también al “rocío celestial” que, según la doctrina kabalística, emana del “Árbol de Vida”, otra figura del “Eje del Mundo”, y cuyo influjo vivificante está principalmente vinculado con las ideas de regeneración y resurrección, manifiestamente conexas con la idea de Redención cristiana; y el rocío desempeña también importante papel en el simbolismo alquímico y rosacruciano... (Cf. *Le Roi du Monde,* cap. III). La similitud existente entre el nombre del rocío (*ros*) y el de la rosa (*rosa*) no puede, por otra parte, dejar de ser notada por quienes saben cuán frecuente es el empleo de cierto simbolismo fonético”.

En *Symboles de la Science Sacrée*: “Las flores simbólicas”

****

Cartas

-“ *Amén* debe ciertamente ser relacionado con el egipcio *Amoun* (que, cosa bizarra, da *Numa* si se lee al revés); el sentido principal parece ser el de misterio, cosa oculta o invisible; de ahí deriva *Emounah*, que significa fe. En AMeN y AUM, hay dos letras comunes de tres, A y M, que representan dos opuestos o complementarios; N indica el producto de los dos términos, y por consiguiente está colocado después, mientras que U indica el lazo que los une, y por eso, se emplaza entre ellos. Solamente que los dos complementarios no parecen ser considerados desde el mismo punto de vista en los dos casos, bien que figurados por símbolos jeroglíficos correspondientes. Hay ahí algo que aún no está muy claro, y hará falta que piense en ello de nuevo para hablaros una próxima vez”

Carta a Guido de Giorgio del 4 de marzo de 1929. Recopilada en Guido de Giorgio, *L´Instant et l´Eternité.*

****

- <Alberto Magno y Santo Tomás estaban vinculados a una organización hermética, pero es posible que la denominación de "Rosa-Cruz" no haya estado todavía en uso en esta época, yo no creo de hecho que haya podido aparecer antes del siglo XIV”>

Carta con destinatario ignorado del 5 de mayo de 1935. Publicada en *Etudes Traditionnelles*.

*****

- “El lenguaje del hermetismo está muy complicado por una multitud de términos más o menos sinónimos o equivalentes entre sí; pero pienso que el <Disolvente> debe entenderse mucho más como un "agente" que como una "materia".
Por lo que se refiere a los "Superiores Ignotos", parece que se trata más bien de una acción en cierta manera "esporádica", después de la ruptura de los lazos iniciáticos regulares en cuanto al mundo occidental. - Todavía hay algunos restos de Masonería operativa; pero los personajes de los que usted habla, del comienzo del siglo XIX, pertenecían a ritos de altos grados (Alejandro I también, por lo demás), lo que es una cosa totalmente diferente. El caso de Eckartshausen está menos claro, y se parece un poco al de Boehme; desde luego hay en él una parte de hermetismo, pero ¿hasta dónde llega?...

(...)

Abul-Hazul no es el nombre de un personaje; es simplemente la Esfinge, que se designa así en árabe; el sentido literal es "padre del espanto".

Carta a Vasile Lovinescu del 19 de mayo de 1935. Publicada en *Symbolos*, nº 17-18, Guatemala, 1999.

*****

- “Por lo que se refiere a la iniciación basada sobre el esoterismo cristiano, todo lo que puede conocerse de ella es efectivamente más bien de orden cosmológico y "hermético" que puramente metafísico; esto tiene que ver sin duda con la mentalidad occidental, más que con el Cristianismo mismo. Sería no obstante poco probable que nunca hubiera habido otra cosa, pero ha debido de estar siempre reservada a un número muy pequeño y no ha dejado trazas aparentes; de otro modo, sería suponer que se trata de una tradición incompleta en su misma esencia; pero lo anterior ha podido no expresarse nunca de otra manera que por una "transposición" de los mismos símbolos a un nivel superior.”

- En todo caso, en cuanto a la fundación de los 3 principados (rumanos), el simbolismo hermético es en efecto evidente, como usted dice; y lo mismo en cuanto a todo lo que concierne a los cuentos y el llamado "folklore"; hasta es raro, creo, que este simbolismo se haya conservado tan claramente en casos semejantes... - ¿No pensaría en hacer algún trabajo sobre todas estas cuestiones? Sin duda valdría la pena, especialmente cuando el tema, sobre todo desde este punto de vista, no ha debido de ser muy estudiado hasta ahora.

Carta a Vasile Lovinescu del 19 de mayo de 1935. Publicada en *Symbolos*, nº 17-18, Guatemala, 1999.

*****

- “En primer lugar, lo que dice usted de la iconografía sagrada como ciencia todavía viva es muy interesante, y es bien cierto que ya no se podría encontrar nada semejante actualmente en la Iglesia latina, ni siquiera en los monasterios. Sólo que, he aquí el punto esencial:

aquéllos que continúan esta tradición iconográfica ¿tienen todavía conocimiento del alcance verdadero del simbolismo que está contenido en ella, desde el punto de vista hermético por ejemplo, o bien no han guardado conscientemente más que su sentido exterior y puramente religioso? Querría saber si ha podido darse cuenta de alguna cosa clara al respecto. - Entre las Vírgenes de las que habla, ¿hay Vírgenes negras? usted sabe sin duda que éstas tienen un significado particularmente importante desde el punto de vista hermético, e incluso desde un punto de vista más universal (al simbolizar aquí el negro la "indistinción" de *Prakriti)*

Carta a Vasile Lovinescu del 3 de septiembre de 1935. *Symbolos*, nº 17-18, Guatemala, 1999.

****

- “ Lo que dice Clemente de Alejandría de la Esfinge, confirmando las conclusiones a las cuales habéis llegado, es muy interesante. Parece además que no haya una relación muy directa entre la Esfinge griega y la egipcia, bien que sea designada por el mismo nombre; ¿qué pensáis vos? – Muchos han pretendido ver en la Esfinge egipcia un símbolo cuaternario (combinación de los cuatro animales de la visión de Ezequiel y del Apocalipsis), pero en realidad no está compuesta visiblemente más que por dos elementos, cabeza humana y cuerpo de león. Nunca he visto ningún ejemplo de la Esfinge egipcia alada, sino solamente, como variante, esfinges con cabeza de carnero (símbolo de Amón)”.

Carta a Ananda Coomaraswamy del 2 de octubre de 1945.

****

- “La pluralidad de sentidos me parece ser una cosa completamente natural, pues es inherente a todo simbolismo, y desde que se apela a éste, no hay necesidad de quererla expresamente para que exista. Ahora, si comprendo bien, es el sentido alquímico el que consideráis en cierto modo como fundamental con relación a los otros; parecería según eso, que vuestro punto de vista se relaciona sobre todo con el orden “cosmológico”, bien que naturalmente ese sentido sea también susceptible de una transposición a un orden superior; pero me refiero a aquello con lo cual se relaciona directamente. Si habéis leído lo que he escrito con respecto al hermetismo en los “Aperçus sur l´Initiation”, podréis fácilmente comprender lo que quiero decir”.

Carta a Louis Cattiaux del 24 de mayo de 1948.

*****

- “Os agradezco el ofrecerme tan amablemente el envío de un marco para vuestra pintura, pero cuanto más lo pienso más me parece casi imposible que arribe sin accidente, de modo que en definitiva valdrá más que encuentre un medio para arreglar eso aquí mismo. Para la materia del centro, habláis de un “exudado de roca”; eso me recuerda algo de lo que he oído hablar antaño, que algunos hermetistas llamaban “mantequilla de montaña” y a la cual parecen atribuir gran importancia; me pregunto si no se tratará de la misma sustancia...”

Carta a Louis Cattiaux del 8 de junio de 1949.

*****

- “Lo esencial, como decís, es estar de acuerdo en el fondo. La palabra “alquimia” da lugar, en efecto, en la mayoría de la gente, a la confusión de la que habláis, y varias veces lo he señalado; creo que “hermetismo” convendría mejor (o bien se podría decir "alquimia espiritual” para evitar todo equívoco). “Gnosis” tiene un sentido mucho más extenso, y por otra parte tiene el inconveniente de que muchos confunden “gnosis” y “gnosticismo”, lo que sin embargo no es la misma cosa: En cuanto a la “tradición primordial” la expresión no sería aplicable en ese caso, pues no se trata en realidad más que de una forma derivada, como además lo son todas las que se puede conocer actualmente.

(...)

¿Es muy exacto decir que la sal es solamente la unión del azufre y del mercurio, o no es más bien el producto de esta unión? La confusión filosófica del ser no-manifestado con la nada es sin duda enorme, pero hay que percatarse de que todo lo que los hombres son incapaces de concebir (y el horizonte intelectual de los filósofos modernos está muy estrechamente limitado, no puede en efecto aparecerles más que como la nada”

Carta a Louis Cattiaux del 20 de febrero de 1950.

(ADDENDUM)

- “Quizás no carezca de interés el anotar que, en el grado 22 de la Masonería escocesa, que representa, según la interpretación hermética, "la preparación de los materiales necesarios para la realización de la Gran Obra", estos materiales son figurados, no por las piedras como en los grados que constituyen la iniciación propiamente masónica, sino por la madera de construcción; podría pues verse en este grado, cualquiera que pueda ser de hecho su origen histórico, como una especie de "vestigio" de la iniciación de los carpinteros, tanto más cuanto que el hacha, que es su símbolo o atributo principal, es esencialmente un útil de carpintero”.

En *Etudes sur la Francmaçonnerie* II: “Albañiles y carpinteros”

****

- “El Sr. Lasbax recuerda que Berzelius "había formulado la hipótesis atrevida de que la explicación última de toda reacción debía reducirse, a fin de cuentas, a un dualismo electroquímico: la oposición de los ácidos y las bases" (p. 188). Habría sido interesante añadir que esta idea no pertenecía propiamente a Berzelius y que éste no hizo más que reencontrar, quizás ignorándolo, y expresándolo de otro modo, una antigua teoría alquímica; en efecto, el ácido y la base representan exactamente, en el dominio de la química ordinaria, lo que los alquimistas denominaban azufre y mercurio, y que no hay que confundir con los cuerpos que llevan comúnmente esos mismos nombres. Los mismos alquimistas también designaban a esos dos principios, desde otros puntos de vista, como el sol y la luna, el oro y la plata; y su lenguaje simbólico, a pesar de su aparente extrañeza, era más apto que cualquier otro para expresar la correspondencia de las múltiples dualidades que ellos consideraban, de las cuales he aquí algunas: "el agente y el paciente, el macho y la hembra, la forma y la materia, lo fijo y lo volátil, lo sutil y lo espeso"[2]. Por supuesto, no hay identidad entre todas esas dualidades sino solamente correspondencia y analogía.

(...)

“Para el Sr. Lasbax, ni una ni otra de las dos tendencias opuestas, bajo forma alguna en que se las considere, existe jamás en estado puro en las cosas; ellas están siempre y en todas partes simultáneamente presentes y actuantes, de manera que cada ser particular, e incluso cada parte de este ser, ofrece como una imagen de la dualidad universal. Encontramos aquí de nuevo la vieja idea hermética de la analogía constitutiva del Macrocosmos y del Microcosmos, idea que Leibnitz aplicaba a sus mónadas, cuando consideraba que cada una de ellas contenía la representación de todo el universo. Tan sólo puede haber, según los casos, predominio de una u otra de las dos tendencias, y éstas parecerán entonces encarnarse en elementos opuestos: así tenemos la dualidad biológica del sistema cerebroespinal y el sistema simpático, o bien, en otro nivel, la del núcleo y el citoplasma en la célula, en el interior de la cual se reproduce así un conflicto análogo al que presenta el conjunto del organismo; esta última dualidad se reduce a la dualidad química del ácido y de la base, que ya hemos señalado.

La consideración de esta especie de enredo de dualidades múltiples, análogas y no idénticas entre ellas, plantea una dificultad: si bien hay algunas de estas dualidades que podemos hacer corresponder término a término, puede que no ocurra lo mismo con todas. Para dar a comprender esto tomaremos como ejemplo la teoría de los elementos tal como la concebían los Griegos, Aristóteles en particular, y tal como se transmitió a la Edad Media; encontramos en esta teoría dos cuaternarios, cada uno de los cuales comprende dos dualidades: por un lado, el de las cualidades, caliente y frío, seco y húmedo, y, por otro lado, el de los elementos, fuego y agua, aire y tierra. Ahora bien, las parejas de elementos opuestos no coinciden con las parejas de cualidades opuestas, ya que cada elemento procede de dos cualidades combinadas pertenecientes a dos cualidades diferentes: el fuego, de lo caliente y lo seco; el agua, de lo frío y lo húmedo; el aire, de lo caliente y lo húmedo; la tierra, de lo frío y lo seco. En cuanto al éter, considerado como quinto elemento y que los alquimistas llamaban por esta razón "quintaesencia" (*quinta essentia*), contiene todas las cualidades en un estado de indiferenciación y de equilibrio perfecto; representa la homogeneidad primordial cuya ruptura determinará la producción de los otros elementos con sus oposiciones. Esta teoría está resumida en la figura -cuyo simbolismo es puramente hermético por otra parte- que Leibnitz ha colocado en la portada de su *De arte combinatoria*.

El calor y el frío son respectivamente los principios de expansión y de condensación, y corresponden así rigurosamente a las fuerzas antagonistas del dualismo mecánico; pero ¿podríamos decir otro tanto de lo seco y lo húmedo? Esto parece muy difícil, y es solamente por su participación en el calor y el frío por lo que se pueden vincular los elementos, fuego y aire por una parte, agua y tierra por otra, a estas dos tendencias expansiva y atractiva que el Sr. Lasbax considera de una manera demasiado exclusiva y sistemática. Y lo que complica todavía más la cuestión es que, desde diferentes puntos de vista, pueden establecerse oposiciones igualmente diferentes entre las mismas cosas: es lo que sucede para los elementos según nos refiramos a la alquimia o a la astrología, pues mientras la primera recurre a las consideraciones precedentes, la segunda, al repartir los elementos en el zodíaco, opone el fuego al aire y la tierra al agua; aquí, en consecuencia, la expansión y la condensación ya no figuran en ningún tipo de oposición o correlación. No vamos a llevar más lejos el estudio de este simbolismo, del cual sólo hemos querido mostrar su complejidad”.

En *Etudes Traditionnelles*, enero-junio de 1972. Traducción en *Symbolos*, Guatemala, 1996.

****

“Estamos muy de acuerdo en lo que concierne a la sal; pero no me explico bien que habléis del “azufre terrestre” y del “mercurio celeste”: eso no viene a hacer a la tierra masculina y al Cielo femenino, frente al simbolismo tradicional más generalmente admitido? (digo más generalmente porque parece que la tradición de los antiguos egipcios sea la excepción; pero se saben realmente tan pocas cosas de ella que es imposible conocer la razón de esta anomalía al menos aparente y bastante sorprendente a primera vista)”.

Carta a Louis Cattiaux del 20 de marzo de 1950